

Libro Uno
El Niño y Su Privación
(1909 – 1932)



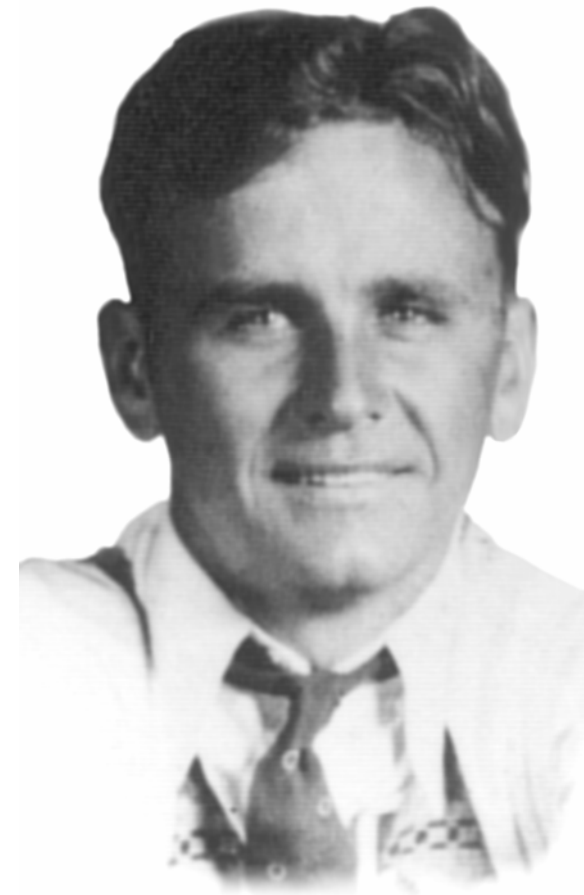
Desde el momento que nació, William Branham fue apartado de lo ordinario. Atormentado por la pobreza y el rechazo, él se convirtió en un niño nervioso. Cosas raras se mantenían aconteciéndole, cosas llenas de misterio y espirituales. . . pero él no comenzó a pensar en Dios hasta que tenía 14 años, cuando casi perdió ambas piernas en un disparo accidental de escopeta. Mientras yacía moribundo en un charco de sangre, vio una visión terrorífica del infierno— se vio a sí mismo cayendo constantemente más profundo dentro de esa región de las almas perdidas y a la deriva. Él clamó a Dios por misericordia y milagrosamente le fue dada una segunda oportunidad— una oportunidad que él después casi falló en aprovechar.

SOBRENATURAL:

La Vida de William Branham

SOBRENATURAL: La Vida de William Branham

Libro 1



Libro Uno:
El Niño y Su Privación
(1909 – 1932)

por Owen Jorgensen

SOBRENATURAL: La Vida de William Branham

Esta biografía es distinta a cualquier otro libro que Ud. alguna vez ha leído antes. Desde luego allí está el drama natural. . .

De pronto la escopeta se disparó, perforando dentro de las piernas de Billy a corto alcance. Billy se desplomó, gritando de dolor.

Jimmy cayó a sus rodillas, murmurando, “Lo siento, Billy. Lo siento mucho. Fue un accidente. No fue mi intención el—” Entonces miró cuidadosamente las piernas de su amigo. El rostro de Jimmy se puso blanco. “Billy, no intentes moverte. Iré a buscar auxilio.”

“No, no me dejes,” gritaba Billy. Pero Jimmy ya estaba corriendo como una liebre. Cuando Billy bajó la vista hacia sus piernas, él estaba horrorizado al ver que casi estaban partidas en dos.

Pero el drama es tan sólo el comienzo. Luego llega lo sobrenatural— y nada es jamás igual otra vez

Libro Uno:

El Niño y Su Privación

(1909 – 1932)

**por
Owen Jorgensen**

Sobrenatural: La Vida de William Branham

**Libro Uno
(1909 – 1932)**

Derechos Reservados © 1994
Por Owen Jorgensen

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin primero haber obtenido el permiso por escrito del autor. Esto abarca todos los medios de duplicación, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado o cualquier otro almacenamiento de información y sistema de recuperación. El duplicar este libro sin permiso es una violación de las leyes internacionales de derechos de autor.

0501-007-CPEd1

Título original en inglés: *SUPERNATURAL: The Life Of William Branham. The Boy And His Deprivation.*

Este Primer Volumen de *SOBRENATURAL: La Vida de William Branham* ha sido traducido al español con la debida autorización de su autor, Owen Jorgensen.

Publicado por:

Tabernáculo *Luz Al Atardecer*
Apartado Postal # 512
Cuautitlán Izcalli, Edo. De México. 54700
MÉXICO.

En algún lugar del mundo, un adolescente sincero está buscando respuestas a preguntas tales como:

¿Realmente existe Dios? Si es así, ¿quién es Él? Y ¿dónde está Él? Y ¿acaso este Dios está interesado en mi vida?

Este libro está dedicado a ti, joven investigador.

Porque así estaba yo una vez.

Contenido

Prólogo del Autor ix

Libro Uno: El Niño y Su Privación

1. Misteriosa Señal del Nacimiento	3
2. Su Primera Visión	13
3. El Hedor de la Pobreza	25
4. Golpeado Sin Compasión	33
5. Herido Accidentalmente	41
6. El Ramalazo Aplastante.	51
7. Refugiándose en el Desierto	59
8. Sigue la Señal.....	67
9. Su Última Oportunidad	73
10. Primera Prueba de Fe	81
11. Ordenado Para un Evangelio Sobrenatural	89
Explicación del Autor	99
Fuentes y Bibliografía.	101
Índice.	105
Información del Libro.	107
Libros Disponibles en.....	110

Prólogo del Autor

CUANDO COMENCÉ ESTE PROYECTO, la primera pregunta difícil a la que me enfrenté fue— ¿Cómo abordaría yo un tema que tiene tan pocos precedentes? Mucha de la historia de la vida de William Branham está mucho más allá de los límites de la experiencia humana normal que es difícil que quede bien en el espacio limitado de un libro. Mi manera de abordarlo tiene ventajas así como limitaciones, de las cuales deseo compartir con Uds. en el principio.

Todo biógrafo debe tomar ciertas decisiones antes que comience a escribir. ¿Debería él estructurar su libro por temas o cronológicamente? ¿A qué audiencia debería él procurar llegar? ¿En qué nivel de comprensión debería él de escribir? ¿Qué tan extenso debería ser su libro? ¿Qué incidentes debería de incluir y qué cantidad de detalles debería agregar sobre cada incidente? ¿Cuánto debería de analizar y cuándo debería él tan sólo describir eventos sin comentario? La lista continúa...

Yo estructuré esta biografía cronológicamente, sintiendo que tanta como esa perspicacia podría ser alcanzada al observar la vida de William Branham paso a paso. Muchos biógrafos permanecen siempre actuales en su texto, analizando y explicando el significado futuro de cada evento que describen. Yo tomé la opción de no hacerlo así, dejando que el significado de cada evento permanezca un misterio hasta ese punto en la historia cuando William Branham mismo aprendía su significado. Esto le permite al lector seguir su vida a medida que él la vivía, para entender el desarrollo de su carácter, y el apreciar su lucha para comprender el significado de su vida peculiar.

Por cuanto varias biografías breves que ya han sido escritas sobre William Branham, yo sentí que esta biografía debía de ser más extensa y mucho más detallada. Yo no deseaba que fuera pesada, así que me concentré en el drama natural de la historia, enriquecido con sorpresas— procurando mantener el análisis a su mínimo nivel. El resultado es un texto que bien merece la pena leerse. Ya sea que Ud. sea un estudiante de primer grado de secundaria o un profesor de universidad, creo yo que Ud. siempre se encontrará dándole la vuelta a cada página por más.

Pero esta fuerza tiene también un defecto. A causa de que esta biografía fluye con rapidez como una novela excitante, algunos lectores pueden ser tentados a echarla al olvido pensando que es una ficción. Eso sería un error. Cada evento en este libro en realidad sucedió. Muchas de estas historias están bien documentadas de múltiples fuentes. En mi búsqueda hice uso de artículos de periódicos y revistas, libros, fotografías, películas, y testimonios de personas que conocieron personalmente a William Branham y que fueron testigos oculares de algunos de los fenómenos sobrenaturales descritos en esta biografía.

Sin embargo, extraje la mayoría de mi información del testimonio personal del mismo William Branham. Por todos los 19 años de su ministerio nacional e internacional, más de 1,100 de sus sermones fueron grabados en cinta. Durante la mayoría de estos sermones él narraba historias concernientes a sus experiencias personales. Muchas veces él platicaba de cosas que le acababan de suceder, describiéndolas a detalle, incluyendo sus conversaciones. (Para más información, lea la Explicación del Autor al final de este libro.) A menudo William Branham incluso contaba *lo que él estaba pensando al respecto* cuando ocurrían estos incidentes— ¡él sueño de un biógrafo se volvía realidad! La abundancia de fuentes de material de este tipo— detallado y altamente personal— lo hizo posible para que yo escribiera esta biografía en el estilo absorbente que he escogido. Sentí que la fuerza de este estilo de abordarlo valía mucho más que el hecho que el texto no tiene una apariencia erudita. Mi objetivo es mantenerle a Ud. leyendo hasta que Ud. se sienta más identificado con una de las figuras públicas de nuestra generación— y uno de los más grandes hombres de todos los tiempos.

Owen Jorgensen, 1994

Libro Uno

El Niño y Su Privación

(1909–1932)

Capítulo 1

Misteriosa Señal Del Nacimiento

1909 — 1912



La cabaña de troncos cerca de Burkesville, Kentucky, donde nació William Branham el 6 de Abril de 1909.

“QUINCE no es demasiado joven para tener un bebé,” murmuró *Ella* Branham para sus adentros, intentando reforzar su valor. “Pues, estoy tan preparada como—”

El dolor lastimó otra vez— más agudo, más imponente que antes. *Ella* sintió elevarse el pánico con la incomodidad que se extendía. Ella sostenía su vientre abultado y gemía, “Todavía no. Por favor todavía no. No hasta que Charles vuelva a casa.”

Gotas de sudor brotaban de su frente. Ella se tambaleaba por el piso de tierra hacia la única ventana de la cabaña, ubicada a la mitad de una tosca puerta de madera. La ventana no tenía vidrio, únicamente una contraventana de madera el cual *Ella* dejaba abierto durante el día y lo cerraba de noche. Ahora estaba abierto.

“¡Charles!” gritaba ella. Su voz parecía evaporarse dentro de las regiones apartadas de Kentucky, con su vasta extensión de cerros y hondonadas extendiéndose de ella en cada dirección. El saber que su vecino más cercano vivía a millas de distancia hacía sentirse a *Ella* desesperadamente sola. El dolor se volvía más agudo alrededor de su estómago, conduciéndola a un pánico. “¡Charles!” gritó ella de nuevo. “Charles, ¿en dónde estás?” Entonces su voz se hundió en un débil sollozo, “Por favor ven a casa. Me haces falta.”

Charles Branham había recibido su sueldo de explotación forestal aquella mañana y se había ido al pueblo —Burkesville, Kentucky— a comprar un nuevo par de pantalones de pechera, “En honor de mi primer hijo,” había dicho él. Pero ¿qué era lo que lo estaba haciendo tardarse tanto? ¿Había caído en garras de una taberna? Si así era, no había sido la primera vez en su primer año de matrimonio. Pero ¿con toda seguridad Charles no haría semejante cosa hoy! Él sabía que se

esperaba su bebé en cualquier momento.

La contracción se calmaba, dejándola agotada. *Ella* se reclinó contra la astillada jamba de la puerta, observando el sol ocultarse detrás de los arcos y los robles que apenas habían comenzado a retoñar. Era Abril del año de 1909. *Ella* se estremeció mientras cerraba la contraventana.

Ahora la única luz en la cabaña procedía del ocaso que se filtraba a través de las hendeduras entre los troncos toscamente cuadrados. Haces de luz se movían lentamente por la mesa— un mueble casero, construido de un tocón cortado de un árbol, con perchas de madera como patas y un banco como un asiento. La otra única pieza de mueble en el cuarto de una sola habitación de 12 pies [3.65 metros] de largo era una cama rudimentaria fijada con clavos a una pared. *Ella* se tambaleó hacia la cama y se desplomó sobre su colchón de paja, jalando la colcha hasta su cuello. La almohada formada de hojas de maíz crujía debajo de su cabeza con cada movimiento. A medida que el cuarto se oscurecía completamente, *Ella* pensaba en su hogar anterior en Paris, Texas, al cual ella tanto deseó escapar recientemente. El año pasado esto hubiera parecido intolerable. Pero ahora, desde esta posición, eso no parecía tan mal.

Ella había alcanzado la edad adulta allá en Texas como *Ella* Harvey. Su padre era un cazador, trampeador, y maestro de escuela. Su madre era de raza India Cherokee. *Ella*, la mayor de cuatro hijos, había vivido una infancia maravillosa, despreocupada hasta hacía tres años cuando su madre murió de fiebre escarlatina. Y en aquel entonces *Ella* tenía escasamente 12 años de edad y su hermano menor tenía tan sólo cuatro. La penosa tarea de servir de madre cayó pesadamente en las manos de *Ella*.

Hacía un poco más de un año, ella había conocido a Charles Branham en un rodeo. Charles era bajo de estatura y guapo, con cabello negro ondulado, hombros amplios, y suficiente destreza de vaquero para dominar casi cada potro bronco que él desafiaba. *Ella* fue cautivada por su encanto. Charles tenía 18 años y ella tenía 14; pero ella se sentía de mayor edad. En ese entonces, el matrimonio había parecido como un buen medio de evadir la pesada tarea de cuidar sus hermanos menores. Ahora ella se preguntaba si simplemente había saltado de una sartén caliente a otra. Aquí estaba, de 15 años de edad, una desconocida en los cerros de Kentucky, teniendo un bebé a 40 millas [64 kilómetros] del doctor más cercano,

sin siquiera un amigo a quien pedirle auxilio. Ocultando su cabeza en la almohada, *Ella* lloraba.

CHARLES BRANHAM regresó a la cabaña una hora después de oscurecer. Él había estado bebiendo, desde luego, pero no lo suficiente para entorpecer su pensamiento. Él abrió la puerta lenta y silenciosamente a fin de no perturbar a su joven esposa si acaso estaba dormida. Entonces escuchó el gemido de ella. Rápidamente Charles encendió un nudo de pino y lo puso sobre la tapa de un tarro para frutas. El nudo de pino ardía con una luz pálida y chisporroteante que despedía grandes cantidades de humo. A causa de que la cabaña estaba ventilada naturalmente, el humo era empujado hacia arriba más allá de las vigas, filtrándose a través de las hendiduras en las tablillas de arriba.

“Charles,” susurró *Ella* débilmente, “esta noche es la noche. Ve a traer a tu mamá.”

Charles encendió un fuego, entonces se fue corriendo a la cabaña de su madre. La noche estaba fría y clara y la luz de las estrellas facilitaba el mantenerse en el sendero. Una hora más tarde regresó con su mamá y dos vecinas.

La abuelita Branham era una anciana brusca, rígida como el pellejo del tocino. Pero al ver a esta jovencita de 15 años de edad estar de parto la ablandó como el sebo caliente de mapache ablanda el cuero para botas. (No que la abuelita Branham misma usara botas. Ella nunca había tenido un par calzado propio en su vida.) Ahora ella se encargó de la situación. Habiendo tenido 17 hijos propios, ella estaba bien preparada para desempeñar la tarea como partera de su reciente nuera. Ella insistió en que Charles esperara afuera. Él no puso objeción. Tomando una frazada, él se metió a gatas debajo del cobertizo unido a un extremo de la cabaña, formando su cama sobre las virutas de la madera y la corteza. Sacando un frasco de whisky de su bolsillo, Charles se lo zampó para calmar sus nervios. Sin tardarse mucho se quedó profundamente dormido.

A media que se acercaba el alba, la conmovión dentro de la cabaña se hacía más intensa. Charles se despertó. El horizonte oriental se estaba tornando más brillante con la aproximación del alba, pero el sol todavía no había salido. Él se maldecía a sí mismo por haberse dormido, y entonces se comenzó a preocupar a causa de que su hijo

todavía no había nacido. ¿Algo andaba mal? ¿Tal vez él debería entrar y averiguar? Antes que pudiera decidirse, escuchó el llanto agudo de un recién nacido. La puerta de la cabaña se abrió de golpe y una de las vecinas dio voces, “Charles Branham, es un niño.”

Tímidamente Charles entró arrastrando los pies y cerró la puerta. El cuarto olía a humo de una vela sobre la mesa. La abuelita Branham terminó de lavar al infante, que pesó cinco libras [2.27 kilogramos], entonces amablemente lo acostó en los brazos de su madre. Charles se paró cerca de la cama con sus manos dentro de la pechera de sus nuevos overoles, observando nerviosamente esta pequeña criatura meneándose y gruñendo que era su hijo.

Ella dijo, “Charles, él tiene tus ojos azules.”

Charles estudió los pequeños ojos, pero en la débil luz él no podía adivinar el color de ellos. “Llamaremos su primer nombre William,” dijo él. “Y su segundo nombre será Marrion.”

Ella ensayó el nombre con su lengua, “William Marrion... Branham. Eso suena suficientemente distinguido. Y él puede pasar con el nombre de Billy. Charles, creo que Billy va a tener su cabello rizado también. Abre la contraventana para que yo pueda verlo mejor.”

Eran un poquito después de las cinco, del martes en la mañana, 6 de Abril de 1909. La luz del día se filtraba a través de los resquicios, incluso aunque el sol no se asomaba todavía por el horizonte. Charles abrió la contraventana y luego se volvió atrás, asombrado. Algo se había precipitado a través de la ventana abierta— una luz, parecida a una estrella, como de un pie de diámetro [30.48 centímetros].

Ella gritó y meció a su hijo tan apretadamente hacia su pecho. Los otros, desconcertados, retrocedieron contra una pared. La extraña luz dio vueltas al cuarto varias veces, entonces se detuvo sobre la cama, cerniéndose encima de la madre primeriza y el niño, brillante verde amarillento, palpitando con vida propia. Por menos de un minuto ella mantuvo esa posición— no por mucho tiempo, sin embargo el tiempo suficiente para que todos en la cabaña se aseguraran que ellos realmente la habían visto. Entonces tan rápidamente como ella había venido, la bola de fuego se fue, dando vueltas arriba más allá de las vigas y salió a través del techo.

Charles miraba fijamente arriba hacia las tablillas con ojos muy abiertos y sin parpadear. De pronto una agitación de alas desvió su

atención hacia la puerta, donde una paloma se había posado sobre el antepecho de la ventana abierta. La paloma blanca como la nieve miró la habitación con curiosidad, casi como si estuviera buscando algo. Cuando divisó al bebé recién nacido, irguió su cabeza y arrulló antes que se alejara volando. Charles miró en pos de la paloma por un momento, luego puso en blanco sus ojos hacia arriba en dirección al techo.

Una de las vecinas murmuró, “Pues yo nunca—”

La otra dijo pensativamente, “Me pregunto que clase de joven irá a ser este niño.”

Billy Branham tenía tan sólo 15 minutos de nacido.

LAS NOTICIAS SE ESPARCIERON con rapidez entre la gente de la montaña tocante a “aquel niño nacido allá en el cerro con una luz sobre él.” Algunos hicieron pasar eso como la luz del sol reflejándose de un espejo. Charles y *Ella* lo sabían mejor que nadie, ya que no había ningunos espejos en su cabaña. Aparte de eso, el sol todavía no había salido. Ellos estaban desconcertados. ¿Había algún significado espiritual en esa luz? Charles deseaba olvidarlo, pero *Ella* no se lo permitía. Ella insistía en que “se debía hacer algo,” y finalmente decidieron que su bebé debería ser llevado a la iglesia y dedicarlo a Dios. Al principio Charles argüía en contra de esa idea, pero finalmente consintió, aunque la concesión no encajaba con su carácter. Ahora surgía la pregunta, ¿a dónde deberían llevarlo?

La genealogía de Charles era estrictamente Católico Irlandés. Por la parte de *Ella*, los Harveys eran también Católicos Irlandeses, con excepción de la madre de *Ella*, que pertenecía a la nación Cherokee. No obstante, tanto Charles como *Ella* se habían alejado completamente de su fundamento Católico y ninguno de ellos tenía ningunas convicciones religiosas formales. Ellos estuvieron de acuerdo que para su propósito, la mejor iglesia era la iglesia más cercana.

Así que cuando Billy Branham tenía dos semanas de nacido, Charles y *Ella* lo arroparon y lo llevaron a la Iglesia Bautista *El Reino de la Zarigüeya*, donde una congregación pequeña se reunía cada Domingo en un edificio rústico de madera con piso de tierra y bancas hechas de tablas puestas sobre bloques de madera volteados. La Iglesia Bautista *El Reino de la Zarigüeya* no tenía pastor

permanente. La mayoría de los Domingos la congregación entonaba alabanzas y leían de la Biblia. Pero cada dos meses un predicador de circuito pasaba y predicaba un sermón. El anciano predicador estaba allí hoy. Él ofreció una oración sobre el pequeño William Marrion Branham, pidiéndole a Dios que algún día usara a este niño en Su servicio. Esa fue la última vez que Billy Branham entraría a un edificio de iglesia por 23 años.

LA EXPLOTACION FORESTAL A MENUDO obligaba a Charles a estar ausente de su esposa e hijo durante la semana. Aquel Octubre de 1909, una nevada lo mantuvo en un campo de madera lejos de casa. *Ella*, con cuatro meses de embarazo de su segundo hijo, se preocupaba a medida que los víveres disminuían. Cuando su leña se agotó, ella envolvió sus pies en sacos de arpillera y luchó a través de los montones de nieve que le llegaban a la altura de la cintura y el viento penetrante, abriéndose camino luchando hacia los bosques para cortar árboles jóvenes y ramas secas, arrastrándolas de vuelta hacia la cabaña en un intento desesperado de mantener el fuego ardiendo. Pero cuando su alimento se acabó, ella se desesperó. El fuego se enfrió hasta volverse cenizas; *Ella* estaba demasiado débil como para emprender otro viaje afuera por leña. Juntando cada pedazo de ropa en la cabaña, se envolvió a sí misma y a su hijo lo mejor que podía, se fue arrastrando hacia la cama, y se cubrieron con la colcha. En el exterior el viento aullaba incesantemente. El cuarto se enfrió al grado que el balde de agua se congeló. *Ella* miraba fijamente hacia las vigas y consideró otra vez aquella luz extraña en el nacimiento de su hijo. Ella a menudo había pensado en eso por los seis meses pasados. Algunas veces creía que era una señal que Billy estaba destinado para la grandeza. Ahora eso parecía sin sentido, ya que la muerte de ambos no parecía estar muy lejana.

Su vecino más cercano era un anciano que vivía del otro lado del valle. Cuando la tormenta cesó, este vecino fue al exterior para hacer algunos trabajos rutinarios. Él apenas podía ver la parte superior de la cabaña de los Branham y se fijó que no había humo elevándose de la chimenea. En ese momento no le prestó mucha atención, pero después de varios días su interés aumentó. Él sabía que el humo había estado saliendo de la cabaña antes de la tormenta; y nadie podía haber abandonado la cabaña durante la tormenta.

Imaginándose que algo podría andar mal, decidió investigar. Mientras se acercaba a la cabaña, él vio que no había rastros en la nieve recién caída. Eso confirmó su temor de que nadie había abandonado la cabaña después que terminó la tormenta. Él tocó la puerta, pero no recibió respuesta. Cuando intentó abrir la puerta, descubrió que estaba cerrada por dentro. Ahora él sabía que alguien debía estar allí adentro— alguien que debía estar en serios problemas o ellos le hubieran respondido. Con una gran cantidad de esfuerzo, consiguió forzar la puerta hasta abrirla. Lo que él encontró en el interior hizo que le diera escalofrío.

Ella y su bebé estaban acurrucados en la cama, casi muertos de frío y de hambre. Apresuradamente el vecino agarró el hacha de *Ella* y se fue a los bosques, trayendo de regreso suficiente leña para calentar la cabaña. Al no encontrar alimento, recorrió con dificultad la distancia hacia su casa y regresó con tantos comestibles como podía cargar. El llamar a un doctor era completamente imposible, así que el anciano mismo cuidó de la joven madre y del niño. Cuando Charles se abrió paso a través de los montones de nieve hacia su cabaña, su esposa e hijo estaban comenzando a recuperar su fuerza.

El resto de aquel invierno Charles permaneció cerca de la casa, cazando y poniendo trampas para mantener llena la despensa. En la primavera, él regresó a la explotación forestal. Después que el hielo se derritió, él enganchaba un buey a los troncos y, uno por uno, los arrastraba hacia el Río Cumberland, donde otros madereros los amarraban juntos dentro de una balsa, los hacían flotar hacia el Río Ohio y de allí hacia el Mississippi.

EN MARZO de 1910 Charles y *Ella* tuvieron su segundo hijo, Edward. Unos cuantos meses después *Ella*, ahora de 16 años, sintió otro bebé creciendo dentro de su vientre. Ella dio a luz a su tercer hijo a principios de 1911. Era otro niño. Ella le puso por nombre Henry. Charles cortó y transportó árboles por toda la primavera y el verano y entrado el otoño de 1911. Entonces la desgracia ocurrió otra vez, apartando de golpe a Charles de su joven familia y casi destruyéndolo.

Siendo el menor de 17 hijos, Charles Branham había crecido con muchos maestros toscos. Él aprendió a tomar whisky cuando era

apenas un jovencito, y aprendió a resolver las disputas con sus puños. En el otoño de 1911, Charles estaba en una fiesta cuando se desató una riña. El whisky ilegalmente destilado y hombres endurecidos hicieron una mezcla perversa y pronto el pleito se acrecentó hasta volverse una feroz reyerta involucrando a todos en el cuarto. Un fuerte pendenciero llamado Willy Yarbrough golpeó a un amigo de Charles derribándolo al suelo, saltó sobre él, sacó su puñal, y estaba apunto de clavárselo en el corazón cuando Charles asestó un golpe con una silla en la cabeza de Willy. Charles se apartó y sacó su propia navaja. Willy se olvidó del hombre en el suelo y se fue en pos de Charles. Willy le hubiera cortado el cuello a Charles si hubiera tenido la oportunidad —él era un hombre despiadado que había matado a su propio hijo con un palo de la cerca— pero el puñal de Charles dio primero en el blanco, dejando a Willy en un charco de sangre, sin sentido, aunque todavía vivo.

Cuando las noticias de esta reyerta llegaron a Burkesville, Kentucky, Charles fue implicado como un cabecilla y acusado de intento de homicidio. Un alguacil llegó a caballo para arrestarlo. Antes que el alguacil pudiera encontrarlo, Charles salió huyendo de su peligro. Él tuvo que marcharse a toda prisa, sin saber a dónde iría o qué haría. Antes de marcharse, le prometió a *Ella* que tan pronto como encontrara un trabajo y un lugar para que vivieran, él enviaría por ella, usando un nombre ficticio para que de ese modo se le pudiese localizar.

Y así que, en el espacio de una tarde, Charles Branham se desapareció, dejando a su esposa sola y en los bosques para valerse por sí misma y sus tres hijos. Billy tenía dos años y medio, Edward un año y medio, y Henry tenía escasos seis meses. A la edad de 17, *Ella*, era casi una niña en sí misma. Antes que pasaran unas cuantas semanas, ella se dio cuenta que Charles había dejado una parte de sí mismo con ella. Ella estaba de nuevo embarazada.

Aquel otoño e invierno extendieron a *Ella* al límite de su fuerza. Ella parecía estar viviendo a través de una pesadilla, tratando de cuidar a sus tres niños en una cabaña tosca y aislada, mientras ella misma sentía náuseas la mayor parte del tiempo. No tenía dinero, ni recursos, y ni energía. Si no hubiera sido por la ayuda de los parientes de Charles —tan pobres como eran— *Ella* sabía que no hubiese sobrevivido.

Pero finalmente las estaciones cambiaron, el campo se deshelo, y

su náusea terminó. Pasó el primer aniversario de Henry, el segundo aniversario de Edward, y el tercero de Billy. El bebé, pateando y retorciéndose en el vientre de *Ella*, se acercaba el momento del parto. Una vez más durante aquella primavera de 1912, un alguacil se detuvo junto a la cabaña para preguntar si *Ella* había tenido razón de su esposo. Ella podía decir la verdad— no había tenido razón de él y no tenía idea de dónde estaba.

Unos cuantos días después de la visita del alguacil, Billy y Edward estaban jugando detrás de la cabaña donde un manantial pequeño mantenía el suelo lodoso. Billy quería mostrarle a su hermano menor cuán fuerte era él, así que levantó la roca más grande que podía levantar, la sostuvo por encima de su cabeza, y la arrojó hacia el manantial. La roca se hundió profunda dentro del lodo a la orilla del agua, salpicando todo de lodo a Edward, que de inmediato lloró y se fue zarandeándose de vuelta a la cabaña. Un petirrojo comenzó a gorjear con placer. Billy buscó en las ramas hasta que divisó al pájaro en un árbol cercano. Él dio un paso hacia él y el petirrojo se alejó volando. En ese momento sucedió algo tan asombroso que se grabó en su mente tierna y se convirtió en su primer recuerdo significativo de la infancia. De donde el petirrojo había estado posado, procedió un sonido parecido a un viento levantando las hojas— *juusssh*. Entonces una voz resonó del árbol—una voz muy clara, voz humana— la cual dijo, “*Tú vivirás cerca de una ciudad llamada New Albany.*”

Con un grito de terror, Billy se fue a la cabaña tan rápido como sus piernas rechonchas podían llevarlo, chillando, “¡Mamá! ¡Mamá!”

Ella estaba quitando el lodo de la barriga de Edward. “Billy, ¿qué sucedió?” preguntó ella, mientras abrazaba a su hijo mayor hacia su costado.

“Un pájaro me habló, mamá. Yo lo oí cantar en un árbol y luego me habló.”

Ella se rió, “Estabas soñando, hijo.”

Pero Billy insistió. “Yo lo oí, mamá. Lo oí hablar.”

“Y ¿qué dijo este pájaro?” *Ella* bromeó, pensando todavía que era la imaginación de Billy.

“Él dijo que viviríamos cerca de una ciudad llamada New Albany.”

Esta respuesta la sobresaltó. Eso no parecía algo como que un niño pequeño inventara en su juego. Ella le dio a vuelta a la cabaña y

gritó hacia los bosques, “Hola, ¿hay alguien allí?” Cuando regresó al interior, Billy le preguntó, “Mamá, ¿dónde está New Albany?”

“Es un pueblo en Indiana, justo al otro lado del río de Louisville, Kentucky, como a cien millas [161 kilómetros] de aquí. Billy, ¿dónde oíste hablar de New Albany?”

“Nunca había oído hablar de New Albany, hasta que ese pájaro habló conmigo. Mamá, ¿cuándo vamos a vivir allá? ¿Papá vivirá allá con nosotros?”

Ella meneó la cabeza.

Varias semanas después llegó la tan esperada carta de Charles. *Ella* se sentó en el extremo de la mesa, fijando la mirada en el sobre lo sostenía entre sus dedos temblorosos. Billy se paró de puntillas echando una ojeada sobre la parte superior de la mesa. “Ábrela, mamá.”

Ella se rió nerviosamente, “Desde luego. Hemos esperado un largo tiempo por esto; ¿por qué esperar más tiempo?”

Desprendió cuidadosamente la solapa pegada, sacó la carta de su sobre, la abrió, y comenzó a leer. Siendo que su padre era un maestro de escuela, ella había recibido una excelente educación. Pero Charles casi no había tenido educación y no podía leer ni escribir, ni siquiera su propio nombre. Uno de sus hermanos que vivía en Louisville había escrito esta carta en lugar de él.

“¿Qué es lo que dice, mamá?” preguntó Billy.

Ella hablaba mientras leía. “Ella dice que tu papá está en Indiana. Ha encontrado un trabajo estable y un lugar para que vivamos y desea que nos vayamos cuanto antes. Está en un pueblo pequeño llamado Utica, como a diez millas [16 kilómetros] al noreste de—” Se detuvo abruptamente y miró con asombro a su hijo de tres años de edad. ¿Cómo pudiera ser?

“¿Dónde, mamá? ¿Dónde está Utica?” Insistió Billy.

Ella dijo despacio, “Billy, vamos a vivir a diez millas al noreste de New Albany, Indiana.”

Capítulo 2

Su Primera Visión

1912 — 1916

CHARLES BRANHAM había mandado dentro de la carta suficiente dinero de modo que *Ella* pudiera alquilar una carreta para la mudanza. Ella tenía pocas posesiones que cargar otra cosa que tres niños que se retorcían. New Albany está ubicada a más de cien millas [161 kilómetros] al norte de Burkesville. Estando casi cercana a dar a luz, *Ella* le temía al viaje. Pero para Billy de tres años de edad, quien nunca había visto más allá de su cabaña en la montaña, el viaje parecía una aventura emocionante. Él estaba impresionado especialmente con el puente de madera angosto y tendido que cruzaba el Río Ohio entre Louisville, Kentucky, y New Albany, Indiana. Otras diez millas [16 kilómetros] al norte los trajeron a su nuevo hogar, el pequeño pueblo de Utica, Indiana.

El 27 de Mayo de 1912, *Ella* dio a luz a su cuarto hijo, poniéndole por nombre Melvin. Aquel verano Charles trabajó para un hacendado local. Era una faena agobiante. Algunas veces él tenía que recorrer con dificultad detrás de un caballo y un arado durante 12 horas al día, sudando debajo de un sol abrasador. Más de una vez él vino a su casa con su camisa quemada por el sol en su espalda y *Ella* tenía que desprenderle la camisa con tijeras. Cuando el maíz crecía, Charles se pasaba los días con un azadón de cuello de ganso, cortando las enredaderas de entre los surcos. Al principio sus manos se ampollaban y sangraban; poco después se formaron callos tan duros como el cuero. Él sufría todo este tiempo por apenas 75 centavos de dólar al día.

Aquel otoño Charles regresó a la explotación forestal; eso le sentó a él mejor que la labranza. Él se había hecho adulto en los bosques y había principiado en la explotación forestal a temprana edad. Aunque él pesaba únicamente 150 libras [68 kilogramos], Charles estaba abultado con músculos y era un maderero tan diestro que él

podía cargar un tronco de 900 libras [408 kilogramos] de peso en un carro por sí solo. Pero a medida que el invierno se acercaba, Charles se comenzaba a inquietar. Los seis de ellos vivían en una choza de una habitación, no mayor ni tan bien construida como la cabaña de troncos que ellos habían dejado atrás en Kentucky. La explotación forestal lo obligaba a estar ausente de su familia por semanas a la vez. No queriendo que su esposa sufriera como había sufrido el invierno pasado, Charles comenzó a buscar una situación mejor.

Llegó la primavera en 1913 antes que Charles encontrara algo permanente. Él consiguió un trabajo en Jeffersonville, Indiana, trabajando para el Sr. Wathen— un multimillonario quien era dueño de las Destilerías Wathen y era copropietario de un equipo de béisbol profesional, los *Coroneles de Louisville*. Charles fue contratado como un chofer particular porque él era tan bueno en el manejo de caballos. El trabajo no le remuneraba mucho en efectivo, pero ofrecía beneficios por el lado substancial— es a saber un lugar donde vivir sin pagar renta en la propiedad del Sr. Wathen. El solar incluía una cabaña de troncos de dos habitaciones, un establo viejo, un extenso espacio de jardín, y un campo pequeño que Charles podía cultivar para su propio beneficio. También el Sr. Wathen tenía una lechería cerca, y Charles podía llevar a casa una cubeta de leche todas las noches— que no era un beneficio pequeño para un padre con cuatro hijos en etapa de crecimiento.

Jeffersonville era un pueblo a cuatro millas [6.44 kilómetros] al nordeste de New Albany, sobre el camino del río llamado localmente Utica Pike. El Sr. Wathen vivía a un poco más de siete millas [11.27 kilómetros] fuera del pueblo en una enorme propiedad. La cabaña a la cual se mudó Charles se ubicaba en una ladera teniendo a la vista al Río Ohio. Tallas expuestas a la intemperie cubrían las paredes del exterior de la estructura; y en el interior, lodo llenaba las hendiduras, y un desván para dormir en las pares arriba de uno de los cuartos. La escalera hacia el desván estaba hecha de dos árboles jóvenes. A la mitad del piso de un cuarto, un tocón aserrado había sido rodado y rocas lisas puestas en la parte superior del tocón. Encima de esto estaba una estufa de madera hecha de un bote de aceite vacío. Para cocinar *Ella* usaba una “estufita vieja.” Ellos incluso tenían una lámpara de petróleo para alumbrarse. Todo se consideraba, que era una enorme mejora en comparación con la choza de una habitación que los había amparado en Utica.

Sobre la ladera enfrente de la cabaña, un manzano extendía sus ramas sobre un pequeño manantial. El agua fría del manantial servía como un refrigerador por la mayor parte del verano, evitando que las latas de metal con leche, mantequilla, y suero de la leche se echaran a perder demasiado pronto. (Charles no podía guardar la crema allí; él tenía demasiados pequeños Branhams ávidos de ir a meter la mano.) El manantial abastecía a la casa con agua hasta a mediados de Agosto, cuando finalmente se secaba. Entonces ellos tenían que sacar el agua por medio de una bomba del pozo localizado abajo junto al establo y acarrearla cuesta arriba a la casa.

A Billy le encantaba el borboteo del manantial. Una jícara colgaba de un clavo clavado en el tronco del manzano, pero Billy rara vez lo usaba. A él le agradaba tirarse de panza en el pasto cálido, poner sus labios en el agua, y sorber hasta llenar su estómago. Entonces él llenaba una jarra y se la llevaba a su papá en el campo.

Charles siempre llegaba a casa del campo muerto de hambre a la cena. A causa de que ellos no tenían un lavabo interior, él se lavaba atrás de la cabaña donde un banco fue construido contra un manzano. El banco era tan sólo una tabla de establo fijada con clavos al tronco, con una tabla en el otro extremo como pata y una tabla inclinada por debajo para mantener firme al banco. Todos los cuatro niños se paraban en fila detrás de papá para lavarse. Cuando Charles se arremangaba las mangas de su camisa de fabricación casera para enjabonarse, los músculos de sus brazos sobresalían y se ondulaban. Billy observaba con orgullo, pensando, “Ese es mi papá. Él es fuerte. Él vivirá cien años. Cuando yo sea un anciano, todavía estaré observando a mi papá con grandes músculos.” Charles medía únicamente cinco pies con siete pulgadas [1.69 metros] de altura. Billy había heredado de su padre el cabello ondulado oscuro y el buen parecido Irlandés, pero no su poderosa compostura física. En lugar de eso Billy era delgado y enjuto como su madre.

Llegó el turno de lavarse de Billy. Él tenía gran cuidado de no dejar entrar a sus ojos el jabón de lejía de elaboración casera. Una lección de eso había sido suficiente. Él se secaba con una toalla que su madre había hecho de un costal vacío de harina de maíz. La toalla era áspera e incómoda, así que Billy se la pasaba ligeramente. Arriba del banco para lavarse, estaba sujetado al árbol un pedazo de espejo roto con cinco clavos doblados. Billy se trepaba sobre el banco para lavarse, estaba sujetado al árbol un pedazo de espejo roto

con cinco clavos doblados. Billy se trepaba sobre el banco para verse a fin de que pudiera usar el peine de hojalata para alisarse sus despeinados rizos.

Charles había construido su mesa para comer y bancos de viejas tablas de establo. Los bancos se parecían a bancas de iglesia. Billy siempre se sentaba junto a su padre en la cena. Sopa de frijoles era la comida general, acompañada con pan de maíz, cebollas hervidas, y mantequilla. *Ella* horneaba el pan de maíz en un sartén, entonces lo ponía sobre una charola y pasaba la charola alrededor de la mesa para que así todos pudieran tomar un pedazo mientras la pasaba. Billy siempre tomaba la esquina porque ella tenía una gran cantidad de mendrugos y a él le gustaba mojar los mendrugos de pan de maíz en su sopa.

EL 14 DE MAYO DE 1914, Billy recibió otro hermano, Edgar Lee Branham. Por los pocos años siguientes, la vida de Billy cayó en una forma cómoda. Cada Sábado por la tarde, su padre pedía prestada una mula y un carro cubierto del Sr. Wathen, cargaba a la familia, y viajaban siete millas [11.27 kilómetros] al pueblo a comprar los víveres. Los cuatro Branhams más chicos botaban de un lado a otro en la parte de atrás en un montón de paja, pero Billy lograba subirse enfrente de la carreta con su mamá y su papá. Billy siempre estaba emocionado respecto a ir a la tienda porque él sabía exactamente lo que sucedería. Charles, quien ganaba \$ 3.50 dólares a la semana, a menudo gastaba \$ 3.00 dólares de esto en la tienda de abarrotes. Ocasionalmente él gastaba el dinero en un saco de azúcar sin refinar o galletas saladas; pero la mayoría de las veces él compraba alimentos básicos como frijol, papas, y harina de maíz— el tipo de alimento que alcanzara una gran distancia. Después que Charles pagaba su cuenta, el Sr. Grover, el abarrotero, le daba una bolsita de barras de caramelo sabor menta para sus pequeñines.

En la parte trasera de la carreta cinco pares de ojos esperaban ansiosamente mientras papá dividía cuatro barras de caramelo en partes iguales entre sus cinco hijos. Enseguida los cuatro Branhams más pequeños chupaban sus caramelos de menta hasta convertirlos en una astilla. Pero Billy era astuto. Él chupaba el suyo por un rato, entonces envolvía su caramelo en un pedazo de papel de estraza arrancado de una bolsa de la tienda de abarrotes y lo guardaba en su

bolsillo. Él tenía una utilidad para él más tarde.

El Sábado por la noche ellos llenaban el gran lavadero de cedro con agua caliente y tomaban su baño semanal, uno tras otro, sin cambiar el agua. *Ella* tallaba ásperamente a Billy con jabón de lejía, diciendo, “Deseo ver que estés tan limpio como una cebolla pelada.” Entonces lo secaba frotándolo con una toalla de saco de harina hasta que sentía como si le arrancara la piel. Ella sabía que Billy no estaba comiendo una dieta balanceada, así que cada semana después de su baño ella hacía que él se tomara una cucharada de aceite de ricino, el cual ella creía que le ayudaría a prevenir resfriados. Billy miraba a esa gran cuchara llena con ese aceite de ricino grasiento y rogaba, “Oh, mamá, por favor no me hagas tomarlo. Me pone tan enfermo. No puedo soportarlo.”

Ella contestaba, “Si no te pone enfermo, no te hará ningún bien.”

Billy se tapaba la nariz y tomaba la cucharada en su boca, intentaba tomársela, se atragantaba, se estremecía todo, y finalmente conseguía bajarlo.

El Domingo *Ella* cocinaba “Caldo de Res” —el cual consistía de nabos, zanahorias, col, papas, frijoles, harina de maíz y un pedazo grande de carne de res; todo esto hervido en la olla junto. Lo que sobraba les servía para comer por dos o tres días.

El Lunes *Ella* lavaba la ropa afuera de la cabaña en un gran balde de hierro calentado sobre un fuego abierto. Billy, siendo el mayor, tenía que cortar ramas de algarrobo para el fuego. También se suponía que él llenara el balde con agua— un quehacer difícil para un niño de su edad y su tamaño.

“William,” llamaba ella.

“Sí, mamá.”

“Ve al manantial y trae una cubeta de agua.”

Billy pensaba en cuánto esa pesada cubeta de cedro cansaría su hombro, aún cuando fuera solamente a la mitad. Él buscaba a tientas en su bolsillo ese pedazo de caramelo de menta envuelto en papel. Entonces él encontraba a su hermano Edward, y decía, “Humpty” — Billy a menudo llamaba a su hermano Humpty— “Te diré lo que haré. Te dejaré lamer en este caramelo hasta que cuente hasta diez, si vas a traer esa cubeta de agua en mi lugar.” Edward iba con gusto por el agua y Billy lo premiaba al ofrecerle la barra de menta. Billy comenzaba a contar, “Uno, dos, tres...”

Edward, lamiendo tan rápido como podía, se quejaba, “No tan

rápido. Estás contando demasiado rápido. Vuelve a empezar.”

Billy volvía a empezar y Edward obtenía unas cuantas lengüetadas de más. Entonces Billy envolvía la barra de menta y la ponía de vuelta en su bolsillo. Había otros quehaceres por hacer el Lunes, pero mientras durara su caramelo, Billy era un jovencito de ocio.

El día de lavar *Ella* usaba una vara larga y lisa de nogal para menear la ropa en el balde de agua hirviendo, sacándolos cuando estaban listos. Ella mantenía colgada la vara de un clavo dentro de la puerta de la cabaña. Esa paleta servía para muchas funciones. *Ella* machacaba los trozos de los popotes de la paja del colchón con ella, entonces suavizaba las colchas de la cama. Charles también la usaba como una vara de corrección. Algunas ocasiones, si uno de los niños había hecho algo malo y esperaba una tunda, la vara de nogal desaparecía misteriosamente. Charles siempre se las arreglaba para sobrepasar eso sin ella, usando en su lugar su cinto de dar filo a la navaja de rasurar hecho de un cinturón viejo, o aun más usando la baqueta de su rifle. Todos los pequeños Branhams recibieron una “educación” allá en la leñera, corriendo alrededor de su padre tan duro como podían mientras él les pegaba en las asentaderas hasta ponérselas rojas. Charles llamaba a esto, “Sacándoles el diablo.”

En una ocasión, Edward urdió un plan malévolo. “Billy,” dijo él, “mamá y papá están cavando en el jardín. Si tú entras y traes un poco de azúcar, yo traeré las galletas y me encontraré contigo en el establo.” Eso le pareció muy bueno a Billy. *Ella* guardaba el azúcar sin refinar en una caja en la cabaña. Ella a menudo la mezclaba con agua para hacer melaza para los panqueques del desayuno de ellos. Billy entró de puntillas a la cabaña, extrajo un gran puñado de azúcar, y se dirigió al establo.

El jardín estaba a la mitad del camino al pie de la cuesta entre la casa y el establo. Charles se enderezó de cavar, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo a cuadros blanco y rojos. El se fijó que su hijo mayor iba caminando con su brazo estirado como si estuviera ocultando algo. Charles dijo, “¿adónde vas, William?”

“Voy al establo.”

“¿Qué tienes en la mano?”

Billy pensó, “Oh, oh.” Él intentó ser evasivo. “¿En cuál mano?”

Charles dijo, “Ven acá.”

Después de eso Billy no deseó más azúcar por un largo tiempo.

A FINES DE AGOSTO de 1916, después que una trilladora impulsada por vapor había terminado de procesar el grano de las cosechas, *Ella* relleno de paja nueva todas las fundas de sus colchones. Esa noche, poco después que los niños fueron enviados a dormir en el desván, Billy gritó como si un espanto le hubiera tocado el cachete. *Ella* se precipitó a la escalera y dio voces, “Billy, ¿qué diantre te pasa?”

“Mamá, ¡hay algo en la cama conmigo!”

“Es tan sólo un saltamontes atrapado dentro de la paja nueva. Ahora cálmate y vuélvete a dormir.”

“Mamá, no puedo volverme a dormir con ese bicho saltando por allí.”

Ella tomó la lámpara de petróleo en la mano y subió al desván, a fin de que Billy pudiera ver para abrir el costado de su funda, hurgar en la paja fresca, y encontrar el escandaloso saltamontes. Él lo dejó salir al empujarlo a través de una rendija donde el techo no se unía a tope con la pared.

Después *Ella* se reía del incidente cuando se lo contó a Charles. Pero ella no podía contarle a Charles respecto a su profunda preocupación por Billy. El niño había estado nervioso últimamente y su alimento no le estaba cayendo bien. Más de una ocasión en el mes pasado él se había quejado de una molestia en su estómago después de cenar y de eructar ácido del estómago. ¿Estaba nervioso porque pronto iniciaría la escuela? O ¿era algo más molestándolo? ¿Podía estar relacionado con la manera de beber de su padre?

En Septiembre Billy y Edward iniciaron juntos la escuela. Billy tenía siete años y medio de edad. Aunque él era mayor once meses que su hermano Edward, en tamaño ellos muy bien podrían haber pasado como gemelos; Edward era tan sólo un poquito más bajo.

Billy no tenía ropa para la escuela. Por todo el verano él había andado descalzo y sin camisa, usando un par de pantalones de pechera andrajosos y parchados. La familia no podía proporcionarle ropa nueva, así que *Ella* improvisaba: ella tomó el saco que Charles había usado en el día de su boda, lo cortó en pedazos, y cosió juntos un par de pantalones. Charles vino a casa con unos calcetines blancos y un par de zapatos de lona usados que apenas le quedaban, y eso completó el vestuario de Billy.

Cuando *Ella* terminó de vestirlo para su más reciente aventura, ella Dijo, “Párate allí. Ahora vamos a echarte una mirada.” Ella

retrocedió para mirarlo bien. Sus costillas descubiertas lo hacían mirarse tan pequeño y huesudo; y él se miraba tan retraído y con su cabello desgreñado colgándole hasta su cuello, su pantalón de fabricación casera, y sus zapatos de lona usados. *Ella* sonrió y dijo, “Si no te pareces a un ‘parlanchín’ de Kentucky.” *Ella* había hecho lo mejor que podía con lo que tenía. Desafortunadamente su hijo mayor tendría que ir a la escuela sin camisa.

Así que una mañana fresca de Septiembre de 1916, Billy y Edward recorrieron con trabajos el camino río abajo hasta la Escuela Utica Pike, la cual era una escuela típica rural de un aula, ubicada entre los cerros a plena vista del Río Ohio. La Sra. Temple sería su maestra durante muchos años. *Ella* enseñaba todos los ocho grados, con estudiantes que fluctuaban en edad desde los seis hasta los quince años.

En la escuela Billy aprendió más que las tres “R’s” de lectura, escritura y aritmética. De pronto su visión del mundo se expandió. Mientras se sentaba en la clase, él tenía tiempo para compararse con los otros niños. Las diferencias le resaltaban. Estos eran niños y niñas campiranos así como él, pero la mayoría de ellos usaban buena ropa y zapatos que les quedaban bien. Y todos ellos usaban camisas. Para el almuerzo los otros niños comían emparedados y tenían galletas o pastel como postre. Billy comía frijoles; y algunos días no comía desayuno en lo absoluto. Él comenzó a darse cuenta que su familia era pobre.

Desde el principio Billy fue tildado como un desconocido por los niños mayores. Ellos lo llamaban a él un “quebrador de maíz” y lo fastidiaban porque él hablaba raro, con un acento rústico típico de la gente de las montañas de Kentucky. Y se burlaban de él por mirarse tan andrajoso.

Unas cuantas semanas después que iniciara la escuela, Billy y algunos otros niños de su misma edad decidieron pasarse una tarde pescando en el estanque de “hielo” detrás de la cabaña de los Branham. Ellos lo llamaban el estanque de “hielo” porque el Sr. Wathen cortaba de él bloques de hielo cada invierno, guardaba los bloques en aserrín, entonces los usaba durante el verano para mantener frías las neveras en su lechería. Billy estaba emocionado de que estos niños lo hicieran formar parte de sus planes. No únicamente que a él le encantaba pescar, sino que él anhelaba ser parte de “la pandilla.”

Después de la escuela Billy corrió a casa, ansioso por bajar su caña de pescar de fabricación casera del desván. Sus zapatos de lona no le quedaban bien y habían hecho que se le formara un callo doloroso en su dedo gordo. Ese día él había estado preocupado por el callo. Cada vez que él movía el pie, el callo lo torturaba tanto que no podía concentrar su mente en su actividad escolar. Ahora, en su entusiasmo y prisa, él ignoró fácilmente el dolor. Él se fue deprisa hacia la cabaña y apenas había puesto un pie sobre la escalera de árboles jóvenes, cuando sintió una mano fuerte apretar su hombro. Su padre le dio la media vuelta.

“Billy, tengo una tarea importante que hagas esta tarde. Quiero que acarrees agua a los alambiques para mí.”

El corazón y las extremidades de Billy se paralizaron. “Pero papá, yo iba a ir a pescar con mis compañeros esta tarde.”

“Puedes ir a pescar mañana. Me estoy preparando para terminar de elaborar una remesa de whisky de maíz esta noche y estoy atrasado. Tengo que tener suficiente agua en el cobertizo para mantener fríos esos serpentines. Tienes suficiente edad para trabajar, y tengo que tener tu ayuda. Los baldes están allí junto al establo, puestos junto a la bomba. Ahora súbete a cambiar de ropa. Yo estaré allá atrás en el cobertizo preparando los alambiques.”

Lentamente Billy comenzó a subir la escalera, volteando su cabeza para que así su padre no viera sus lágrimas.

“Y recuerda,” agregó Charles, “mantente callado. Ni una palabra de esto a nadie.”

“Sí, papá.”

Aunque la Prohibición Nacional no sería aprobada por votación hasta 1919, ciertos estados tenían leyes en contra del licor listas para ser usadas aún desde 1906. En 1916, Indiana ya era un estado “prohibicionista”. Charles no podía vivir sin su whisky. Siendo que no tenía dinero suficiente para comprarlo en el mercado negro, él y un vecino, el Sr. Dornbush, fabricaron un alambique clandestino en el cobertizo atrás de la casa para preparar su infusión de elaboración casera. Después de vender lo que les sobraba a los vecinos sedientos y echarse al bolsillo un poco de dinero extra, habían decidido construir un segundo alambique. Esta noche ellos iban a calentar ambos alambiques, y todo tenía que estar listo.

Billy se sentó en su colchón de paja por un largo tiempo, sintiendo que el callo en su pie punzaba con cada latido de su corazón.

Eventualmente él animaba la fuerza para cambiarse. Con gran alivio, él se quitó sus zapatos de un tirón. Sacándose sus pantalones de escuela, se metió dentro de sus viejos pantalones de pechera. Faltaban los tirantes y ahora los pantalones de pechera eran sujetos con cuerdas, con clavos como botones. Los clavos se deslizaban con facilidad a través de los ojales en la pechera y, cuando se volteaban de lado, no se salían. Luego él “arregló” su dedo gordo, lo cual quería decir que él tomó una mazorca y se la amarró debajo de su dedo dolorido para no dejar entrar el polvo.

Él descendió por la escalera lentamente y bajó con dificultad la cuesta hacia el pozo junto al establo. Dos baldes de melaza estaban puestos junto a la bomba del pozo. Billy los llenó con la bomba. Cada balde contenía dos litros de agua y era todo lo que sus músculos de siete años podían hacer para levantarlos con su agarradera retorcida provisional.

La tarde era cálida y perfectamente en calma. Ni un soplo de aire agitaba el pasto seco amarillento. Mientras Billy comenzó a subir el sendero él oyó risas que procedían del no lejano estanque de “hielo.” Sus amigos ya estaban allí, pescando, bromeando, pasándose la bien. La desilusión de Billy desembocó en un mar de lágrimas.

A la mitad del camino cuesta arriba, junto al jardín, Billy se sentó a descansar debajo de un grande álamo plateado. Señas de lodo indicaban en sus mejillas donde habían goteado las lágrimas. Él se quejaba, “¿No es horrible?; todos esos niños allá pescando, y yo tengo que quedarme en casa y acarrear agua.” Él oyó un sonido parecido a las hojas susurrando en el viento— *juusssh*. Pero Billy no podía sentir un escalofrío. Él pensó, “¿Qué es eso?” —y él miró alrededor. Las hojas, las cuales apenas estaban tornándose cafés, estaban perfectamente en calma. Por ningún lado podía ver ni siquiera una pizca de viento. Él continuó su refunfuñar. “Los papás de ellos no hacen esto. ¿Por qué tendría yo que acarrear agua a estos alambiques clandestinos?”

Él podía oír las hojas soplando otra vez. Poniéndose de pie, alzó su vista hacia las ramas arriba de él, pero no podía ver nada moviéndose. Él dijo chillando una cuantas quejas más, luego levantó los baldes y emprendió la marcha hacia el camino, su dedo “arreglado” dejaba un rastro peculiar tras él en el sendero de polvo. Él había andado únicamente un tramo corto cuando oyó ese ruido

otra vez —*juusssh*— más fuerte que el anterior. Billy se dio la media vuelta, y en esta ocasión lo vio. Un torbellino se arremolinaba en las ramas a la mitad del árbol. Eso en sí mismo no era raro. Los remolinos eran comunes en el otoño. Él a menudo los había visto girando por los campos, levantando hojas secas, y llevándose las consigo. Pero aquellos remolinos siempre estaban desplazándose hacia algún sitio, siempre moviéndose por el campo. Este torbellino parecía estar estático en algún lugar. Fascinado, Billy observaba las hojas verdes, cafés y amarillas susurrando y formando remolinos.

De pronto una voz retumbó del árbol— una voz grave y resonante, diciendo, “*Nunca bebas, ni fumes, ni deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.*”

Billy oyó las palabras tan claramente si fuera su padre hablando; pero no era la voz de su padre. Él nunca antes había oído una voz tan impresionante. Dejando caer sus baldes, se echó a correr hacia la cabaña, gritando con todos sus pulmones.

Ella lo cogió en sus brazos, “Billy, ¿qué es? ¿Te mordió una víbora?” Ella pensaba que tal vez, al andar más allá del jardín, su hijo había pisado una víbora de cabeza color cobrizo— una víbora venenosa común en aquella región.

“No, mamá,” balbuceó él, apuntando su dedo hacia la cuesta en dirección al jardín. “Hay un hombre en aquel árbol allá.”

“Oh, Billy, Billy. Vamos. ¿Te detuviste y te quedaste dormido?”

“No, mamá. Hay un hombre en aquel árbol y me dijo que no bebiera o fumara.”

Ella se rió de esto. Ella abrazó a su hijo y lo besó en la frente, tratando de calmar sus nervios. Pero Billy continuó histérico y no se aquietaba. Ella lo llevó a acostar, entonces se fue deprisa con el vecino más cercano que tenía un teléfono y llamó a un doctor. Después de oír la historia, este doctor dijo, “El niño tan sólo está nervioso. Ya se le pasará.”

Esa noche Billy repitió su historia en la cena. “Hay un hombre en aquel árbol y yo oí lo que él me dijo. Nunca volveré a pasar por allí.” Y nunca lo hizo. Desde ese día en adelante cada vez que iba al establo él evitaba el árbol de álamo, rodeando el lado lejano del jardín.

DOS SEMANAS DESPUES Billy y Edward estaban enfrente de la cabaña jugando canicas debajo del manzano cuando de repente Billy sintió algo raro venir sobre él— una presión que le erizaba la piel, como si alguna clase de energía invisible lo rodeara. Él alzó la vista. De alguna manera el Río Ohio parecía más cerca de lo que había estado antes. Mientras Billy miraba hacia abajo al río en dirección a Jeffersonville, la espesura cambió enfrente de sus ojos. Un puente comenzó a tomar forma arrancando de la ribera, tendiéndose sobre el río, pieza por pieza, siendo construido en mecanismo rápido. No era como los puentes bajos tendidos que habían cruzado cuando se habían mudado hacia Indiana. Este puente se miraba enorme con un inmenso arco apuntalado de arriba. Billy nunca antes había visto algo parecido. Al mirar más de cerca, se fijó en los hombres que trabajaban muy arriba en la superestructura. Luego vio romperse un tramo. Los hombres se desprendieron de la viga en un movimiento lento. Billy los contó mientras caían. Él observó a 16 hombres desaparecer dentro del agua lóbrega abajo.

Dejando caer su bolsa de canicas, Billy se echó a correr hacia la casa, gritando incontrolablemente. *Ella* hacía lo mejor que podía para tranquilizarlo. Cuando finalmente pudo relatar su historia, ella dijo, “Billy, tan sólo lo soñaste.”

Billy insistía, “No, mamá. Yo tuve esta sensación extraña, y entonces alcé la vista al río, ¡y miré directamente a eso! Oh, mamá, estoy asustado.”

Charles dio su opinión. “El muchacho tan sólo está nervioso, así como dijo el doctor.”

Pero *Ella* no estaba tan segura. Ella se acordaba de un día con cuatro años de anticipación cuando Billy había balbuceado algo referente a un pájaro diciéndole que vivirían cerca de New Albany. Por extraño que pareciera, eso se había hecho realidad. ¿Un puente a través del río? ¿Dieciséis hombres muriendo? ¿Qué tal si algún día eso sucedía? *Ella* tomó nota del incidente, pensando, “a ver qué ocurre.”

Capítulo 3

El Hedor de la Pobreza

1916 — 1917

LA ESCUELA AMPLIÓ la percepción de Billy en muchos aspectos. Él aprendió de un mundo más allá de las colinas verdes de Indiana y Kentucky— un mundo en guerra. Él oyó nombres de países que nunca había sabido que existieran —Alemania, Austria, Hungría— y aprendió cómo estos países habían formado una alianza en contra de Francia, Gran Bretaña, y Rusia. Aunque en el otoño de 1916 los Estados Unidos de América todavía permanecían neutrales, la Sra. Temple mantenía informados a sus estudiantes sobre los asuntos exteriores. A menudo ella traía un periódico a la escuela para leerles a los niños artículos referentes a la guerra. La imaginación de Billy se excitaba con los informes de soldados de a pie y generales comandantes, batallas feroces y héroes románticos. Algunas veces él se pasaba la media hora de su almuerzo estudiando fotografías de soldados que estaban impresas en el periódico. Ocasionalmente él aún veía soldados en el centro de Jeffersonville. Sus pulcros uniformes militares encendían la imaginación de siete años de edad de Billy, haciéndolo a él anhelar ser también un soldado.

Lloyd Ford, un compañero de escuela de Billy, se había ganado un uniforme de explorador al vender la revista *Explorador* durante los meses de verano. Lloyd a menudo lo llevaba a la escuela, con gran envidia para Billy. Con su insignia plasmada en el frente, sus franjas de mayor categoría en la manga, su sombrero estilo militar, y su sola franja hacia abajo por el costado de afuera de cada pierna del pantalón, el uniforme de explorador de Lloyd Ford parecía todo lo que Billy deseaba en un traje. Si él alguna vez pudiera llevar puesto semejante uniforme, él sabía que podía sentirse tan

importante.

Un día Billy se armó de suficiente valor para pedirle, “Lloyd, cuando se te gaste tu uniforme, ¿desearías regalármelo?”

Lloyd contestó, “Claro, Billy. Te lo daré.”

Para finales de Octubre el clima se tornó frío. La escarcha alfombraba los campos cada mañana y rara vez se derretía antes de las diez de la mañana. Billy, todavía sin camisa, temblaba mientras iba corriendo por Utica Pike. Si llegaba lo suficiente temprano a la escuela, él podía calentar su piel cuyo vello se erizaba de frío junto a la estufa de carbón de hierro fundido antes que comenzaran las clases y tuviera que tomar su asiento asignado. La Sra. Wathen, la esposa del patrón de Charles, lo debió de haber visto corriendo a la escuela con el pecho descubierto, porque un día ella le dio un saco usado con un águila remendada en el brazo. Teniendo cariño al placer de tanto calor, Billy traía puesto ese saco cada momento que él trabajaba o jugaba fuera de su cabaña. En la escuela él mantenía el saco abrochado hasta el cuello para que nadie de los otros niños viera que él no traía camisa puesta por debajo.

Al dormir en el desván en la noche, Billy y sus hermanos menores podían ver las estrellas al echar un vistazo a través de las tablillas. Cuando comenzaba a nevar, *Ella* cubría a sus hijos con unas lonas impermeables para mantenerlos secos mientras dormían. En la mañana, el impermeable estaba espolvoreado con nieve.

Ella tenía listo el desayuno antes que despertaran los niños—bizcochos calientes y melaza de sorgo. Una mañana ella fue a la escalera y dio voces, “¡Billy! Tú y Edward bajen a desayunar.”

Billy contestó, “Mamá, ¿no puedo ver! Mis ojos tienen algo en ellos.” La brisa fría circulando a través del desván toda la noche había causado que sus párpados se pegaran.

Ella dijo, “Tienes supuración en tus ojos. Espera un momento e iré por el sebo de mapache.”

Cada vez que Charles mataba un mapache, él separaba el sebo de la carne y *Ella* lo reducía a manteca, guardándolo en un bote. El sebo de mapache era el curalotodo de la familia. *Ella* se lo daba a sus hijos para un mal resfriado, con trementina en él y petróleo. Ellos se lo tomaban para la garganta irritada. Ahora, *Ella* daba masajes con el sebo de mapache caliente en los párpados de los niños hasta que podían abrir los ojos.

Billy y Edward iban a la escuela en la nieve, algunas

veces siguiendo el rastro de una carreta, algunas veces dando puñetazos a través de los montones de nieve. Ellos llegaban a la escuela empapados hasta las rodillas. Afortunadamente sus zapatos y pantalones mojados se secaban para la hora del almuerzo.

Ellos siempre llevaban juntos el almuerzo en un balde de melaza de medio galón [2.27 litros]. Dentro del balde su madre les empacaba un pequeño recipiente lleno de verduras, otro lleno de frijoles, dos piezas de pan de maíz que sobraba del desayuno, y dos cucharas. Billy podía oler el pan cocido en el horno en el almuerzo de los otros niños; eso olía tan rico. Él sabía que aquellos niños comían emparedados y galletas en el almuerzo, y a él le daba pena que ellos vieran sus humildes frijoles y pan de maíz; así que él y Edward bajaban a pie junto al río, se sentaban en un tocón, y ponían los recipientes en medio de ellos para comerse su almuerzo en privado. Billy sacaba una cucharada de frijoles primero, luego Edward metía su cuchara, luego Billy de nuevo, turnándose, cuidadosos de que ambos recipientes se quedaran vacíos de igual manera entre ellos.

Cerca de la Navidad de 1916, la Sra. Temple puso a sus estudiantes a que cortaran tiras de papel rojo, blanco y azul y los pegaran con engrudo en forma de cadenas para que se lo llevaran a su casa y lo colgaran alrededor de sus árboles de Navidad. Charles nunca había tenido un árbol de Navidad antes en la cabaña, pero cuando *Ella* vio los adornos de sus hijos, ella se resolvió que este año sería diferente. Tomando un hacha se introdujo en los bosques, *Ella* trajo a casa un pequeño cedro parecido a un arbusto. Ella adornó las dos cadenas de papel sobre las ramas, pero el árbol todavía parecía demasiado descubierto. Charles había cultivado un poco de maíz palomero en el jardín aquel verano, y *Ella* pensó que esta sería una ocasión ideal para usarlo. Ella lo hizo reventar en una olla tapada agitada sobre el fuego abierto. Con aguja e hilo, ensartó las palomitas de maíz formando una gran cadena, entonces enrolló la cadena alrededor del cedro varias veces hasta que estuvo satisfecha que se parecía a un árbol de Navidad adecuado.

Después de decorar el árbol, a *Ella* le habían sobrado algunas palomitas de maíz, así que ella las puso en el balde de melaza de medio galón [2.27 litros] y las mandó a la escuela con Billy y Edward como un festín en el almuerzo. Los dos niños pusieron su balde del almuerzo en el guardarropa, en un estante arriba de donde

los otros niños colgaban sus sacos. (Billy seguía trayendo puesto su saco, incluso en la clase.) Como a las diez de la mañana la imaginación de Billy vagaba hacia aquellas palomitas de maíz. ¿A qué sabrían? Entonces él pensó, “¿Qué ocurriría si pudiera probar un puñado antes del almuerzo?” Así que él levantó la mano y le preguntó a la Sra. Temple si le daba permiso de ir al excusado. Ella le dijo que sí. Mientras Billy pasaba por el guardarropa, él quitó la tapa del balde, sacó un gran puñado de palomitas de maíz, y puso de vuelta la tapa en su lugar. Él fue al exterior detrás de la chimenea de ladrillo y se comió aquellas palomitas de maíz, una por una deliciosa palomita. Se limpió cuidadosamente las manos y la cara antes de entrar de vuelta, para que no sirvieran como testigo de su trampa.

A la hora del almuerzo Billy y Edward bajaron junto al río a comer en su tronco. Ambos deseaban ronzar primero las palomitas. Cuando abrieron el balde, ellos podían ver que una tercera parte de las palomitas ya no estaba. Edward alzó su vista y miró a Billy con asombro inocente y dijo, “Oye, algo le ha pasado a esas palomitas.”

Billy intentaba mirar tan asombrado como su hermano. “Sí, de veras.”

Edward nunca se imaginó la verdad.

Los niños colgaron sus calcetines en la víspera de Nochebuena. A la mañana siguiente, cada uno encontró una naranja y tres pedazos de caramelo en su calcetín. Billy pensó, “Oh, qué gran persona es Santa Claus, ¡el venir y traerme eso!” Él se comió su naranja de Navidad, pero secó la cáscara y la llevó con él en la bolsa de su saco durante semanas, chupándola como si fuera caramelo.

Alguna ocasión de Enero de 1917, Billy se fijó que Lloyd Ford no había llevado a la escuela su uniforme de explorador desde las vacaciones de Navidad. Él le preguntó, “Lloyd, ¿dónde está tu traje de explorador?”

Lloyd contestó, “Lo siento, Billy. Se me olvidó que tú lo querías. Le voy a preguntar a mi mamá.” Al día siguiente Lloyd trajo noticias desalentadoras. “Mamá tomó el saco e hizo de él un jergón para el perro, Billy; y ella usó los pantalones para poner un remiendo a los pantalones de papá. Y no me quedó nada excepto una polaina.”

Intrépido, Billy dijo, “Entonces tráeme esa polaina.”

Ahora Billy era el dueño orgulloso de una polaina de un gastado uniforme de explorador, con una tira hacia abajo en un costado y un hilo estirado en un extremo. Él deseaba tanto llevar puesta

esa polaina a la escuela, pero no podía pensar en una manera de hacerlo. Así que él metió esa polaina en la bolsa de su saco, donde estuviera lista cuando se presentara un buen pretexto. Él no tuvo que esperar un largo tiempo.

Una enorme tormenta de invierno descargó su blanca furia sobre el campo de Indiana. Algunos montones de nieve medían un poco más de 17 pies [5.18 metros] de profundidad. Luego cayó aguanieve, dejando una capa resbaladiza de hielo en las copas de los árboles y nieve, creando las condiciones perfectas para andar en trineo. Los estudiantes en la Escuela de Utica Pike ahora se pasaban su receso de almuerzo yendo en trineo en una extensa cuesta muy cerca. Todos los niños tenían trineos comprados en las tiendas— todos, es a saber, menos Billy y Edward. Billy se acordó de un viejo lavaplatos de metal en un basurero allá junto al río. Él lo recogió, y pronto él y Edward se unieron al resto de los niños en la cima de la cuesta. Ellos escalaban en el lavaplatos —Billy en la parte de atrás enrollando las piernas alrededor de Edward enfrente— y patinaban cuesta abajo, dando vueltas mientras se deslizaban. Era una gran diversión, pero con el tiempo el fondo oxidado de la cacerola se gastó, y ellos tuvieron que encontrar algo más para usarlo como un trineo. En esta ocasión transformaron un tronco, cortándolo hasta que apenas se parecía a un patín. Las condiciones de la nieve eran lo suficiente resbaladizas para que funcionara, y los dos niños se paseaban en su trineo improvisado a grandes velocidades en las empinadas faldas de la cuesta.

En una carrera de trineo en particular, los niños se llevaron una espantosa caída en el fondo de la cuesta. Billy se incorporó con su saco relleno de nieve y un horrible dolor en su pierna. Los otros niños se reunieron alrededor preguntándole si se encontraba bien. “Oh, me lastimé la pierna,” se quejaba. Entonces de pronto se le ocurrió una idea. “Por cierto, tengo una de las polainas de mi uniforme de explorador en mi bolsa. Eso hará una buena venda.” Sacando de su bolsa la polaina, se la metió por su zapato de lona y hacia arriba alrededor de la pierna dolorida, asegurándola en el sitio con la agujeta. En ese instante sonó la campana de la escuela, llamándolos de vuelta a clase.

Esa tarde la Sra. Temple le pidió a Billy que viniera al pizarrón. Él se paró de lado resolviendo su problema, esperando que los otros estudiantes no pudieran notar que él tenía un uniforme puesto en

sólo una pierna. Pero desde luego, todos se fijaron en eso. Risitas reprimidas pronto se volvieron ruidosas carcajadas. Billy comenzó a llorar y la Sra. Temple lo hizo que se fuera temprano a casa.

En Abril la Sra. Temple trajo a la escuela un periódico de Louisville con un encabezado que vociferaba, LOS ESTADOS UNIDOS LE DECLARAN LA GUERRA A ALEMANIA. Ella leyó el artículo en voz muy alta, explicando cómo es que el 18 de Marzo de 1917, submarinos alemanes hundieron tres barcos mercantes de los Estados Unidos, obligando al Presidente Woodrow Wilson a poner fin a la neutralidad de Estados Unidos. Los Estados Unidos habían entrado a la guerra.

Afuera del aula de clase, los robles estaban brotando. Los días se hicieron crecientemente más calurosos. En la tarde Billy se sentaba sudando en su grueso saco de invierno. Los dedos de los pies ahora sobresalían a través de los agujeros de sus zapatos de lona.

Un día la Sra. Temple se fijó que los estudiantes sentados en la parte de atrás del salón de clases hacían caras raras y se tapaban su nariz como si algo hediera. Ella se preguntaba si tenía algo que ver con el joven William Branham. ¿Por qué insistiría ese niño en llevar puesto su saco en una tarde tan calurosa? Ella dijo, “William, ¿por qué no te quitas ese saco? ¿No tienes calor?”

El corazón de Billy pareció detenerse. Él no podía quitarse el saco; ¡no traía ninguna camisa puesta! “No, señorita, tengo un poco de frío.”

Ella estaba sorprendida. “¿Tienes frío en un día como este?”

“Sí, señorita.”

Ella dijo, “Más vale que vengas aquí y te sientes junto al fuego.”

Billy había guardado el secreto por todo el santo invierno, y él no estaba a punto de descubrirlo ahora. Renuentemente él movió su silla cerca a la estufa salamandra, mientras la Sra. Temple le echaba otra pala llena de carbón. El sudor goteaba su frente, entonces le escurría por la cara.

La Sra. Temple le preguntó, “William, ¿todavía tienes frío?”

“Sí, señorita.”

Ella meneó la cabeza. “Debes estar enfermo. Vale más que te vayas a tu casa.”

Billy permaneció en casa por varios días, preguntándose cómo podría conseguir una camisa para poder regresar a la escuela. Su tía —la hermana de su papá— vivía al otro lado de la cuesta de la

cabaña de ellos. Ella tenía una hija como de la edad de Billy. Ellos habían venido de visita recientemente y a su primita se le había olvidado un vestido. Aunque tenía olanes decorativos por el frente y parte de atrás, Billy decidió que obtener una camisa de ese vestido. Él cortó la mayor parte del faldón y relleno el resto en sus pantalones. Entonces se inspeccionó en el espejo roto sujetado con clavos al manzano allá atrás. Meneó su cabeza y cruzó los dedos en señal de que todo había salido bien.

Cuando los niños de la escuela vieron el olán a lo largo del pecho, ellos se burlaban, “Ese es un vestido de niña.”

“No, no es,” insistía Billy, “¡este es mi traje de indio!”

Ellos se reían aún más ante semejante idea y se burlaban de él sin clemencia. “Billy Branham trae puesto un vestido de niña. ¡Qué afeminado!”

A pesar de la ridicularización de ellos. Billy llevó puesta esa camisa todos los días hasta el fin de cursos de verano. Esa era la única camisa que él poseía.

Capítulo 4

Golpeado Sin Compasión

1923

EL 5 DE MAYO DE 1923, *Ella* dio a luz a su octavo hijo, poniéndole por nombre Howard Duffy. Él le seguía a Charles, hijo, de 4 años; Jesse, de 7; Edgar, de 9; Melvin, de 11; Henry, de 12; Edward, de 13; y a William que ahora tenía 14 años de edad. Charles Branham estaba encontrando cada vez más difícil el alimentar a sus ocho hijos, especialmente durante los meses más fríos. Alrededor del invierno de 1922-1923, Billy estaba poniendo una línea de trampas para ayudar a contribuir con alimento en la mesa. Las partes boscosas de la hacienda del Sr. Wathen estaban plagadas de ratas almizcleras, zarigüeyas, conejos, castores, y zorrillos. A las dos en punto todas las mañanas Billy salía con su linterna a inspeccionar sus trampas, a menudo regresando a casa justo a tiempo para ir a la escuela. Por cuanto él únicamente poseía una sola muda de ropa, muchas veces él se sentaba en la clase oliendo como el zorrillo al que él le había quitado el cuero más temprano esa mañana— mucho para el disgusto de los otros estudiantes. Pero el esfuerzo extra por su familia valía la pena. Cuando atrapaba un conejo, él podía venderlo por 15 centavos de dólar; entonces podía comprar una caja de balas calibre .22 y matar tres o cuatro conejos más. Su madre servía un conejo en la cena, junto con bizcochos y salsa. El resto Billy lo vendía en el pueblo, usando el dinero para comprar harina de maíz o harina de trigo.

El viaje a la ciudad a menudo deprimía a Billy. Los Branham tenían una mala reputación alrededor de Jeffersonville y más de una ocasión las personas se habían cruzado a la otra acera de la calle para evitar a Billy. Algunas personas hablaban con él siempre y cuando nadie pudiera verlos haciéndolo; pero si alguien más venía

por ahí, la persona que hablaba con Billy dejaba de hacerlo y se alejaba. Eso lastimaba. Billy sabía que su padre y sus tíos eran un grupo inculto—fumando, masticando tabaco, apostando, embriagándose, y contrabandeando— pero Billy pensaba amargamente, “¿Qué he hecho yo? Yo no tengo la culpa de eso. Nunca he bebido en mi vida. ¿Por qué tengo que cargar con eso?”

No que Billy no hubiera intentado beber. Un Domingo en la mañana en la primavera, él y Edward estaban yendo hacia el río con su padre y el Sr. Dornbush, el vecino que había hecho el trabajo de soldadura en los alambiques de Charles. Los dos jóvenes estaban planeando llevar su viejo bote de remos que hace agua de arriba a bajo del río a buscar botellas de vidrio desechadas. Charles siempre necesitaba botellas para su infusión de elaboración casera y él pagaba bien por ellas— a cinco centavos de dólar la docena. El Sr. Dornbush había mostrado una simpatía por Billy, y ahora Billy estaba procurando impresionar al hombre, esperando que el Sr. Dornbush le prestara su bote de remos impermeable antes de la mañana. El bote de Billy no tenía timón, haciéndolo difícil de manejar en una corriente fuerte. Billy tenía que usar dos tablas como remos; él remaba incómodamente en un costado del bote y Edward remaba en el otro.

Cerca del río, un árbol había sido llevado por el viento a través del sendero. Charles echó su pierna encima del árbol, pero en vez de subirse, él se reclinó sobre una rama y dijo, “Vamos a detenernos aquí para un pequeño descanso.” Sacando una pequeña botella plana de whisky de su bolsillo de atrás, le dio un trago, entonces se la pasó a su amigo. El Sr. Dornbush tomó un trago y se la regresó a Charles, quien la acomodó en las ramas de un chupón cerca de las raíces alzadas.

Para Billy, esta parecía una buena oportunidad de pedir un favor. “Sr. Dornbush, ¿cree Ud. que mi hermano y yo podríamos pedirle prestado su bote antes de la mañana?”

“Claro, Billy. Eso estaría bien.”

Temblando de emoción, Billy pensó, “Aquí está una persona que le simpatizo.”

Charles se empinó otra vez el whisky y se la pasó otra vez a su amigo. Cuando el Sr. Dornbush había saciado su sed, le dio la botella a Billy, diciendo, “Aquí la tienes, Billy. Tómate un trago.”

Billy dijo, “No, gracias. Yo no tomo.”

El Sr. Dornbush expresó asombro con la mirada. “¿Me quieres decir que eres un Irlandés y un Branham, y no tomas?”

Charles movió la cabeza con una mirada de disgusto en su rostro, diciendo, “Estoy criando un montón de niños, pero nada más que uno de ellos es un afeminado, y ese es Bill.”

Billy se puso furioso, “¡Yo! ¿Un afeminado?” Él sintió repugnancia tan siquiera de pensarlo. “Estoy hartado y cansado de ser llamado un afeminado. Déme esa botella.” El Sr. Dornbush le ofreció el frasco. Billy lo arrebató de la mano del hombre, le quitó el tapón, se lo llevó a sus labios con una determinación amenazadora. Comenzó a inclinarla, pero antes que una sola gota de whisky cayera dentro de su boca, él oyó un ruido parecido a las hojas que son movidas por un remolino— *juusssh*. Su mano se detuvo— la botella quedó suspendida en sus labios como si oyera la conversación en torno a él. *Juusssh*. La memoria de Billy retrocedió a aquella voz en el álamo, ordenándole, “*Nunca bebas, ni fumes, ni deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.*” Aterrorizado, Billy dejó caer la botella y se echó a correr por el campo tan rápido como podía, llorando lágrimas amargas de frustración y confusión.

Charles dijo con desprecio, “Ves lo que te dije. Ese es un afeminado.”

En cualquier dirección que Billy volteara, la vida le mostraba sus filosos dientes. Él continuó con su educación escolar hasta el séptimo grado. Era como ir andando cuesta arriba con muletas. El sistema de escuela rural requería que los estudiantes compraran sus propios libros y útiles escolares. Pero los padres de Billy no tenían dinero suficiente para lápices y papel, mucho menos libros de texto; así que cada vez que Billy necesitaba estudiar sus lecciones tenía que pedir prestado un libro de otro estudiante.

El programa de estudios escolares estaba diseñado para auxiliar a formar el carácter moral del niño así como su intelecto. Una lección que conmovió profundamente a Billy fue un estudio del poema de Longfellow, *El Salmo de Vida*.

No me digas, en cantidades lúgubres,

¡Que la vida no es otra cosa que un sueño sin
sentido!

Porque el alma que duerme está muerta,

Y las cosas no son como parecen.

¡La vida es real! ¡La vida es seria!
Y la tumba no es su meta;
Polvo eres, al polvo regresarás,
No se habló tocante al alma.

A ningún placer, y a ningún pesar,
Está destinado nuestro fin o trayecto;
Pero a actuar para que cada mañana
Nos encuentre más adelante que hoy.

El arte es grande, y el Tiempo es fugaz,
Y nuestros corazones, aunque decididos y
valientes,
No obstante, como tambores de sonido ahogado,
están tocando,
Marchas fúnebres hacia la tumba.

En el extenso campo de batalla del mundo,
En el vivaque de la Vida,
¡No seáis como ganado tonto arreado!
¡Sed un héroe en la lucha!

No confíes en el Futuro, ¡por agradable que
parezca!
¡Deja que el Pasado muerto entierre a su muerto!
Actúa, ¡actúa en el Presente vivo!
Con el corazón dentro, ¡y Dios arriba!

Las vidas de todos los grandes hombres nos
recuerdan
Que podemos hacer sublimes nuestras vidas,
Y, que al partir, dejamos tras nosotros
Huellas en las arenas del tiempo;

Huellas, que tal vez otro,
Navegando sobre la solemne alta mar de la vida,
Un hermano sin esperanzas y naufragado,

Al ver, una vez más cobrará ánimo.

Vamos, entonces, a estar ocupados,
Con un corazón para cualquier destino;
Todavía alcanzando el objetivo, todavía
persiguiendo,
Aprended a esforzarse y a esperad.

Este poema inspiraba a Billy. Aunque ni siquiera en sus sueños más extravagantes se podría haber imaginado las profundas huellas que su propia vida dejaría en las arenas del tiempo. Por ahora, el poema de Longfellow entonaba un himno de esperanza en una tierra triste. Estas nobles palabras hablaban al corazón de Billy, animando a este desaliñado joven de catorce años de edad luchando por entender todas las injusticias que veía en su propia vida. Los jóvenes mayores se burlaban de él y lo importunaban en cada oportunidad— por haber nacido en Kentucky, por ser pobre, por ser de baja estatura para su edad, por ser diferente.

Billy ya entendía la razón de la pobreza de su familia— el problema de la manera beber de su padre. Un día cuando los niños de la escuela se estaban burlando de él por causa de que él vestía tan harapiento, Billy leyó un episodio en un libro de historia respecto a Abraham Lincoln desembarcando en Nueva Orleans y allí estaban subastando a un esclavo. Conforme a este relato, Abraham Lincoln vio a hombres blancos subastando a un hombre negro grande y fornido, mientras que la esposa del esclavo y sus hijos se paraban llorando al lado. Lincoln se frotó las manos y dijo, “¡Eso está mal! ¡Y algún día atacaré esa cosa, aún si me cuesta la vida!” Billy volvió a poner el libro de historia en su lugar y pensó, “¡El emborracharse está mal también! ¡Y algún día lo atacaré, aún si *me* cuesta la vida!”

Pero nada encendía más su imaginación que cuando él leyó acerca del desierto de Arizona en su libro de texto de Geografía. Él anhelaba estar allá; anhelaba pasear por el campo descubierto lleno de cactus. Le parecía tan romántico, tan pacífico, tan idílico. El poeta dentro de él se excitó, pero él no tenía nada en lo cual escribir sus pensamientos; así que pidió prestado un pedazo de papel del estudiante junto a él y escribió,

Estoy tan nostálgico, oh, tan nostálgico

Por ese lejano Sudoeste,
Donde las sombras caen más profundamente
Al pasar la cima de la montaña.

Yo puedo ver un coyote al acecho
Por todas partes en la púrpura neblina;
Yo puedo oír a un lobo gritando;
Donde las reses de cuernos largos pastan.

Y en alguna parte arriba en un cañón
Puedo oír a un león gemir,
En esas lejanas montañas Catalina
En el límite de Arizona.

Desafortunadamente el hostigamiento de los jóvenes mayores iba más allá de la burla y el escarnio. Después de clases, ellos lo atacaban en grupo repetidamente. Aunque corto de estatura para su edad, Billy tenía valentía y suficiente mal genio para pelear en contra de una sierra circular. Los muchachos lo derribaban y él se volvía a incorporar. Ellos se mantenían derribándolo hasta que él no tenía la fuerza para incorporarse de vuelta. Muchas veces él sorbía su cena con un popote, su boca estaba muy gravemente machacada para que comiese alimento sólido.

Un día de primavera de 1923, Billy acompañó a casa a una jovencita de la escuela, cargándole sus libros. En su camino de regreso hacia la cabaña, cinco pendencieros lo rodearon. Ellos lo arrojaron al suelo. Uno dijo con desprecio, “¿Por qué andas acompañando a esa jovencita?” Otro dijo con sarcasmo, “Sí, no queremos que la andes acompañando, tú sucio, ‘bebé indio’ de Kentucky.” Un *bebé indio* es un tortolito. El término era usado localmente a menudo para burlarse de los indios. Los niños sabían que la mamá de Billy era media India, lo cual a la vista de ellos la convertía a ella una india Norteamericana, así que ellos se mofaban de él al llamarlo a él un “bebé indio” de Kentucky.

Ante semejante insulto, Billy saltó sobre sus pies y atacó, balanceando sus puños violentamente. Pero cinco eran demasiados. Los valentones lucharon con él hasta que le sujetaron los brazos. Entonces, mientras cuatro muchachos lo sujetaban impotente, un muchacho tomó una roca en su puño y golpeó a Billy en la cara

hasta que él se pandeó casi inconsciente.

Billy les suplicaba, “Si tan sólo me dejan ir, me iré directamente a casa. Se los prometo.”

Siendo que de todos modos él estaba casi inconsciente, los muchachos aceptaron. Pero primero ellos lo tiraron al suelo, rasparon su cara en el áspero camino de tierra, entonces lo patearon unas cuantas veces como un sablazo final de vileza antes que se fueran.

Billy se fue directamente a casa, pero no para quedarse. Él bajó el rifle Winchester calibre .22 que estaba colgado arriba de la puerta de la cabaña, lo cargó con 16 balas, entonces tomó un atajo a través de un bosquecito de algarrobas hasta un punto en el camino donde él sabía que pasarían aquellos muchachos. Se escondió a un lado del camino y esperó. Pronto escuchó voces.

“Eso le enseñará a ese ‘quebrador de maíz’* a acompañar a una muchachita,” dijo uno. Otro interrumpió, “¿Viste qué asustado se veía?” Otro añadió, “Sí, ese ‘bebé indio’ de Kentucky se dará cuenta en dónde está de aquí en adelante.”

Saliendo de detrás de la maleza, Billy interceptó su camino apuntando con su rifle y el gatillo jalado hacia atrás. Él dijo calmadamente, “¿Cuál de Uds. quiere morirse primero, para que no tenga que observar morir a los otros?” Los cinco muchachos se pusieron pálidos y chillaron de terror e incredulidad. Billy dijo, “No lloriqueen, porque todos Uds. van a morir, uno por uno” —él apuntó el cañón de su rifle hacia el muchacho que le había estrellado la cara repetidamente con una roca— “comenzando contigo.”

Él jaló el gatillo. *Clic*. La bala no disparaba. Rápidamente Billy dio un jalón hacia atrás al cerrojo, metiendo a la fuerza otra bala a la recámara. *Clic*— ella también falló. Para este entonces los cinco muchachos estaban huyendo, gritando, saltando por encima de los hoyos y alrededor de los árboles, tratando de escaparse de allí tan rápido como podían. Billy, con toda la intención de matarlos, se mantenía metiendo balas dentro de la recámara y jalando el gatillo tan rápido como podía funcionar el mecanismo— *clic, clic, clic, clic*... Pero cada bala fallaba.

Los cinco muchachos hacía mucho que se habían ido. Esparcidas

[* ‘Quebrador de maíz’ es un sobrenombre que se les da a las personas nativas de Kentucky.]

en el suelo al lado de Billy estaban tiradas 16 balas. Él las recogió, les sopló el polvo, y las puso de nuevo en el arma. Luego apuntó con su rifle hacia un árbol y comenzó a jalar el gatillo— *crac, crac, crac, crac...* En esta ocasión cada bala disparó, dando en un tronco haciendo volar la corteza en todas direcciones. Billy se paró en medio del camino bufando de cólera. Entonces de pronto comenzó a reírse— una risa incontenible, idiota que se agitaba desde lo profundo de su frustración. Se reía tan inconteniblemente que las lágrimas le corrían por sus hinchadas mejillas.

Aquel año cuando se llegó el fin de cursos de verano, Billy se marchó y nunca regresó.

Capítulo 5

Herido Accidentalmente

1923 — 1924

WILLIAM BRANHAM se pasó su verano número catorce — 1923— ayudando a su padre a atender el huerto y a trabajar en el campo. Charles tenía dos caballos en el lugar— un caballo viejo de labranza que él poseía y un caballo más joven que le había pedido prestado al Sr. Wathen. Siendo que él tenía dos arados de vertedera de un solo barrido, Charles siempre ponía a funcionar los dos arados al mismo tiempo. En Junio, Billy y su padre estaban arando entre los surcos de maíz cuando los caballos comenzaron a resoplar y a patear sus uñas nerviosamente. Billy forcejeaba para mantener a su caballo entre los surcos, para que la vertedera no se desviara dentro de las cañas del maíz. Él gritaba, “Papá, ¿qué le pasa a este caballo?”

El caballo de Charles también estaba danzando. Él se detuvo, se limpió la frente con su pañuelo a cuadros rojo y blanco, y observó el horizonte. “Hijo, se aproxima un aguacero.”

Billy miró con atención al horizonte azul claro. “¿Aguacero? Yo no veo ningún aguacero, papá.”

“Hijo, tú no entiendes. Dios les ha dado un instinto a estos caballos. Ellos pueden olfatear ese aguacero a gran distancia.”

Ellos comenzaron a arar otra vez pero no habían avanzado más de dos surcos cuando nubes oscuras cubrieron el horizonte. Ellos apenas tuvieron tiempo de regresar los caballos al establo antes que se desatara la tormenta. Billy rara vez pensaba en Dios, pues el tema raramente surgía en la conversación familiar; pero él pensó en Él aquel día, y se preguntaba qué otros instintos atinados Dios podría haber puesto dentro de los animales. Pensando respecto a todas las cosas maravillosas que él había visto entre las criaturas de los bosques, Billy determinó que Dios debía ser una persona muy

inteligente.

Un Sábado por la mañana, Billy preguntó si él podía ir al pueblo y pasarse allí el día. Charles le pagó diez centavos de dólar por ayudarle toda la semana, diciéndole, “No te lo gastes todo en un sólo lugar, hijo.”

Viajando a dedo hacia Jeffersonville, Billy fue a la casa de su primo, Jimmy Poole. Entonces él, Jimmy y Earnest Fisher fueron a dar un paseo por el centro para gastar su dinero. Billy tocaba la moneda de diez centavos en su bolsillo mientras caminaban. Él se sentía tan rico. Primero él se compró un cono de helado que costaba un centavo. Después que se había terminado ese, compró y se comió dos más. Entonces entró a la Tienda de Dulces *Schimppf's* y miraba ávidamente la hilera sobre hileras de recipientes de cristal llenos de dulces de caramelo macizo. Billy había estado aquí antes y sabía cuál le gustaba más. Él pagó 2 centavos por media libra [226 gramos] de dulces de canela. Con eso le quedaban a él cinco centavos— apenas lo suficiente para la función doble en el Teatro *Leo's*.

Después de mirar películas del oeste durante horas, Billy tenía fantasías acerca de vivir allá en el Oeste y ser un héroe en un rancho de veraneo. La plenitud de su ambición juvenil era ser un vaquero genuino, con grietas y botas y un gran sombrero alto, y un caballo indócil que nadie más le pudiera montar excepto él. Él a menudo oía a su padre hablar tocante a la manera que, cuando él estaba más joven, él había domado potros salvajes y había tomado parte en rodeos desde Kentucky hasta Texas. Billy pensaba, “Oh, qué cosa, cuando yo tenga un poquito de más edad, voy a irme allá al Oeste y seré un jinete genuino.”

Billy “practicaba” en el viejo caballo de labranza. Cuando él y su padre se pasaban todo el día en el campo, Billy siempre llegaba a casa temprano a hacer las faenas. Él conducía a su cansado rocín detrás del establo a un abrevadero formado de un tronco ahuecado. El caballo sumergía su bozal a través del fango, sorbiendo en tragos de agua, mientras Billy desataba las guarniciones y las metía al establo. Las abejas zumbaban arriba del abrevadero. Los hermanos menores de Billy se juntaban. Ellos habían tomado los pelos del caballo que desenmarañaban de la crin y la cola del caballo y habían trenzado estos formando una “víbora” de crin de caballo, la cual flotaba en el abrevadero. Cuando la manera el beber del caballo

formaba olas, la “víbora” de crin se ondulaba como una víbora de cabeza cobriza arrastrándose encima del agua.

Billy arrastró una montura desde el establo y la puso violentamente sobre el lomo del caballo. Las bardanas crecían tupidas alrededor del abrevadero. Billy juntó un puñado de cabezuelas espinosas y las metió debajo de la montura antes que él la cinchara cerrada. Sus hermanos se ponían en fila sobre la cerca para presenciar el espectáculo. Saltando sobre el lomo del caballo, Billy clavaba sus talones en los ijares del caballo, intentando hacerlo reparar. El pobre caballo viejo, cansado de trabajar todo el día, únicamente berreaba y daba vueltas, levantando con dificultad los cascos del suelo. Billy se mecía de atrás hacia adelante en la montura, aparentando que su caballo era un feroz potro reparador. Él gritaba, “¡Mírenme! ¡Soy un vaquero!” mientras le pegaba al caballo en las enancas con su sombrero de paja. Todos sus hermanos se reían y aplaudían.

ESE OTOÑO después que las cosechas eran recogidas, Billy se pasaba más y más tiempo en los bosques cazando y pescando con su perro de cacería, *Fritz*. Billy amaba a su perro y se ufanaba que *Fritz* podía obligar a refugiarse en un árbol a cualquier animalito que él trepaba. Ni siquiera un zorrillo podía desalentar la fidelidad de su perro. *Fritz* perseguía a un zorrillo hacia un montón de maleza, luego le daba vueltas al montón, ladrando para mantener al zorrillo rodeado. Cuando Billy lo alcanzaba, todo lo que él tenía que hacer era levantar el montón de maleza y decir, “A él, chico.” Sin vacilación, *Fritz* se precipitaba dentro y cogía al zorrillo, ignorando el terrible olor que le rociaba. Naturalmente, a la madre de Billy no le gustaba esta práctica.

El cazar y el pescar habían llegado a ser más que un pasatiempo para Billy; sus horas en los bosques se convertían en un refugio del mundo exterior, un intervalo de paz en una vida que de otro modo apretaba demasiado fuerte por medio de circunstancias insoportables. En el bosque, Billy ya no se sentía un desterrado. Él se sentía como que él era parte de la fauna, parte del ritmo de las estaciones, parte del orden natural del universo. Él se sentía como que estaba en su ambiente.

Billy comenzó a vagar más lejos del hogar y de esta manera

descubrió *Tunnel Mill*, una área rural a 15 millas [24 kilómetros] al noreste de Jeffersonville cerca de Charlestown, Indiana. El área ganó su nombre de un notable molino de harina que se ubicaba próximo al *Fourteen Mile Creek* [Arroyo de las Catorce Millas]. A principios de 1800's un hombre llamado John Work estaba buscando una buena ubicación para construir un molino. No era fácil encontrar el sitio perfecto. Se necesitaba que el agua corriera con suficiente velocidad y volumen para hacer girar su gigante rueda hidráulica por tantos meses del año como fuera posible. John Work se fijó que en un sitio, el *Fourteen Mile Creek* se enrollaba casi completamente en una gran cuesta de roca, cayendo 24 pies [7.30 metros] en el proceso. Él calculó hábilmente que si construía su molino en la ladera de la cuesta río abajo y perforaba con dinamita un túnel directamente a través de la roca acantilada al lado río arriba, la caída de la pendiente a través del túnel sería toda la fuerza que su rueda hidráulica necesitaba. El molino y el túnel fueron terminados en 1820, y se le dio al área el nombre apropiado de *Tunnel Mill* [El Molino del Túnel]. Treinta años después, el hijo de John Work vendió el molino de harina a Wilford Green, cuya familia lo había hecho funcionar desde entonces. Esa es la razón que el área era también llamada *Green's Mill* [El Molino de los Green] por los residentes locales.

Aislada de la civilización, el área del *Tunnel Mill* estaba llena de peces, venados, zarigüeyas, zorrillos, mapaches, ratas almizcleras, castores, ardillas, árboles, cuevas, rocas, riachuelos, quietud, y serenidad— en resumidas cuentas, todo lo que Billy deseaba en la vida. Él iba allí a menudo, usando como medio de transporte a camionetas de entrega que hacían puente entre Charlestown y Jeffersonville. Algunas veces él podía convencer a sus dos amigos—Jimmy Poole y Sam Adair— que fueran allí con él. Algunas veces él llevaba a Edward y a Henry. Generalmente dormían en una cabaña rural abandonada, y siempre atrapaban su desayuno directamente del riachuelo. En un sitio, el *Fourteen Mile Creek* corría a 10 pies [3.04 metros] de profundidad y a 40 pies [12.20 metros] de ancho, formando un perfecto pozo para nadar. Billy apodaba a este lugar el “Pozo del Castor.” Él cargaba un gran rollo de cuerda y lo amarraba a una rama de un árbol que se extendía por sobre el agua. Desde la ribera ellos se columpiaban en forma de un extenso arco por sobre el riachuelo; entonces se soltaban. Esa cuerda les daba a los muchachos incontables horas de diversión.

Cuando no podía conseguir a alguien que fuera con él, Billy viajaba a dedo por sí mismo hacia Tunnel Mill. Él se pasaba los días cazando y pescando y explorando lo escarpado de los bosques. Durante uno de estos paseos, él descubrió accidentalmente su futuro escondite. Viniendo por la falda de la cuesta, él se encontró a sí mismo en la base de una piedra caliza que sobresalía. Debajo de él el terreno formaba un declive abruptamente hacia abajo a un barranco de 80 pies [24.40 metros] de profundidad. Toda el área estaba densamente poblada de árboles y cubierta de enormes piedras calizas de canto rodado que habían caído de arriba de la escarpadura. Billy andaba con tiento cuidadosamente por la base de la piedra que sobresalía cuando se fijó que a sus pies estaba un hoyo de dos pies [61 centímetros] de ancho, casi escondido completamente junto a la densa maleza. Al principio él supuso que se trataba una guarida de zorra— una hendidura entre las rocas que protegía a los animales del tiempo. Pero una inspección más cercana le mostró que era la entrada de una cueva. Billy meneó primero los pies dentro de la abertura. Él hoyo descendía como tres pies [91 centímetros], y de allí el piso tenía un declive y de vuelta hacia la cuesta hasta que formaba un corredor angosto que tenía la suficiente altura para permitirle estar de pie. El aire era frío y húmedo. Entró a tientas por el corredor por una distancia corta hasta que le dio miedo. ¿Qué tal si daba un traspie en un hoyo? Él no se atrevía a ir demasiado lejos dentro de la oscuridad ahora. Él regresaría después, mejor preparado.

A la próxima vez que él estuvo en el área, él trajo consigo algunas velas a fin de poder explorar más lejos de nuevo dentro de la cueva. Él se meneó a través de la abertura y se deslizó por la pendiente resbaladiza hacia el primer sitio donde pudiera permanecer de pie. El pasillo aquí tenía únicamente como 18 pulgadas [45 centímetros] de ancho. Aunque las paredes eran más o menos perpendiculares, las sombras causadas por la parpadeante luz de la vela acentuaban los muchos ángulos de piedra caliza interior. El corredor empujaba ligeramente hacia la derecha y se ensanchaba un poco. Aquí tanto el piso y el techo estaban nivelados razonablemente, como si esta parte de la cueva fuera hecha para habitación humana. Allí incluso había un borde plano que sobresalía de una pared que era del tamaño preciso para una cama. Después de otros 12 pies [3.65 metros] el corredor se hacía angosto otra vez; el piso y el techo se volvían desiguales; el techo estaba atiborrado de grandes cantidades de

pedra caliza, encajadas apretadamente, pero dando la ilusión que podrían desprenderse en cualquier momento.

Ya él había recorrido como 25 pies [7.60 metros] de la entrada. De repente se detuvo y silbó con asombro. Enfrente de él la cueva se ampliaba hacia un cuarto pequeño. En el centro de la cámara estaba una mesa formada de una sola mole maciza de piedra caliza. La mesa era un bloque rectangular como de tres pies [91 centímetros] de altura, tres pies de ancho, cuatro pies [1.22 metros] de largo. La parte posterior de la mesa se miraba extraordinariamente plana y a nivel y los cuatro bordes se miraban perfectamente cuadrados. Pero la característica más sorprendente en el cuarto era una roca aguda de tres lados que sobresalía hacia abajo del techo como una pirámide invertida. Esta piedra colgaba directamente sobre la mesa; la punta de la pirámide estaba suspendida apenas pulgadas arriba de la superficie de la mesa.

Billy se sentía contento con su hallazgo. Parecía ser un escondite perfecto. Él decidió no enseñárselo a sus hermanos o sus amigos. Este sería su propio secreto especial. Cuando abandonó la cueva, él disfrazó la abertura para que ningún otro excursionista o cazador la descubriera accidentalmente.

ESTOS FUERON los mejores tiempos de su juventud, los buenos recuerdos— recorriendo a pie los bosques, durmiendo bajo las estrellas, pescando para su desayuno, cazando para su cena con su rifle calibre .22. La excelente puntería de Billy se perfeccionó al grado que él le podía disparar a una ardilla a 50 yardas [45.70 metros] y cada vez les daba en medio de los ojos. De hecho, eso se convirtió en una cuestión de arte y pericia en el deporte con él que a menos que la ardilla mirara en dirección a él, él no jalaría el gatillo. Y él llegó a ser no-menos diestro con una escopeta, derribando fácilmente a cualquier ave de caza en pleno vuelo.

Una tarde en el otoño de 1923, Billy de 14 años de edad iba caminando hacia su casa con su primo Jim Poole. Los dos habían estado cazando pájaros esa tarde, pero ahora los pensamientos de ellos estaban en otro sitio— bromeando, riéndose, y dándose empujones el uno al otro. Desafortunadamente a Jimmy se le había olvidado descargar su escopeta. De pronto la escopeta se disparó a corto alcance, perforando dentro de las piernas de Billy. Billy se

desplomó, gritando de dolor.

Jimmy cayó a sus rodillas, murmurando, “Lo siento, Billy. Lo siento mucho. Fue un accidente. No fue mi intención el—” Entonces miró cuidadosamente las piernas de su amigo. El rostro de Jimmy se puso blanco. “Billy, no intentes moverte. Iré a buscar auxilio.”

“No, no me dejes,” gritaba Billy. Pero Jimmy ya estaba corriendo como una liebre. Cuando Billy bajó la vista hacia sus piernas, él estaba horrorizado al ver que casi estaban partidas en dos. Él dejó caer su cabeza hacia atrás pesadamente en el suelo y se estremeció con miedo, “Dios, ten misericordia de mí,” gemía él. “Tú sabes que yo nunca hice— ” y entonces se detuvo, procurando pensar en algo bueno de su vida, algo que pudiera influenciar a Dios para que tuviera misericordia de él. En la única cosa que él podía pensar era, “Dios, ten misericordia de mí. Tú sabes que yo nunca cometí adulterio.”

Pronto Jimmy estaba de regreso con un vecino, Frankie Eich, quien condujo a Billy al Hospital *Clark County Memorial*. Billy gritaba en agonía mientras las enfermeras arrancaban grandes pedazos de carne con tijeras y limpiaban las heridas abiertas lo mejor que podían. El Sr. Eich tomó la mano de Billy. Cuando terminaron las enfermeras, ellas tuvieron que soltar por la fuerza los dedos de Billy de las muñecas del Sr. Eich. Una radiografía reveló perdigones situados tan cerca en ambos lados de las arterias que un pequeño araño cortarías las venas y Billy comenzaría a sangrar. Aquellos eran los días anteriores a las transfusiones de sangre. Si Billy perdía demasiada sangre, eso sería fatal.

Esa noche Billy durmió a rachas, en ocasiones únicamente quejándose, en otras ocasiones gimiendo de dolor. Alguna vez pasada la media noche él despertó ante un ruido salpicante. Sintiendo abajo junto a sus piernas destrozadas, su mano se sumergió en un charco de sangre. Él sonó la campana para las enfermeras, pero la única cosa que ellas podían hacer era absorber la sangre con toallas y envolver los vendajes más ajustados.

A la mañana siguiente las enfermeras llevaron a Billy hacia la sala de operaciones y le dieron éter para que quedara fuera de conocimiento. El Dr. Reeder hizo lo que pudo para reparar el daño, pero a causa de que Billy estaba tan débil, el doctor no creía que el muchacho se recuperara. Aparte del padre y la madre de Billy, dos señoras estuvieron junto a él a lo largo de esta dura prueba— la Sra.

Stewart, una amiga de la familia, y la Sra. Roeder, cuyo esposo era superintendente en la fábrica de automóviles.

Billy durmió durante ocho horas bajo la anestesia. Cuando finalmente abrió los ojos, él vio a la Sra. Roeder sentada junto a su cama, llorando por cuanto él estaba tan cercano a la muerte. Él se sumió de vuelta en el sueño, y en el transcurso de la hora siguiente caía y salía de su inconsciencia varias veces. Entonces algo sucedió— algo parecido a un sueño, pero más vivo que un sueño; la ventana de vidrio transparente, como que él en realidad estaba allí... y en esta conciencia él sentía que estaba cayendo— cayendo a través de nubes delicadas en una eternidad oscura, dejándose caer hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo... Allí parecía no haber fundamento para su mundo; nada que detuviera su caída. Él exclamó, “¡Papá!” La palabra parecía hueca y muerta. “¡Mamá!” exclamó él. “¡Mamá!” Su madre no estaba allí. “¡Dios!” exclamó él, “¡alcánzame!” Sus clamores lastimosos sonaban huecos en el vasto vacío. ¿Era la oscuridad sin final? ¿Había pasado él más allá de los términos de la tierra; más allá del alcance de Dios? Tal vez él se mantendría cayendo de esta manera para siempre. El terror se apoderó de él.

Entonces tan débilmente, siempre tan débilmente, él escuchó ruidos— ruidos fantasmales, quejumbrosos. Mientras él caía, los sonidos se hacían más fuertes al grado que todos estaban en derredor de él— gemidos y gruñidos. Ahora rostros aparecían en la oscuridad, rostros de mujeres, rostros horribles con llagas gangrenosas verdes alrededor de sus ojos y bocas deformadas, quejándose, “Ah... ah... ah... ah...”

Billy exclamó, “O Dios, ¡ten misericordia de mí! ¡Ten misericordia! ¡Si Tú tan sólo me permites regresar y vivir, te prometo que me portaré bien!”

En un instante él estaba de vuelta en el cuarto del hospital, su vista empañada se enfocó en el par de ojos profundos cafés de su madre. El rostro de ella se iluminó y abrazó a su hijo, llorando, “Oh, Billy, Billy, pensamos que estabas muerto. Gracias a Dios, estás vivo.”

Vivo, sí— pero apenas. No había penicilina disponible en aquellos días, y las heridas crueles estaban enrojecidas de infección. Su estancia en el hospital se prolongó a semanas. Los Branham no tenían dinero para las cuentas del hospital, así que la Sra. Roeder montó una colecta en favor de Billy. Entre la sociedad de ayuda de su iglesia, los Masones, el Ku Klux Klan, y donaciones privadas,

todos los gastos médicos fueron eventualmente pagados completamente.

Finalmente los doctores dijeron que Billy se había mejorado lo suficiente para irse a casa. Desgraciadamente su prueba dura estaba muy lejos de terminarse. En casa él seguía estando postrado en cama. Los meses pasaban y sus piernas no se mejoraban. Billy se revolvía en su colchón de paja durante muchas horas oscuras y dolorosas, pensando en aquella extraña experiencia donde él se había estado cayendo en una oscuridad tan espantosa. Eso había parecido tan real, tan vivo. ¿Dónde había estado él? Los doctores después le contaron respecto a su condición física en ese tiempo— su pulso había estado menguando continuamente así que ellos estaban seguros que él se estaba muriendo. Billy se preguntaba si ¿él podría haber estado cayendo en el infierno? Eso le preocupaba. Él pensó, “Oh, que nunca vaya yo a un sitio como ese; que ningún otro ser humano jamás tenga que ir a un sitio como ese. Entonces pensó en lo que él le había prometido a Dios— “Si Tú tan sólo me permites vivir, te prometo que me portaré bien.” ¿Qué significaba “portarse bien”? ¿Y quién era Dios a fin de cuentas? La experiencia total lo desconcertaba.

Mientras el muy frío invierno hacía entrar en calor a la primavera de 1924, llegaba a ser evidente que las heridas de Billy se estaban empeorando, no mejorando. Sus pantorrillas se habían hinchado lo doble de su tamaño normal y se habían vuelto sobre sus pasos hasta sus muslos de modo que no podía extender las piernas. El Dr. Reeder diagnosticó su condición como envenenamiento de la sangre como resultado de los residuos que habían quedado en las heridas. Una vez más la vida de Billy estaba en peligro. El doctor recomendó que le fueran amputadas ambas piernas a la altura de la cadera. Billy no podía soportar el pensamiento de perder sus piernas. ¿Cómo podría él cazar y andar a pie por los bosques? Para él era mejor el estar muerto. Con absoluta determinación él rechazó el que se le amputaran las piernas, diciendo llorosamente, “No, doctor— tan sólo súbalo un poquito más alto y ampútelo desde *aquí* arriba”— y con su mano él trazó una línea a través de su cuello.

“Existe una oportunidad de que pudieras salir bien librado incluso si no amputamos,” respondió el Dr. Reeder. “Podríamos dedicarnos e intentar limpiar el material extraño de las heridas. Es una pequeña oportunidad, pero podría dar resultado.”

Esa era una pequeña oportunidad que Billy estaba dispuesto a aprovechar. Así que, siete meses después del accidente producido por el arma de fuego, Billy estaba otra vez acostado sobre una plancha de operaciones. El Dr. Reeder y el Dr. Pearl, un especialista de Louisville, volvieron a abrir las heridas y sondearon cuidadosamente a través de la carne, extrayendo trozos de ropa de cacería mugrientos, partículas de arma de fuego, y tantos perdigones de plomo como pudieron encontrar. Luego cosieron las heridas y esperaron mejores resultados.

Billy durmió muchas horas bajo la anestesia. Saliendo de su limbo hacia las luces brillantes del estado de conciencia, Billy tuvo otra experiencia impresionante, cada parte tan viva y real como la anterior, pero muy diferente. En esta ocasión él sabía que estaba muy despierto por cuanto él estaba acostado en la cama del hospital mirando directamente a su padre. El cuarto del hospital se empañó y de repente él parecía estar parado en el Oeste en una llanura. Cactus y mucho pasto crecían en toda dirección por todo el camino hasta el horizonte. Una enorme cruz dorada pendía en el cielo enfrente de él, brillando como el sol e irradiando rayos de luz. Mientras Billy alzaba sus brazos hacia aquel emblema, algunos de aquellos rayos de luz parecían fluir directamente hacia su pecho. Entonces la experiencia terminó y Billy se encontró a sí mismo de vuelta en el cuarto del hospital mirando a su padre.

La operación fue un éxito.



El *Green's Mill* como lo debió de haber conocido Billy.

Capítulo 6

El Ramalazo Aplastante

1925 — 1927

EL HABERSE CRIADO junto al manejo de alcohol ilegalmente destilado deformó la opinión de William Branham del sexo opuesto. Muchas ocasiones él había observado a mujeres casadas introducirse al cobertizo después de obscurecerse para estar de parranda toda la noche con hombres que no eran sus esposos. Por la mañana estas mujeres a menudo estaban tan ebrias que los hombres les daban café y las hacían caminar en forma de círculos, tratando de que se les pasara la embriaguez lo suficiente de modo pudieran irse tambaleando hacia la casa a cocinarles el desayuno a sus familias. Semejante manera de comportarse le repugnaba a Billy. Él pensaba, “Si esa es la manera en que son, yo no tendría una de las pícaras si se me ‘endilgara’ una.”

Como resultado de esta situación negativa, en Billy aumentó el odio hacia cualquier evento social que lo pudiera traer a él en contacto con jovencitas. Ya sea que fuera una fiesta de aniversario o un baile de caserón, Billy hacía un gran esfuerzo para evitar eso. A los primeros indicios de preparaciones festivas, él se fijaba en la hora y el lugar y se aseguraba de estar ocupado en algún otro sitio a la hora asignada. Ocasionalmente su padre y madre invitaban a los vecinos a una fiesta estimulante. En esas noches, Billy tomaba su linterna y su perro y se refundía en los bosques, cazando mapaches y zarigüeyas hasta la media noche. Cuando finalmente volvía a casa, si los músicos todavía estaban rascándole a sus violines, Billy se subía a la parte más alta de la leñera y se dormía hasta el amanecer.

El dejar de asistir a la escuela no solucionaba los problemas de Billy; eso únicamente los cambiaba de sitio. Él todavía tenía que batallar con el constante rechazo. A la mayoría de los muchachos

pueblerinos no les simpatizaba él porque no fumaba o tomaba; y a las jovencitas no les simpatizaba porque él no iba a los bailes y a las fiestas. Nadie lo entendía. Lo que era peor, Billy no se entendía a sí mismo. Aunque a él le agradaba la gente y anhelaba ser aceptado por ellos, él no podía persuadirse a sí mismo a actuar como los otros jóvenes de su edad.

Él pensaba, “Bueno, si tengo que ser un desterrado, entonces seré un trampero. Cuando llegue a ser mayor de edad y pueda obtener suficiente dinero en algún lugar para ayudar a cuidar de mi madre, me iré al estado de Colorado o a Washington, o tal vez allá hacia British Columbia, y seré un trampero. Me llevaré mi rifle y trampas y me conseguiré una jauría de perros, y viviré allá hasta que me muera. Y nunca me casaré.”

Billy siempre consideraba a su madre cuando hacía planes a largo plazo. Lo angustiaba el que ella hubiese sufrido tantas dificultades por causa de la vida vil de su padre. Por estas fechas ella tenía 30 años, era la madre de ocho hijos, el mayor tenía 15. Nunca había dinero suficiente; nunca ropa suficiente; a menudo no había suficiente alimento. Billy la había visto sentarse a llorar en el escalón de la puerta con un bebé en sus brazos, dejada afuera de su propia casa, mientras Charles se quedaba adentro, borracho e inconsciente toda la noche. Y sin embargo, a través de todo eso, *Ella* Branham había vivido fiel a su esposo y continuamente luchaba por mantener a su familia vestida, alimentada, y tan feliz como fuera posible. Billy la amaba por su decencia; pero aún más, él la amaba porque ella lo aceptaba a él tal como era, con todas sus peculiaridades incluidas. Él sentía que ella merecía más de la vida, y consideraba que el bienestar de ella era parte de la responsabilidad de él. Su ejemplo le daba a Billy esperanza que existían otras mujeres decentes en el mundo.

Alrededor de 1926 una nueva jovencita se mudó al pueblo, manifestando una amistad con la novia de Jim Poole. Siendo que Jimmy y Billy eran muy amigos, Billy tropezó con esta nueva jovencita en la casa de Jimmy. La belleza de ella lo deslumbró. Él pensaba que ella tenía ojos como de una paloma, dientes tan blancos como perlas, y un cuello delicado como el de un cisne. Cuando Jimmy se lo presentó, la jovencita parpadeó sus ojos y dijo Coquetamente, “Cómo te va, Billy.” Eso fue todo. Billy se prendió.

Después Jimmy jugó el papel de alcahuete. “Creo que le

simpatizas a ella, Billy.”

Billy se deshacía por dentro, “¿En serio?”

“Claro que sí. Te diré algo— ¿por qué no concertamos una cita doble? Las llevaremos a dar un paseo en el viejo Ford de mi papá— eso es, si logro hacer que arranque la chatarra.”

“No sé,” dijo Billy nerviosamente.

“Claro. Nos la pasaremos muy bien. Pero necesitaremos algo de efectivo. ¿Cuánto dinero puedes reunir?”

Billy vaciló, entonces decidió que si esta muchacha bonita realmente le agradaba a él, él debería derrochar dinero. “Tengo 30 centavos.”

Eso le cayó bien a Jimmy. “Bien. Yo tengo 35 centavos. Con eso es suficiente. Aparte de la gasolina, tenemos que comprarles algunas bebidas no alcohólicas o helados o algo así por el estilo.”

Billy tuvo una idea que podría aclararle mejor el asunto con esta jovencita. “Te diré algo, Jimmy; ¿por qué no te haces cargo de manejar y yo me hago cargo de las compras?”

“Eso me parece muy bien.”

Ellos tenían que levantar con un gato las llantas del piso y darle vueltas al motor con la manivela una docena de veces antes que el viejo *Modelo T* arrancara. El sol se había ocultado cuando pasaron por sus chicas. Billy y su amiga se sentaron en el asiento trasero. Tímido como siempre, Billy se recorrió precipitadamente tan lejos como podía hacia un lado, mientras ella se sentaba en el otro. Él esperaba que el espacio entre ellos y la oscuridad ocultara su ropa raída.

Con la capota del automóvil bajada, ellos traqueteaban por los caminos del campo iluminados por la luna, sin ir a algún sitio en particular. En el asiento delantero Jimmy y su novia dominaban toda la charla. Billy se sentó silenciosamente, echando vistazos disimuladamente a su amiga. Él pensaba en cuán radiante se miraba a la luz de la luna y su corazón se hinchaba de orgullo de pensar que semejante belleza saldría con él. Tal vez no todas las chicas eran malas.

Ella miró en dirección a él y sonrió, “Es una espléndida noche, ¿verdad?”

Billy contestó, “Sí, señorita.”

“Hay un baile esta noche en el *Jardín del Sicómoro*,” dijo ella, “vamos allá.”

Billy se puso tieso. “No, señorita. No creo que tenga ganas. Yo no bailo.”

Ellos anduvieron recorriendo el paisaje por un rato más hasta que llegaron a una tienda de abarrotes situada al borde de la carretera. Billy y Jimmy habían planeado todo lo que iban a hacer. Billy se aclaró la garganta. “Jimmy, como que tengo sed. ¿No crees que deberíamos detenernos?”

“Buena idea, Billy.” Jimmy se detuvo enfrente y luego dijo, “Entraré y traeré algo para que comamos y bebamos.” Esto también estaba preparado, porque Jimmy ni siquiera tenía un centavo en su posesión. Ellos habían gastado 25 centavos de dólar en dos galones [7.7 litros] de gasolina, dejando 40 centavos, los cuales Billy había depositado en su bolsillo.

Billy dijo, “No te preocupes, Jimmy. Yo iré a traerlo.”

Los emparedados costaron cinco centavos cada uno— cuatro grandes emparedados de jamón, cubiertos con cebollas. A Billy apenas le había sobrado suficiente dinero para comprar cuatro *Coca-Colas*. Ellos comieron en el automóvil, disfrutando el sonido de los grillos y el aire fresco de la noche. Billy se estaba sintiendo bien. ¡La jovencita en realidad le gustaba! Esta noche él era parte de la pandilla— un real personaje.

Se terminaron sus *Coca-Colas* y Billy metió las botellas de vidrio en la tienda para que se le devolviera su depósito. Cuando él salió de regreso, ellos tres estaban sentados en el automóvil fumando. Billy apenas podía creer lo que veían sus ojos— su amiga, esa jovencita hermosa, ¡fumando un cigarrillo! Ella ladeó su cabeza hacia atrás, soplando el humo por su nariz. Le dieron náuseas a Billy. Se subió al asiento trasero y se desplomó pesadamente. Su chica le preguntó, “¿Quieres un cigarrillo, Billy?”

“No, señorita,” dijo él malhumoradamente. “No fumo.”

Ella miró irritadamente. “Billy Branham, ¿qué es lo que te pasa? Primero me dijiste que no bailas. Ahora me dices que no fumas. ¿Qué es lo que te gusta hacer?”

“Me gusta cazar y pescar.”

“Qué aburrido.” Ella hinchó su labio superior en disgusto. “Ten, Billy, fúmate este cigarrillo y anima tu vida.”

“No, señorita. No creo que tenga ganas de hacerlo.”

“¿Me quieres decir que nosotras las mujeres tenemos más valor de lo que tú tienes?” se rió con sarcasmo. “Pues, tú gran afeminado.”

¿Afeminado? Esa horrible palabra lo hería peor que si una trampa para castor se hubiera cerrado de golpe en su tobillo. ¿Afeminado? ¡El dolor quemaba a través de su corazón! ¿Afeminado? Él no. Él era “el gran malvado Bill”— el cazador, el trampero, el pendenciero. ¿Afeminado? Él se lo demostraría a ella. “Dame un cigarrillo,” ordenó él.

Con aire satisfecho ella sacó uno de la cajetilla y se lo entregó. Billy dijo, “Dame un cerillo.”

“Ahora eso se parece más a un hombre,” dijo ella, y le dio un cerillo.

Billy encendió el cerillo y levantó ambos el cerillo y el cigarrillo en dirección a su boca al mismo tiempo, uno en cada mano. Pero antes que el cigarrillo tocara sus labios, él escuchó un ruido. Sonaba como las hojas formando remolinos en el viento. Él bajó el cigarrillo y escuchó atentamente. Ya no podía oírlo. Él pensó, “Ah, eso es tan sólo mi imaginación.”

Su jovencita preguntó, “¿Qué ocurre, Billy?”

Él meneó su cabeza, “Nada. Tan sólo estoy tratando de encenderlo.” Otra vez levantó el cigarrillo en dirección a su boca. Otra vez oyó ese sonido; más fuerte en esta ocasión; un viento lento y continuo, levantándose, incrementándose más fuerte hasta que era un bramido en sus oídos. ¡*Juusssh!* Sus manos se quedaron paralizadas a la mitad de la distancia hacia su boca. Su mente retrocedió a aquella voz grave en el árbol de álamo, advirtiéndole, “*Nunca bebas, ni fumes, o deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Habrá una obra para ti cuando tengas mayor edad.*” Sus manos comenzaron a temblar. El cerillo se consumió completamente hasta llegar a sus dedos y él lo arrojó. Luego arrojó el cigarrillo. Él comenzó a llorar.

Su jovencita se rió disimuladamente, “Ahora ya sé que eres un afeminado.”

Enojado, frustrado y con miedo, Billy abrió la puerta del automóvil, saltó hacia afuera, y comenzó a caminar por el camino, todavía llorando. Jimmy se acercó al lado de él. “Vente, súbete Billy.” Billy meneó su cabeza. “No, Jimmy,” y sólo siguió caminando. Jimmy continuaba infructuosamente al lado, pidiéndole con insistencia que se metiera en el automóvil; pero al mismo tiempo la amiga de Billy estaba burlándose de él despiadadamente, “Billy Branham, tú gran afeminado. Pensé que eras un hombre.”

Billy sollozaba, “Yo también pensaba que lo era” —y él torció el camino, cortando por un campo donde el automóvil no pudiera seguirlo. Él caminaba mecánicamente hasta que estaba arriba de una cuesta fuera de la vista del camino. Luego se tiró en el suelo, sollozándole a la luna. “No soy adecuado para nadie. No puedo tener amigos. Soy una oveja negra entre los jóvenes. Nadie tiene simpatía para conmigo. ¿Para qué estoy viviendo? ¿De qué sirve? Oh, si hubiera alguna forma que yo pudiera morir aquí y terminarlo todo. Soy prisionero de esta cosa extraña y no sé qué hacer.”

Él sollozó hasta que sus emociones se agotaron. Luego sólo se sentó allí, fijando la mirada en la luna, sintiéndose tan muerto como esa bola de roca sin vida allá en el espacio. De pronto él sintió algo extraño, como una presión apretando contra su piel. Él tenía esta extraña percepción de que no estaba solo. Conteniendo la respiración, él escuchó cuidadosamente. No se podía oír ningún sonido. Él miró a todo en su derredor en el campo inundado con la luz de la luna. No había nadie a la vista; y sin embargo, Billy percibía que alguien (o algo) estaba en pie muy cerca de él. Un escalofrío recorrió toda su espina dorsal. Aterrorizado se fue corriendo hacia la casa.

Semejantes experiencias le hacían saber a Billy que su vida difería de lo ordinario en más aspectos que sólo la pobreza. Incidentes extraños se mantenían apareciendo repentinamente para atormentarlo— como la ocasión que él pasó por donde estaba una adivina. Él y Jimmy estaban en un carnaval, dando un paseo por la avenida central, escuchando a los merolicos ensalzando las virtudes de los diversos juegos y exposiciones. Los dos jóvenes pasaron por delante de la carpa de una adivina. Afuera de la falda de la carpa estaba de pie una joven gitana.

“Oye, tú,” gritó la gitana. “Ven aquí un momento.” Ambos jóvenes se dieron la media vuelta. “Tú con el suéter a rayas,” agregó ella.

Billy era el que traía puesto un suéter a rayas. Él se dirigió hacia la adivina, pensando que tal vez ella deseaba que le fuera a traer una *Coca-Cola* y un emparedado. “Sí, señorita, ¿en qué le puedo servir?”

Ella dijo, “¿Sabías que hay una luz siguiéndote?” El que dijera una cosa tan extraña sorprendió a Bill. “¿Una luz? ¿A qué se refiere Ud.?”

Ella explicó, “Yo veo que tú naciste bajo una señal— tres planetas principales en conjunción en tu primera casa; y todos ellos están

alineándose a Neptuno— muy a profundidad. Esa es la razón que hay una luz siguiéndote. Tú naciste para un llamamiento Divino.”

Billy se estremeció. “Mire, mujer, ¡cállese!” dijo con brusquedad.— y se alejó rápidamente de allí.

Después le contó a su madre tocante a eso. Ella dijo, “Billy, hiciste lo que se debía de hacer. Esos adivinos son del diablo.”

Aquello le preocupaba. ¿Por qué alguien tan obviamente relacionada con el diablo lo distinguía a él como que tenía un— ¿cómo lo llamó la gitana? —¿un “llamamiento Divino”?

Sin que él mismo pudiese entender, Billy se volvió más y más descontento con su situación. ¿Por qué él siempre parecía ser un pato raro que no podía congeniar con sus semejantes? Y el hogar tampoco era ningún refugio. Pese a que Charles ya había mudado a su familia de la cabaña en la propiedad del Sr. Wathen y hacia una casa más amplia en las afueras de Jeffersonville, la vida en el hogar seguía siendo exigua y caótica. En Agosto de 1927, *Ella* Branham tuvo a su noveno hijo, James Donald. Él completaba nueve hijos, en edades de 1 hasta 18 años, todos viviendo y peleando en una casa.

Como siempre, Billy encontraba su mayor paz al vagar por los bosques con su perro *Fritz*. Entonces llegó el ramalazo aplastante. El Sr. Short, un alguacil local suplente, envenenó a *Fritz* con veneno para perro. Billy se fue enloquecido de odio. Charles sorprendió a su hijo dirigiéndose hacia la estación de policía, rifle en mano.

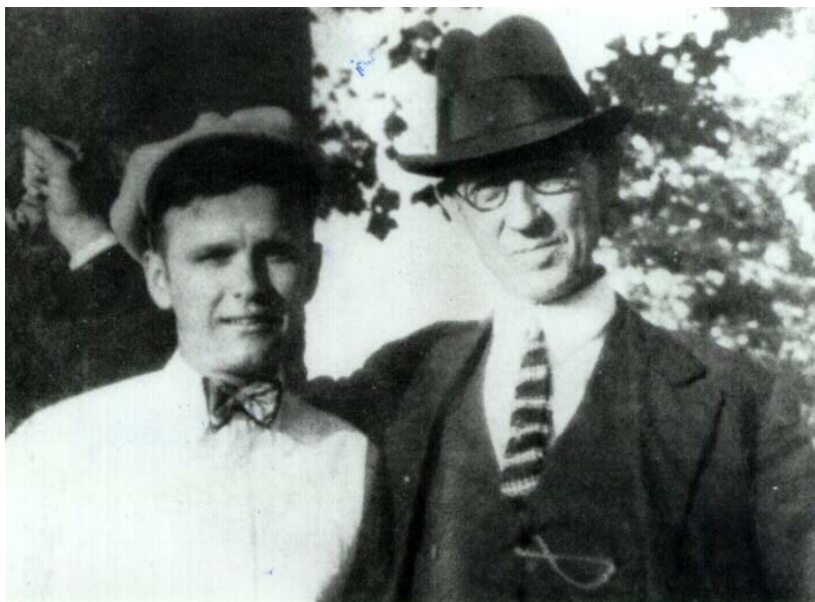
“Voy a matarlo, papá,” gruñó Billy, temblando de ira.

Charles arrebató el rifle de su hijo impulsivo. “No si puedo evitarlo, no lo harás.”

Billy regresó a la tumba de su perro, se puso de rodillas, y se quitó el sombrero. “*Fritz*, tú me has sido un amigo, un verdadero compañero. Me has vestido y me has alimentado, y me enviaste a la escuela. Cuando te hicieras viejo yo me iba a encargar de ti. Pero ahora, el Sr. Short te ha matado antes que llegue tu hora. Te prometo, *Fritz*, que él no vivirá. Algún día lo sorprenderé caminando por la calle y lo atropellaré con un automóvil. Yo lo haré por ti.”

Ahora que su mejor amigo se había ido, Billy sintió la necesidad de un cambio en su vida más que nunca; así que él cruzó el río hacia Louisville, Kentucky, y se alistó en la Marina. Cuando él se lo contó a su madre esa noche, ella se puso furiosa. A la mañana siguiente ella se dirigió hacia la oficina de reclutamiento y los persuadió a borrar el nombre de su hijo de la lista de ellos.

Billy entendía que si iba a hacer un movimiento drástico, él debería hacerlo secretamente. Después de aquel otoño le llegó la oportunidad. Él conoció a un hombre llamado Francisco quien se estaba preparando para manejar hacia el oeste hasta Phoenix, Arizona. Billy mencionó que él mismo tenía planes de ir hacia el Oeste algún día. El Sr. Francisco aprovechó el comentario y le pidió a Billy que fuera con él, incluso ofreciéndole pagarle si él le ayudaba a manejar las dos mil millas [3,219 kilómetros] del viaje en automóvil. Billy agarró rápidamente la oferta y pronto ellos estuvieron listos para partir. Billy le dijo a su madre que él iba a vivir en tiendas de campaña por una semana o dos allá en el *Tunnel Mill*. De esa manera él podía abandonar la ciudad sin que ella intentara discutir a fondo eso. Cuando él llegó a Arizona le escribió una carta y le dio una explicación.



Billy y el Sr. Francisco

Capítulo 7

Refugiándose en el Desierto

1927 — 1929

CUANDO WILLIAM BRANHAM llegó a Phoenix, Arizona, el Sr. Francisco le pagó tres dólares por ayudarlo con el manejo. Ese era todo el dinero que Billy poseía en el mundo, pero él no estaba preocupado. Él estaba seguro que se presentaría alguna oportunidad. Era el mes de Diciembre de 1927. Él tenía dieciocho años de edad y rebosando de entusiasmo en su nueva posibilidad en la vida.

Después de enviar una carta con una explicación a casa a su mamá, Billy se puso en camino a explorar el pueblo. Pronto dio con un rodeo informal. Eso lo hizo pensar, “Soy un muy buen jinete. Y siendo que ando sin dinero. ¿Por qué no me gano algún dinero fácil en este rodeo? Pero tengo que conseguirme un par de chaparreras antes que pueda salir allí enfrente de todos esos vaqueros.”

Se encaminó calle abajo a la tienda de ropa más cercana y se probó un par de chaparreras de cuero. Estaban excelentes, la palabra ARIZONA estaba repujada en el cinturón y tenían la cabeza de un becerro tallada en cada pierna, con botones de bronce como ojos. Pero ellas estaban demasiado largas; las polainas de cuero le arrastraban en el piso. Billy se miró en el espejo y pensó, “Me miro como un gallo bantam— con más pelusa y plumas que nada.”

El despachador le dijo, “Este par cuesta \$ 25.00 dólares, señor.”

Billy se alegró de encontrar un pretexto para rechazarlas, “Me temo que son \$3.00 dólares todo el dinero que traigo.”

El dependiente le sugirió, “Sería mejor que te quedaras con un par de pantalones de mezclilla *Levi's*.”

Billy se compró un par de pantalones de mezclilla *Levi's* y un sombrero de vaquero, luego regresó al rodeo. En el filo de la cerca estaban sentados una fila de vaqueros con las piernas arqueadas y

desfiguradas que parecía que habían estado arreando un poco de ganado y en medio de una balacera en los pastizales. Billy pensó, “Allí es donde debo estar.” Saltó a la cerca al lado de ellos. Todos alrededor estaban murmurando con entusiasmo. Billy había llegado en el preciso instante cuando un jinete famoso le estaba montando a un semental salvaje célebre. El caballo estaba encerrado en un compartimiento para caballos no muy lejos. Billy observaba al jinete de piernas largas caer en la montura, y él pensó, “Si este fulano no puede montar a caballo, entonces lo haré yo.”

En el instante que la puerta se abrió de par en par, aquel caballo dio un resoplido y dio un salto de su compartimiento para caballos con las cuatro patas en el aire. Cuando dio en el suelo saltó hacia arriba de nuevo, retorciendo el cuerpo y dando patadas con sus patas traseras todo al mismo tiempo. El jinete voló de la montura como un espantapájaros de paja, cayó con un golpe de huesos seco, y quedó inmóvil en medio del corral, le salía sangre por la nariz. Mientras los hombres que recogían a las personas agarraban al semental y lo metían de nuevo en la jaula, otros cargaban en una ambulancia al vaquero inconsciente y se alejaban con él.

Un hombre caminaba lentamente a lo largo de la cerca donde Billy estaba sentado con todos aquellos vaqueros curtidos. Decía, “Le daré \$ 50.00 dólares a cualquier hombre que pueda aguantar encima de ese caballo durante 30 segundos.” El hombre se mantenía deteniéndose para mirar a un vaquero a los ojos y repetía el ofrecimiento. Nadie se lo aceptaba. Entonces el hombre se detuvo frente a Billy y le preguntó, “¿Eres tú un jinete?”

“No, señor,” contestó Billy tímidamente.

BILLY CONSIGUIÓ EMPLEO en un rancho ganadero al noroeste de Phoenix cerca de un pueblo pequeño llamado Wickenburg. Sus destrezas de montar a caballo rápidamente se perfeccionaron al grado que pronto él estaba haciendo su parte de tarea del rancho— un verdadero vaquero, así como él había soñado que sería.

La belleza de la llanura superaba sus imaginaciones más extravagantes. En torno a él montañas escarpadas resaltaban de la superficie de la llanura. Cactus gigantes de saguaros*, salpicaban los llanos del desierto y las barreras en pendiente de los cañones. El

desierto era una representación de diversidad— abundando en nopal, un cacto pequeño que se parecía a una cola de castor con largas y terribles púas; el cacto acerico, el cual estaba cubierto tan tupidamente de agujas pequeñísimas que se asemejaba al pelaje; el cacto barril, el cual se parecía a un barril con costillas espinosas; y los árboles bajos y parecidos a un arbusto conocidos por su nombre en castellano de ‘palo verde’, significando en inglés ‘*green stick*’. La ilusoria fauna también le fascinaba— las lagartijas, víboras de cascabel que se arrastraban sobre su costado formando S’s, ratas canguro, y jabalíes; todo eso era tan exótico, tan diferente de los bosques del valle del Río Ohio. Y pensar que, aquí estaba él en medio de ello, en un caballo, levantando el polvo de la llanura, trabajando con vaqueros y novillos de cuernos largos. Este sí era modo de vivir. ¿Qué podía ser mejor? Él se sentía como si hubiera formado parte de una de aquellas películas de cine románticas del oeste que él había mirado cuando era un niño.

Pero después de un año y medio de trabajo en el rancho, la ilusión de perfección comenzó a disiparse. A medida que el verano de 1929 avanzaba lentamente, Billy se volvió cada vez más insatisfecho. Muchas veces él se preguntaba qué era lo que pasaba. Él había venido al desierto para encontrar paz y satisfacción, pero de alguna manera la paz y la satisfacción lo estaban esquivando. Él no era feliz, no totalmente. Algo le seguía faltando en su vida. Pero ¿qué?

Finalmente llegó el tiempo del rodeo de otoño. De principio a fin de cada verano, muchos rancheros locales apacentaban sus ganados en la misma extensión de terreno allá en lo alto de las montañas donde el pasto crecía tupido entre los pinos altos. Cada otoño ellos colaboraban juntos para acorralar el ganado disperso, conduciéndolo en manada hacia los ranchos del valle y entonces separándolos por hierros. El año pasado Billy se había referido al rodeo de otoño como la cosa más emocionante que él jamás había realizado. Pero este año él estaba atribulado por ese mismo desasosiego que lo había seguido todo el verano. ¿Qué ocurría?

Cuando llegó el atardecer a la vereda, Billy le quitó la montura a su caballo y la puso cerca del fuego de campamento como una almohada. Después de la cena él se había reclinado contra su

[* *Saguaro*: Cacto alto del sudoeste de los Estados Unidos y norte de México que crece hasta 18 metros de altura con brazos que hacen curva hacia arriba.]

montura para observar al sol descender detrás de las montañas, lanzando franjas brillantes anaranjadas, rosadas y rojas hacia el cielo.

Un anciano Texano llamado Slim afinó su guitarra. Cada noche Slim le daba una serenata al desierto con baladas de vaquero, acompañado por otro vaquero que soplaba a través de un peine, haciendo que un pedazo de papel zumbara en armonía. Slim cantaba:

Anoche mientras acostado allí en el llano,
Fijé la vista en las estrellas del cielo.
Y me pregunté si acaso un sencillo vaquero,
Pudiese llegar a tan bello lugar.

Hay una senda que conduce a esa región celestial,
Pero, según dicen, es una senda muy oscura;
Pero el camino amplio que conduce a la perdición
Tiene señales y está bien marcado hasta el fin.

Se habla de otro gran Dueño,
Y según dicen, Él nunca tiene demás.
Él siempre hallará un lugar para un pecador,
Que se encuentre en esa senda recta y estrecha.

Dicen que Él nunca lo deja a uno desamparado,
Y hasta conoce toda acción y toda costumbre,
Entonces para estar seguros nos conviene ser
sellados,
Y tener nuestro nombre en Su gran Libro de
cuentas.

Porque dicen que habrá un gran rodeo,
Cuando los vaqueros serán reunidos igual como el
ganado,
Para ser marcados por los jinetes de juicio,
Que están en sus puestos y conocen todas las
marcas.

Me supongo que seré una res joven y perdido,
Un hombre condenado a muerte, sin marca,

Que seré metido entre los demás,
Cuando pase y me vea el Patrón de esos jinetes.

Billy entendía lo que implicaban las palabras de la balada. Reses jóvenes eran ganado que no estaba herrado que fueron a parar como caldo de res. Y ¿qué tocante a ese gran Dueño con su Libro de cuentas? Billy se preguntaba si ¿acaso eso podía ser lo que lo estaba atribulando? ¿Era algo que tenía que ver con Dios?

Slim rasgó otra tonada, esta ocasión era un antiguo himno de iglesia:

Junto a la cruz do Jesús murió,
Junto a la cruz do salud pedí,
Ya mis maldades Él perdonó,
A Su Nombre gloria.

Al escuchar esa melodía lenta y prolongada, Billy sentía un dolor marcado en su corazón. Él se dio la vuelta y subió la sábana alrededor de su cabeza, dejando tan solo espacio suficiente para sus ojos y nariz. Las estrellas parecían tan cercanas, como si ellas estuvieran pegadas justo arriba de las montañas. En el murmullo perpetuo de la brisa a través de los pinos. Billy se imaginaba que oía a Dios llamándolo como Él había llamado a su primer hijo extraviado, “Adán, Adán, ¿dónde estás tú?”

Después de tres semanas, terminó el rodeo. Los vaqueros se dirigieron de vuelta al rancho para recibir su sueldo y leer su correspondencia. Billy tenía una carta de su madre esperando, con matasellos de unas cuantas semanas anteriores. Entre las otras pocas noticias, ella mencionaba que Edward estaba muy enfermo. Billy lo tomó con ligereza, suponiendo que su hermano tenía un resfriado o la gripe.

Aquella tarde todos los vaqueros se dirigieron a Phoenix a celebrar. Aunque Billy no se sentía tan alegre como los otros, él venía detrás por el cambio de escenario. Cuando la cuadrilla del rancho entró uno tras otro al salón, Billy se alejó calle abajo por sí mismo. Su corazón se sentía todavía atribulado. ¿Qué es lo que pasaba? Él definitivamente no estaba nostálgico. A él le encantaba Arizona, le encantaba el desierto y disfrutaba su trabajo. Pero de algún modo él todavía sentía el hueco interior, incompleto. Él no

podía comprenderlo.

Él se sentó por un rato observando el tráfico. Una joven bonita hispana daba la vuelta, parpadeándole las pestañas a él, y dejó caer su pañuelo blanco. Billy, con sus pensamientos en otro sitio, dijo, “Oiga, se le cayó su pañuelo.” La joven lo levantó y continuó caminando.

Billy escuchó música que procedía de más lejos calle abajo. Él siguió el sonido hasta que llegó a una arena de rodeo vacía. Allí, junto al establo, un vaquero anciano estaba rasgueando una guitarra y cantando:

Junto a la cruz do Jesús murió,
Junto a la cruz do salud pedí,
Ya mis maldades Él perdonó,
A Su Nombre gloria.

Pero este vaquero cantaba con más sentimiento de lo que Slim cantaba en la llanura. Este hombre cantaba el himno como que él lo decía en serio. Las lágrimas le estaban rodando por sus mejillas picadas de viruela. Al final del coro, él se volteó hacia Billy y dijo, “Hermano, tú no sabrás lo que es hasta que hayas recibido a este maravilloso Jesucristo.” Y él comenzó de nuevo el coro, “A Su Nombre gloria...” Billy se encasquetó el sombrero y se alejó. Su corazón se agitaba con sentimientos inexplicables. Para entonces Billy deambulaba de vuelta hacia el salón, sus compañeros de cuadrilla del rancho se estaban riendo ruidosamente, disparando contra los pies el uno del otro para hacer saltar el uno al otro, y apostando el uno con el otro \$ 5.00 dólares que podían caminar en línea recta— y cada uno de ellos estaba tan ebrio que tenía dificultades para poder permanecer sobre la acera. Billy los condujo en grupo hacia el automóvil y los llevó de vuelta a Wickenburg.

Pop, un anciano de la Policía Montada, estaba esperándolo junto a la puerta del corral. “Me temo que tengo malas noticias para ti,” dijo Pop. Él le entregó a Billy un telegrama que se leía, “Tu hermano Edward murió anoche. Ven a casa cuanto antes.”

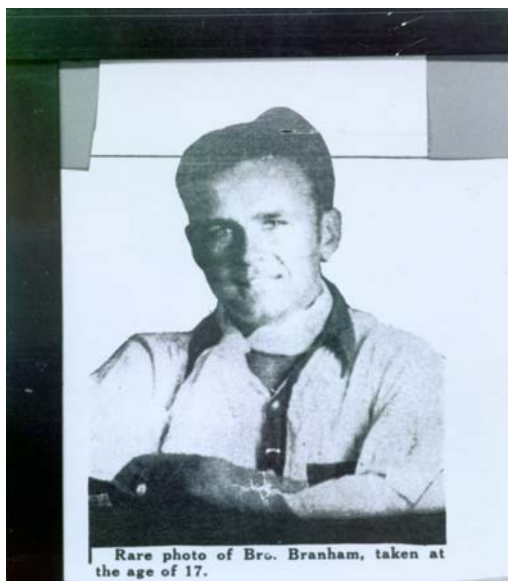
Las noticias lo dejaron estupefacto. Era el primer deceso que él había experimentado en su familia directa. Él se alejó de Pop y buscó por la llanura amarilla reseca por sol, las lágrimas le estaban rodando por sus mejillas. Él pensaba en qué difícil había sido la vida

para ellos dos cuando eran niños— asistiendo a la escuela sin suficiente ropa puesta, sin libros de texto, o papel, o lápices; y algunas veces sin suficiente alimento que comer. Luego Billy recordó el haberse robado aquel puñado de palomitas de maíz de su hermano. Oh, si él únicamente pudiera retroceder y volver a vivir eso, él nunca se robaría semejante banquete de un pobre amigo hambriento. Pero él no podía volver a vivir eso. Ahora él ni siquiera podía decir que estaba arrepentido. Edward ya no estaba. Billy se preguntaba si ¿acaso Edward estaba preparado para encontrarse con Dios? Entonces el pensamiento lo sobrecogió— ¿qué con respecto a sí mismo? ¿Acaso estaba *él* preparado para encontrarse con Dios?

Billy regresó a Jeffersonville para el funeral. Al término de su sermón el Rev. Mckinney dijo, “Pudiera haber alguien aquí que no conoce a Dios. Si es así, acéptelo ahora.” Billy se agarró de su asiento para impedir ponerse de pie. Algo extraño estaba tirando de su corazón— alguna clase de magnetismo que él no entendía. Cualquier cosa que fuese, lo estaba haciendo miserable.

Después del funeral Billy planeaba regresar a Arizona, pero su madre le rogó mucho que se quedara en Indiana que finalmente Billy accedió, a condición de que encontrara algún trabajo. Pronto él consiguió un trabajo excavando zanjas para tender tuberías para gas para la compañía de servicio público local, *Servicio Público de Indiana*. Él decidió que se quedaría en Jeffersonville, al menos por un tiempo.

La nieve cayó tardía en el otoño de 1929. Cuando Billy despertó y vio el suelo todo frío y blanco, él tomó una de las sábanas de su mamá, y se dirigió hacia el cementerio, quitó la nieve de la tumba de Edward, luego extendió la sábana sobre el túmulo fresco de tierra. Él deseaba que Edward estuviera calentito.



Billy en el Oeste.

Capítulo 8

Sigue La Señal

1929

EN OCTUBRE de 1929 quebró la bolsa de valores de Nueva York, hundiendo a los Estados Unidos en la peor pesadilla económica que jamás había visto. Millares de bancos cerraron sus entradas principales mientras los banqueros impotentes salían de puntillas por la puerta de atrás, un paso adelante de sus enfurecidos depositantes. Eventualmente la Gran Depresión tocó cada área de la economía. Las fábricas o disminuyeron la producción o cerraron completamente, los campesinos se ajustaron el cinturón o se fueron a la bancarota; el desempleo se elevó abruptamente al grado que uno de cada cuatro trabajadores Norteamericanos languidecía en desocupación.

Aunque el trabajo de Billy en el Departamento de Servicio Público de Jeffersonville pagaba únicamente 20 centavos de dólar la hora, él se consideraba afortunado de estar trabajando algo. Él todavía planeaba dedicar su vida algún día a la captura con trampas de pieles en las montañas allá en el Oeste, pero por ahora su salario se necesitaba en casa. La salud de su padre estaba menguando, debido a su continua y grave manera de beber. Charles Branham, ahora de treinta y ocho años de edad, no sólo estaba sin trabajo, sus oportunidades de conseguir un trabajo estable y conservarlo eran escasas. El 2 de Noviembre de 1929, *Ella* Branham dio a luz a su décimo y último hijo. Finalmente —después de nueve hijos— finalmente tuvo una niña. *Ella* le puso por nombre a su hija Fay Delores Branham, pero ella la llamaba por su segundo nombre. Así que de los 11 Branhams que vivían en una casa, únicamente Billy tenía empleo de tiempo completo. Billy sentía una obligación de ayudar a sostener al resto de la familia, al menos por unos cuantos

años más.

El trabajar para el Servicio Público de Indiana le sentaba bien al temperamento de Billy. Su trabajo lo mantenía al aire libre todo el año y las tareas variaban de semana en semana así que él rara vez estaba aburrido. Una semana él podía estar excavando zanjas para tender tuberías principales para gas; otra semana podría estar tomando lectura de medidores, o reparando fugas de gas, o subiéndose a postes de energía a reparar líneas de transmisión eléctrica. La única parte del trabajo que a él no le agradaba era cortar la electricidad a los clientes que no podían pagar sus recibos. Y con la Depresión acentuándose, eso sucedía muy a menudo para hacer lo que él no quería.

Tan contento como Billy estaba con su trabajo en la compañía de servicio público, con todo y eso los \$ 8.00 dólares a la semana no alcanzaban en una familia de 11 personas. Así que cuando se le ofreció trabajo de media jornada como un Guardabosque Suplente del Estado de Indiana, él aprovechó la oportunidad. Eso significaba que él saldría de la ciudad en una base regular a hacer una ronda por las regiones apartadas. La idea de que se le pagara por hacer lo que a él le encantaba hacer de todos modos parecía perfecta. En realidad, nunca resultó así. Su pago debía de ser una comisión sobre el número de infracciones que él expidiera a los violadores de la ley de caza. Pero Billy nunca podía él mismo intentar extender una infracción. Él sentía que se podía lograr más al sentarse con un cazador furtivo y explicarle sobre los beneficios de la conservación de la caza y la importancia de obedecer las leyes estatales. En efecto, Billy acababa donando su tiempo; pero para él, la satisfacción que ganaba de salir de la ciudad y recorrer a pie el campo poblado de árboles era suficiente recompensa.

Un día Billy fue programado a hacer una ronda por el Parque Estatal de Henryville, a 20 millas [32.19 kilómetros] al norte de Jeffersonville. Tan pronto como él abordó el autobús *Greyhound*, una sensación extraña recorrió su cuerpo— como una presión, casi como si alguna fuerza desconocida estuviera apretándolo. El autobús estaba atestado; los pasajeros ocupaban cada asiento, y muchos estaban de pie en el pasillo. Billy se abrió paso a empujones hacia el centro del autobús, deteniéndose entre una mujer robusta de mediana edad y un marinero. La mujer alzó la vista y dijo, “Hola,” mientras el autobús se alejaba de la estación.

Billy contestó, “Cómo le va,” y miró hacia afuera de la ventana, observando pasar las casas. Aquella fuerza extraña estaba apretándolo más fuertemente ahora. Parecía estar procediendo de esta mujer fornida. Por el rabillo de su ojo, Billy podía adivinar que ella estaba mirando fijamente directamente al rostro de él. Ella lo hacía sentirse incómodo.

Pronto ella comenzó la conversación. “¿Eres un oficial?”

Billy llevaba puesto su uniforme de guardabosque, con una pistola metida en una funda de pistola en su costado. “Soy un oficial de conservación,” correspondió él.

“Estás solo, ¿verdad?”

Billy disimuló su asombro, “No, señorita,” mintió él.

“Bueno, no estás en tu hogar,” dijo ella.

“Estoy en lo que pudiera considerarse un hogar.”

Ella meneó la cabeza. “No, tú naciste para el Oeste.”

Eso le produjo una conmoción a Billy tanto como si ella le hubiera derramado agua helada sobre su cabeza. “Oiga, ¿de qué está Ud. hablando?”

Ella dijo, “Tal vez es mejor que me explique. Ves, soy una astróloga.”

Billy gimió en su interior, pensando, “Aquí está otra de esa gente rara.” Él se apartó de ella, más cerca del marinero.

Ella lo siguió, tambaleándose con la vibración del autobús. Ella dijo, “Me gustaría platicar contigo unos cuantos minutos.” Billy se mantenía mirando hacia adelante, actuando como si no la oyera. Ella persistía, “¿Podría platicar contigo sólo un momento?”

Billy la ignoraba. Él pensó, “Esto no es muy caballeroso de mi parte, pero no quiero platicar con ella.”

Sin embargo la mujer no lo dejaba en paz. “Oye, tú, el oficial de conservación, ¿podría hablar contigo un minuto?”

Billy finalmente se dio la media vuelta y dijo bruscamente, “¿Qué desea?” Él se sintió culpable por su manera de actuar tan ruda, pero realmente él no deseaba platicar con una astróloga. Él se acordaba de lo que la gitana adivina le había dicho en el carnaval y el recuerdo lo inquietaba.

La mujer preguntó, “¿Eres un Cristiano?”

“No,” dijo con brusquedad. “Y ¿a Ud. qué le importa?”

Ella se encogió de hombros. “Oh, tan sólo preguntaba. ¿Sabías que naciste bajo una señal?”

Billy pasó saliva con dificultad. “Mire, señora, yo no quiero saber nada tocante a eso, ve. Sé que estoy siendo brusco con Ud., pero no es mi intención el serlo. No quiero saber nada al respecto.”

Ella se retiró no muy lejos. “Oh, no seas tan áspero.”

“Bueno, no es mi intención herir sus sentimientos, pero no sé nada respecto a ningunas cosas religiosas y no deseo saber.” Billy se alejó de ella y fijó la mirada más allá del marinero hacia enfrente del autobús.

“Vaya, no deberías actuar así. Esto no tiene nada que ver con la religión. Voy rumbo a Chicago a ver a mi hijo, quien es un ministro Bautista. Yo trabajo en la Casa Blanca. ¿Sabías que la posición de las estrellas afecta los eventos aquí en la tierra?”

“Yo no sé nada de eso,” dijo Billy.

Ella dijo, “Hay un marinero de pie enfrente de ti. Pregúntale si la luna no controla la marea.”

“Tengo suficiente cordura para saber eso,” dijo con brusquedad.

La mujer continuó, “Bueno, existen muchos otros cuerpos celestes que tienen significación sobre la tierra. Si yo pudiera decirte exactamente cuándo naciste, ¿me creerías?”

Billy frunció el ceño incómodamente, “Ud. no puede hacerlo en primer lugar.”

Ella sonrió. “Oh, sí puedo. Tú naciste el 6 de Abril de 1909, a las cinco de la mañana.”

El aspecto brusco de Billy se desmoronó en asombro. “Así es. Ahora, dígame a este marinero cuándo nació él.”

Ella dijo, “No podría hacerlo. Ves, tú naciste bajo una señal. ¿No te han hablado los ministros alguna vez tocante a esto?”

“Yo no tengo nada que ver con predicadores; nada en lo absoluto.”

La vista de la mujer se desvió por un momento, mientras su mente seguía ese pensamiento. “¿No es extraño que los predicadores no supieran eso?”

Billy repitió, “Yo no pierdo el tiempo en derredor de donde están ellos.”

Ella enfocó su vista una vez más en él. “Mira, quiero decirte algo. Tú naciste bajo una señal como un don para la humanidad. Si tú únicamente pudieras reconocer eso—”

Él interrumpió, “Tal vez seré otro Daniel Boone. Me agrada cazar y nací en Kentucky.”

“No, eso no es de lo que estoy hablando.”

“Bueno, tal vez seré un hombre de negocios. Tengo educación de escuela primaria.”

A ella no le caía en gracia eso. “Eso no es de lo que estoy hablando. Yo no sé lo que tú serás, pero puedo ver por tu aura que naciste como un don. ¿Recuerdas la historia sobre cómo es que los ‘magos’ fueron guiados por una estrella al niño Jesús?”

“Yo no sé nada de religión.”

“Pero has oído tocante a los ‘magos’ que vinieron a ver al niño Jesús, ¿verdad?”

“Sí.”

“Bueno, ¿qué son los ‘magos’?”

“Oh, ellos eran tan sólo hombres *magos*, eso es todo lo que sé.”

Ella le explicó, “Los ‘magos’ eran la misma cosa que soy yo; ellos eran astrólogos, astrónomos. Tú sabes, antes que Dios haga cualquier cosa en la tierra Él siempre lo declara primero en los cielos. Eso es lo que Él hizo cuando nació Jesús— tres cuerpos celestes se alinearon y formaron una conjunción que captó la atención de algunos astrólogos que vivían en el Oriente. Uno de ellos era del linaje de Cam, otro de Sem, y el otro Jafet— los tres hijos de Noé. Ellos representaban a todas las gentes de la tierra. Cada uno de estos tres hombres viajó hacia el occidente separadamente, sin saber que los otros venían hasta que se encontraron en Jerusalén. Luego fueron a Belén y encontraron al niño Jesús. Ellos sabían que Jesús era Aquel que estaban buscando por causa del color de Su aura. Tú sabes lo que es un *aura*, ¿verdad? Es la luz sobrenatural del alma. Todos tienen un aura; ellas vienen en diferentes colores y cada color significa algo. *Oro* significa un don de Dios. Así que estos tres ‘magos’ adoraron a Jesús y le dieron dones. Ellos se marcharon de igual manera que aquellos tres cuerpos celestes se estaban dividiendo en sus órbitas individuales. En conmemoración del más grande don que Dios alguna vez le dio a la humanidad —Su propio Hijo, Jesús— cada vez que esos tres cuerpos celestes regresan en una línea, Dios envía un don menor al hombre. Tú naciste en semejante conjunción. Tú tienes un aura de oro rodeándote. Esa es la manera que yo sé el día y la hora de tu nacimiento y esa es la manera que yo sé que tu destino radica en el Oeste.”

Por cortesía, Billy había tratado de escuchar pacientemente; pero ya él había escuchado suficiente. “Señora, todo lo que sé es que soy

un guardabosque de Indiana, y estoy haciendo lo mejor que puedo. No soy religioso, ¡y no deseo oír más tocante a eso!”

Billy se movió hacia la parte de enfrente del autobús, poniendo al marinero entre él mismo y la astróloga, terminando eficazmente la conversación.

Todavía no era fácil de olvidarse el incidente, y eso atribulaba sus pensamientos en más de una ocasión. Su vida parecía tan diferente de la mayoría de las personas que él conocía; pero ¿un don? ¿Qué podía significar eso? Y ¿qué era eso respecto a él que atraía a estas personas extrañas? La adivina había dicho que ella veía una luz siguiéndolo; esta astróloga la había llamado un aura. Billy no podía hacer conciliar eso. Las preguntas le daban vuelta y alrededor de su mente como crema en una lechera. ¿Por qué era él tan diferente? ¿Por qué él había sentido esa presión tan aguda tan pronto como abordó el autobús *Greyhound*? Y ¿por qué se sentía tan miserable cuando se presentaba el tema de la religión? ¿Acaso tenía él miedo? ¿Tal vez Dios lo estaba buscando, y él estaba tratado de esconderse? Y ¿qué quiso decir esa mujer cuando ella dijo que su destino radicaba en el Oeste?

Capítulo 9

Su Última Oportunidad

1931 — 1932

A MEDIDA QUE WILLIAM BRANHAM entraba en sus 20's, él por mero accidente encontró una manera de obtener algún dinero extra. Un día él pidió prestada una motocicleta *Harley-Davidson*. Mientras iba corriendo por un camino de grava, perdió el control de la máquina y se fue patinando y cayó en una zanja enfrente de un campo de entrenamiento para boxeadores. Varios hombres vieron el accidente y corrieron al otro lado del camino para ver si se había lastimado. Afortunadamente Billy no se había herido de gravedad, pero él se sentía demasiado tembloroso para subirse y manejarla. Así que los hombres lo invitaron a pasar y que viera unas cuantas peleas hasta que se sintiera mejor. En cuanto Billy entró en el cuarto, uno de los entrenadores llamado George “Seis Segundos” Smith, abrió la puerta de una jaula. De allí salió volando un canario, aleteando alrededor del cuarto tan rápidamente que Smith no podía atraparlo. Pero cuando el pájaro pasó silbando por la cabeza de Billy, Billy lo agarró en pleno vuelo.

“Seis Segundos” Smith silbó en admiración. “Nunca he visto manos tan rápidas en mi vida. Joven, ¿alguna vez has considerado el boxeo profesional?”

Ese comentario improvisado puso a Billy a pensar respecto a boxear profesionalmente, y pronto él estaba ocupando mucho de su tiempo libre entrenando para el deporte— corriendo de siete a ocho millas [11.27 a 12.88 kilómetros] diarios, entonces destacándose en el campo de entrenamiento donde él daba golpes a un saco de arena hasta que algún boxeador le pidiera pelear con él en el cuadrilátero. Observando el entrenamiento de Billy, “Seis Segundos” Smith pronto estuvo más impresionado con la determinación de Billy que

con su velocidad. El entrenador se pasó muchas horas con Billy enseñándole el movimiento correcto de los pies, movimientos de manos, y lo más importante de todo, cómo recibir los golpes de otro boxeador sin desplomarse.

George Smith recibió su apodo después de su primera pelea profesional cuando derrotó a su oponente en seis segundos justos. Smith era como ocho años mayor que Billy, y como treinta y cinco libras [15.87 kilogramos] más pesado, y era el hombre más rudo que jamás había conocido en su vida. La primera vez que Billy subió al cuadrilátero con su entrenador, “Seis Segundos” le dio una paliza despiadadamente. En una ocasión Smith golpeó a Billy tan duro que salió volando por encima de las cuerdas y cayó con gran estrépito en algunas sillas plegadizas afuera del cuadrilátero. A Billy le tomó un tiempo prolongado en ponerse de pie. Cuando finalmente recuperó el aliento, le dijo, “‘Seis,’ ¿por qué me tratas así?”

Smith se rió y dijo, “Este tipo de entrenamiento te hará tanto bien.”

“¿Hacerme bien? ¿Cómo puede hacerme bien? Casi me estás matando.”

“Mira Billy, no me importa cuán apto eres físicamente, cada vez que recibes un golpe, eso produce una conmoción en tu sistema y se detiene el flujo sanguíneo al corazón. En el boxeo uno tiene que aprender a cómo recibir un golpe tan fuerte e incorporarse enseguida. Si tu cuerpo no está acostumbrado a incorporarse de inmediato, te quedarás tirado y el conteo transcurrirá. Pero si estás acostumbrado a eso, aún si eres derribado te incorporarás de nuevo de inmediato. Así que esa es la manera en que entreno. Yo no podría simpatizarte ahora, pero me apreciarás cuando entres en la competencia.”

Billy subió de nuevo al cuadrilátero y continuó. Eventualmente él ganaba tal control de sí mismo que “Seis Segundos” Smith podía darle golpes en el estómago lo suficientemente fuertes que lo arrojaban contra las cuerdas, y eso no le molestaba ni un poquito a Billy— él volvía a su posición y seguía peleando.

Billy tuvo éxito en el cuadrilátero. Ya sea como entrenador de boxeador o peleando profesionalmente, él entregaba todo lo que tenía. El boxeo liberaba sus emociones; el enojo y la confusión se reprimieron por tanto tiempo que disparaba sus brazos como una descarga de ametralladora. En los siguientes cuantos años él peleó 15 asaltos profesionales en la división de peso gallo (118 libras)

[53.52 kilogramos]. Él ganó cada combate, incluyendo los campeonatos de peso gallo en tres estados. Cada victoria destellaba más elogios y aumentaba la confianza de Billy en sí mismo. Nunca antes había experimentado semejante reconocimiento, semejante aceptación. Él comenzaba a sentirse como que era alguien y que su vida valía la pena. Entonces en el Otoño de 1931, su serie de victorias llegó a un fin abrupto; no de otro boxeador profesional, sino de dos trampas del destino que conspiraron juntas para cambiar su vida para siempre.

Un día Billy estaba reparando medidores en las Obras de Gas de New Albany. Mientras probaba las fugas, los gases superaron sus sentidos y él se desplomó en el piso. Las consecuencias de este accidente lo molestaban constantemente— le dolía la cabeza; su visión se empañaba; él tenía problemas al comer; su estómago se volvía ácido y le dolía cada vez que el alimento lo tocaba; y los ácidos digestivos subían a la garganta hasta quemar su boca. Su empleador, el Servicio Público de Indiana, le pagó para que visitara a varios médicos especialistas en Louisville, Kentucky, pero estos doctores tenían dificultad para insolar su problema. Después de exámenes repetidos, finalmente supusieron que tenía apendicitis. Eso sorprendió a Billy, por cuanto el dolor se ubicaba en su estómago, no en su costado. Pero los especialistas lo convencieron que el envenenamiento causado por el gas había solamente confundido la búsqueda, ocultando los síntomas de la apendicitis. Ellos insistieron en que su apéndice estaba inflamado y tenía que ser extraído.

Billy accedió contra su voluntad que lo operaran, pero únicamente si ellos usaban una anestesia local. Él tenía recuerdos espantosos de su operación a la edad de 14, cuando sus piernas habían sido destrozadas por aquella descarga de la escopeta. En aquel entonces él casi no había salido bien de los efectos de la anestesia; y él nunca podía olvidar aquella horrible experiencia donde él estaba cayendo a través de las regiones de los perdidos y de las almas a la deriva— la oscuridad, la niebla, la soledad; ¡y aquellos rostros horripilantes! ¡El nunca deseaba ver ese sitio otra vez!

Nervioso y asustado, Billy deseaba a alguien cerca de él durante la operación que supiera cómo orar, así que él le pidió al ministro de la Primera Iglesia Bautista local que estuviera al lado de él. El apéndice fue removido exitosamente y Billy fue llevado de vuelta al cuarto.

Acostado plenamente consciente en su cama del hospital, Billy sentía que su pulso se debilitaba más cada minuto. Él intentó hacer contacto con la enfermera, pero su voz era un susurro y sus brazos estaban demasiado débiles para moverlos. Su respiración se volvió baja; el latido de su corazón disminuyó al grado que apenas respiraba algo. Él pensó, “¿Es esta la muerte? ¿Acaso me estoy yendo?”

La luz en su cuarto bajó, las paredes se desdibujaron y tomaban formas sombrías parecidas a árboles. Él parecía estar en un bosque oscuro y frío. En algún sitio allá a lo lejos él podía oír un viento soplar. Débil al principio, el ruido aumentaba lentamente, viniendo en dirección suya. La mente de Billy se despertaba con pánico. “¡Esto es! ¡Esta es la muerte que viene a llevarme!” Él trató de orar, pero no podía encontrar las palabras. El viento se aproximaba más y más, al grado que las ramas de los árboles alrededor de él se sacudían con su fuerza. Entonces todo cambió; los bosques oscuros de pronto desaparecieron y Billy se halló a sí mismo de pie en la sombra de un álamo plateado. Era el mismo árbol que él siempre había evadido ya que él lo había asustado tanto cuando era niño. El aire se sentía estático y sofocante, parecido a un día con 99 por ciento de humedad. El sonido de las hojas susurrando tornó la vista de Billy hacia arriba. Él vio aquel mismo torbellino dando vueltas en las ramas superiores; oyó aquella misma voz grave decir, “*Nunca bebas, ni fumes, ni deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Yo te llamé, y tú no quisiste ir.*” El pensamiento de Billy retrocedió a aquel día tantos años atrás cuando esta voz le había dicho, “—*hay una obra para ti cuando tengas mayor edad.*” Ahora la voz repetía su acusación, “*Yo te llamé, y tú no quisiste ir.*”

Billy se sentía aterrado. ¿Él había pasado por alto el motivo de su vida? ¿Era demasiado tarde? Él preguntó en voz alta frenéticamente, “¿Quién habló? ¿Quién es Ud.? Y ¿qué desea que haga yo?”

La voz repitió por tercera ocasión, “*Yo te llamé, y tú no quisiste ir.*”

Billy exclamó, “Jesús, si ese eres Tú, permíteme regresar a la tierra otra vez y yo predicaré Tu Evangelio a los cuatro vientos y en las esquinas. ¡Yo les diré a todos sobre eso!”

En un instante Billy estaba de vuelta en su cama del hospital. El latido de su corazón fuerte y sus pulmones aspiraban profundo. Él iba a vivir.

El cirujano, de pie junto a su cama, estaba notablemente sorprendido al ver las mejillas de Billy rojas rebosantes y el que recobrara su fuerza tan rápidamente. Dirigiéndose a Charles y Ella Branham, comentó, “Yo no soy una persona que asista a la iglesia. El ejercicio de mi profesión es tan extenso que no he tenido tiempo. Pero yo sé que Dios ha visitado a este muchacho.”

Por necesidad regresó a trabajar tan pronto como los puntos de sutura podían soportar el esfuerzo. Desafortunadamente la operación no curó ninguno de sus síntomas originales. Por todo el invierno de 1931 a 1932, su condición se empeoraba constantemente. Su estómago rechazaba casi todo lo que él trataba de comer, obligándolo a vivir apenas de agua y jugo de ciruela pasa—e incluso eso le caía mal. Sus ojos contrajeron astigmatismo y él no podía ver sin lentes gruesos. En cualquier momento que se quitaba los lentes, su cabeza se sacudía tanto que un peluquero ni siquiera podía cortar el pelo.

Los especialistas en Louisville estaban perplejos. Después de una serie de reconocimientos médicos, un doctor dijo, “Sr. Branham, me temo que su estado de salud no tiene remedio. Su estómago es un gran fajo de úlceras. Ud. tendrá que comer una estricta dieta suave el resto de su vida. Nunca olvide eso, porque un bocado de alimento sólido le matará a Ud.”

Billy regresó a casa, enfermo y deprimido. Pero al menos estaba vivo. Ahora él estaba resuelto a encontrar a Dios a fin de cumplir su promesa. Él comenzó a leer de cabo a rabo la Biblia en serio. Cuanto más leía, más se animaba. Él podía en realidad identificarse con algunas de las experiencias sobre las cuales él estaba leyendo—tales como cuando hombres y mujeres oyeron la voz de Dios hablándoles directamente. ¿Podía aquello haber sido Dios hablándole a él desde aquel álamo cuando él era un niño? Él siempre había tenido la impresión que Eso era, pero nunca estuvo completamente convencido hasta que leyó donde Dios le habló a Job desde un torbellino.¹ Eso lo convenció. Luego, a medida que él se introducía en las vidas de Jesús, Pedro, y Pablo, Billy Branham ardía de emoción. Aquí estaban las explicaciones para aquellas extrañas condiciones, como éxtasis que él había experimentado, donde él estaba completamente despierto y de pronto descubrir que estaba en

¹ Job 38:1 y 40:6

algún otro sitio, viendo suceder algo que parecía tan real como los zapatos en sus pies. La Biblia las llamaba visiones. Tal vez su vida no era tan extraña después de todo. Tal vez tan sólo era Dios tratando con él.

Billy comenzó a visitar diferentes iglesias dentro del área, preguntando cómo podría tener un encuentro con Dios. Pero en vez de encontrar un acuerdo general y un sendero bien definido, él encontró opiniones contrapuestas las cuales criaban confusión. La Primera Iglesia Bautista quería que él pusiera su nombre en el registro de la iglesia de ellos, y ellos le darían una carta de aceptación. Los Luteranos querían que él acudiera a las clases de Confirmación. Los Católicos decían que él necesitaba reconocer al Papa como la suprema autoridad de Dios sobre la tierra y acudir a misa cada Domingo. Los Adventistas del Séptimo Día le dijeron que él necesitaba guardar el Sábado como el Día de Reposo. Cada iglesia sentía que tenía un monopolio sobre la verdad, con exclusión de las demás.

Billy no sabía qué hacer. Él no tenía idea de dónde encontrar a Dios. Entonces él pensó, “¿Sabes?, yo lo vi a Él en la naturaleza. Creo que iré a hablar con Él allá en los bosques.”

Él se fue andando a uno de sus sitios de cacería favoritos, pero eso no sirvió de mucho. Él no sabía qué decir y se sentía ridículo hablando cuando no parecía haber alguien allí que escuchara. Entonces se le ocurrió una idea. ¿Por qué no escribirle una carta a Dios? Ello parecía como un buen plan, así que él escribió:

Estimado Señor:

Yo sé que Ud. pasa por aquí por este sendero, porque yo me siento aquí a cazar ardillas y yo sé que Ud. pasa. Yo le deseo. ¿Podría Ud. venir a platicar conmigo en alguna ocasión? Quiero decirle algo.

Billy Branham

Fijando con tachuelas esta carta a un árbol, Billy se fue a casa, imaginándose que él regresaría después para ver si había resultado algo seguro de eso. Pero al día siguiente él tenía algunas dudas, pensando, “Ahora espera un momento. Yo nunca he visto a nadie allá en los bosques. Aparte de eso, si Dios está en todas partes,

entonces yo debería poder comunicarme con Él en la ciudad con la misma facilidad como en el campo. Por eso me lleva otra vez a mi problema original. Yo deseo hablar con Dios, pero no sé cómo voy a lograrlo.”

Él se fue al viejo cobertizo detrás de su casa y cerró la puerta. El interior del cobertizo goteaba de humedad de una lluvia de la noche anterior. Haciendo caso omiso de la humedad de la tierra, Billy se puso de rodillas al lado de un destrozado *Ford Modelo T*. Su pensamiento estaba ligado a su propósito, desesperado por hablar con su Creador, Él murmuró, “Ahora, ¿cómo llevo a cabo esto? He visto cuadros de gente orando y creo que ellos ponen sus manos *así*.” Él puso las palmas de sus manos juntas enfrente de él en la clásica postura de oración. “Ahora ¿qué es lo que voy a decir? Existe algún modo que uno tiene que hacer esto y yo no sé cuál es.” Él decidió que la única manera que él iba a llegar a cualquier parte era equivocarse e intentar. “Estimado Señor, deseo que viniera y hablara conmigo tan sólo un momento. Quiero decirle cuán malo soy.” Él se detuvo a escuchar. El cobertizo permaneció perfectamente quieto. “Tal vez yo debí poner mis manos *así*.” Él entrelazó sus dedos e intentó otra vez, “Estimado Señor, yo no sé exactamente cómo hacer esto, pero confío que Ud. entienda. ¿Me ayudará Ud.?” Se detuvo a escuchar— nada.

Para este entonces el dominio de sí mismo acabó completamente. Las lágrimas inundaban sus ojos mientras él hablaba con efusión excesiva, “Señor, aún si Ud. no habla conmigo, yo voy a hablar con Ud. de todas maneras. Sr. Dios, no soy bueno. Estoy avergonzado de mí mismo. Me pesa el no haberle hecho caso a Ud. todos estos años. Pero ahora le deseo a Ud. Por favor, venga y platique conmigo.”

De pronto su cuerpo se sintió extraño. Cuando él abrió sus ojos y alzó su cabeza, un escalofrío recorrió su espina dorsal. Flotando de enfrente de él estaba una luz ámbar brillante, formando en el aire una cruz perfecta. De entre la intensidad de su energía procedió una voz, hablando en un lenguaje que no se parecía a ninguno que Billy hubiese oído antes. Entonces se desvaneció.

Billy permaneció de rodillas, sin aliento y paralizado, sin poder moverse. Finalmente cobró la fuerza para decir, “Señor, yo no entiendo Su lenguaje, pero deduzco que debo estar considerado en esa cruz... y mis pecados deben estar allí. Si Ud. me perdona, entonces tan sólo regrese y hable en Su propio lenguaje otra vez. Si

Ud. no puede hablar mi lenguaje. Yo entenderé por medio de eso.”

La cruz apareció otra vez, radiante con luz y calor. Billy cerró sus ojos y extendió sus brazos. Él experimentó una sensación peculiar que se sentía como gotas de lluvia cálida que estaba lloviendo a cántaros sobre su cuerpo. De pronto él se sintió tranquilo y libre, como si una carga de cien libras [45.63 kilogramos] hubiese sido levantada de sus hombros. Cuando abrió sus ojos, la luz ya no estaba.

Emocionado hasta el desbordamiento, Billy corrió del cobertizo y entró precipitadamente a la casa. Sobresaltada, su madre preguntó, “Billy, ¿qué ocurre? ¿Estás nervioso?”

“No, mamá. Algo espléndido acaba de suceder.”

“¿Qué es?”

“No lo sé, pero tan sólo me siento muy bien.”

Él salió de vuelta precipitadamente, buscando un conducto para liberar su gozo. Una vía de ferrocarril pasaba por detrás de la casa. Billy se trepó al terraplén y corrió por la vía, deteniéndose de vez en cuando para dar saltos en el aire y dar puñetazos con sus muñecas, entrenándose con un adversario imaginario para desahogar sus sentimientos. Al fin, después de tanto, él había encontrado a Dios en la cruz de Jesucristo.

Unos cuantos días después *Ella* dijo, “Billy, anoche tuve un sueño concerniente a ti. Te vi parado sobre una nube blanca, predicándole a todo el mundo.”

Eso sorprendió a Billy de una manera muy peculiar, porque su madre casi nunca soñaba.

Capítulo 10

Primera Prueba de Fe

1932

EN EL OTOÑO DE 1932 William Branham estaba revisando los medidores de electricidad en la acera de una calle en New Albany, Indiana cuando un automóvil se estacionó detrás de su camioneta de trabajo. La puerta del automóvil se abrió y salió una hermosa jovencita. Su cabello negro relucía en la luz del sol y sus ojos oscuros parecían brillar con un fuego interior. Un vistazo en dirección de ella y Billy perdió su resolución de ser un soltero.

La jovencita hizo desaparecer las arrugas de su vestido, agarró un paquete del asiento del automóvil, y comenzó a alejarse. Billy comenzó a sudar. Si él no decía algo ahora mismo, tal vez él nunca la volvería a ver. Él dio un paso decisivo, “Cómo le va, señorita. Espléndido día, ¿verdad?”

La muchacha se dio media vuelta y sonrió. “¿Espléndido? ¡Magnífico!” Ella levantó sus manos y dio vueltas en forma de círculo. “Tan sólo mire a los arcos, todos color naranja y rojos. Ellos son absolutamente atractivos.”

“Sí, me supongo que son— ah— atractivos.” Él estaba pensando que ella era la cosa que era atractiva. “Me llamo Billy Branham. Trabajo para el Departamento de Servicio Público y yo tan sólo estaba revisando estos medidores.”

Ella extendió su mano. “Gusto en conocerte, Billy. Soy Hope Brumbach. ¿Tal vez has oído de mi padre, Charles Brumbach? Él es un encargado en la vía férrea.”

“No, creo que no lo conozco. ¿Vives por aquí?”

“En aquella casa que está allá.” Ella señaló a una casa calle arriba.

Billy sintió como que estaba haciendo algunos progresos— él no solamente conocía el nombre de ella, él también sabía en dónde

vivía. Pero eso no era suficiente. Él seguía haciéndole preguntas a Hope, buscando un pretexto para verla de nuevo. Mientras él tanteaba, se enteró que ella era una Cristiana y que acudía a la Iglesia Misionera Bautista local ubicada en la Calle Watt en Jeffersonville. Esa fue su primera “apertura de brecha.” “¿Sabes? Acabo de convertirme en un Cristiano hace unas cuantas semanas y no estoy asistiendo a ninguna iglesia en particular— tal vez visitaré tu iglesia este Domingo para ver qué me parece.”

“Te reservaré un lugar,” dijo ella con una sonrisa.

Cuando Billy apareció en la iglesia el Domingo siguiente, él encontró un asiento vacío esperándolo al lado de Hope. Después del culto, ella platicó con él por un rato antes de irse a casa. Alegre y agradable, esta muchacha de 19 años de edad le interesaba como ninguna otra mujer que él alguna vez había conocido. Había algo refrescante respecto a su alegría y su inocencia. Como un imán ella lo atrajo de vuelta a la iglesia en la Calle Watt una y otra vez hasta que él llegó a ser constante.

Billy admitía que la razón que escogió la Iglesia Misionera Bautista por encima de cualquier otra iglesia en la ciudad era sencillamente porque Hope Brumbach asistía allí. Sin embargo, él pronto manifestó un profundo respeto por su pastor. El Dr. Davis predicaba que Dios no era mejor que Su Palabra y que un Cristiano no era mejor que su fe en la Palabra de Dios— un dicho que parecía a Billy como la verdad absoluta. El Dr. Davis exhortaba constantemente a su congregación a creer la Palabra de Dios con todos sus corazones y a poner en práctica esa Palabra en sus vidas cotidianas. Además, este pastor parecía vivir lo que él predicaba.

Una mañana en la iglesia el Dr. Davis relató una historia de cómo cuando él era un joven, había habido un cierto inconverso cruzando la nación, parándose de iglesia en iglesia, y desafiando la fe Cristiana a una severa prueba. El Dr. Davis lo oyó en una gran reunión en Memphis, Tennessee. El hombre leía Marcos el capítulo 16 donde dijo Jesús, “*Y estas señales seguirán a los que creen; En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán las manos, y sanarán.*” Entonces el inconverso ponía una botella de ácido sulfúrico sobre el estrado y desafiaba a la audiencia, “Cualquiera de Uds. personas que están aquí que están supuestos a ser Cristianos, Jesús dijo que si

Uds. creían, podrían beber cosas mortíferas y no les harían daño. Ahora si esa es la Palabra inspirada de Dios, entonces bébanse este ácido sulfúrico.” Él repetía su desafío varias veces, criticando a los Cristianos por su falta de fe y mofándose de la mismísima idea que existiera Dios.

El joven Dr. Davis le dijo a un anciano obispo Metodista que estaba sentado a su lado, “Si ese inconverso vuelve a lanzar ese reto, yo voy a subir allí y beberme eso.”

El obispo intentó disuadirlo. Le dijo, “El hombre tan sólo se está volando sus propios sesos. No le hagas caso, hijo. La Biblia dice, ‘No tentarás al Señor Tu Dios.’”

Pero el Dr. Davis estaba decidido, “No, no lo dejaré en paz. Y si muero en esta situación, ¡me iré al cielo creyendo la Palabra de Dios!”

El inconverso se reía mientras que los Cristianos se sumían en sus asientos. “¿Qué de Uds. fulanos allí que creen que Dios es tan real? Intenten la prueba de este ácido sulfúrico.”

El Dr. Davis se subió al estrado, se volteó, y le habló a la audiencia como de 3,000 personas. “Tengo veinticinco años. Soy un ministro del Evangelio. Yo sé que mi Dios puede librarme de ese ácido sulfúrico; pero sin embargo, si Él no lo hace, nunca permitiré que este inconverso se pare y desafíe la Palabra de Dios de esta manera.” Agarró el ácido sulfúrico y se bebió la botella completa sin siquiera sufrir una punzada del mal efecto. Entonces él predicó el Evangelio con tal convicción que 1,500 personas volvieron a dedicar sus vidas a Jesucristo.

Mientras Billy escuchaba esta historia, él pensaba que el obispo Metodista había mostrado mayor cordura que el joven Dr. Davis. ¿Por qué debería alguien tener que probar a Dios? ¿No había dicho Jesús respecto a los Fariseos incrédulos, “Dejadlos. Si el ciego guía al ciego, no caerán ambos al hoyo”? Pero aunque Billy no estaba de acuerdo con lo que el Dr. Davis había hecho, seguía admirando la fe de su pastor.

El estar expuesto a un hombre de tan profunda convicción inspiró a Billy a poner atención minuciosa a la Palabra de Dios. El primer corito que Billy aprendió en la iglesia decía, “Ser como Cristo, ser como Cristo, ese es mi anhelo ser como Él. En mi camino de aquí a la Gloria, ese es mi anhelo ser como Él.” Esa llegó a ser la oración constante en el corazón de Billy— “Jesús ayúdame a ser como Tú.”

Después de leer de cabo a rabo el Nuevo Testamento por segunda ocasión, Billy entendió que necesitaba ser bautizado. Él leyó en Mateo 28 donde Jesús le dijo a Pedro y a los otros discípulos el *“Haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”* Luego leyó en Hechos el capítulo 2 donde varias semanas después Pedro le ordenó a la gente que *“bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo.”* Le parecía a Bill que si alguien sabía a lo que Jesús se refirió cuando dio Su gran comisión, debían haber sido Pedro y el resto de los discípulos. Así que Billy le pidió al Dr. Davis que lo bautizara de la misma manera que bautizaron los apóstoles en el Libro de los Hechos. Aunque esto rezaba contrario a la doctrina de la Iglesia Misionera Bautista, el Dr. Davis lo complació, y Billy fue bautizado en el Nombre del Señor Jesucristo.

Habían pasado los meses desde su accidente en las Obras de Gas de New Albany. La salud de Billy se había empeorado en vez de mejorarse. Ahora su cabeza se sacudía incluso cuando él traía puestos los lentes gruesos. Su estómago le dolía la mayor parte del tiempo, a pesar de su régimen suave de apenas agua y jugo de ciruela pasa. Lo más alarmante de todo, él podía sentir que su fuerza y energía estaban menguando lentamente a causa de su dieta desequilibrada.

Pero ahora él tenía una medicina nueva— fe. Él leyó donde Jesús dijo, *“Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.”*² Luego le leyó en Santiago 5, *“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará...”* Esa fue su respuesta. Inmediatamente después de leer esto, Billy corrió a la casa del Dr. Davis, pidiéndole al anciano que lo ungiera con aceite y ofreciera oración. Entonces, regocijándose y declarando su sanidad, se marchó a casa.

Esa noche en la cena Billy puso su Biblia sobre la mesa, anunció su sanidad, y declaró que de ahora en adelante él comería como el resto de ellos.

Angustiada en esta idea, su madre advirtió, “Billy, yo no tengo inconveniente en que tengas religión, pero tú sabes lo que dijo el doctor— Un bocado de alimento sólido te costará la vida.”

² Mateo 21:22

Billy respondió, “Yo también sé lo que Dios dijo, ¡y Él dijo que estoy sano! ¿Podemos orar?” Nunca antes había sido ofrecida una oración en la mesa de los Branham. Charles no supo qué hacer así que tan sólo se movió nerviosamente en su silla. Ella le echó a su hijo una mirada desvalida de preocupación, luego prorrumpió en lágrimas. Billy inclinó su rostro y oró, “Dios, si muero, voy al hogar confiando en Ti. Tu Palabra dice que estoy sano. Tengo que considerar ya sea lo que dijo el doctor o considerar lo que Tú dijiste. Yo he tomado la palabra del doctor por un año y no estoy mejor; de hecho, me estoy empeorando. Ya no consideraré lo que dijo el doctor. Ahora estoy considerando lo que Tú dijiste. Por favor bendice este alimento para nuestros cuerpos; lo pido en el Nombre de Tu Hijo, Jesucristo. Amén.”

Apartando con la mano el vaso de jugo de ciruela pasa, Billy mismo se sirvió frijoles, cebollas, y pan de maíz. Tan pronto como el primer bocado tocó su estómago, comenzó a regresarlo. Él puso su mano sobre sus labios para mantenerlo en su boca, luego lo tragó de nuevo. Lo devolvió de inmediato. Una vez más él lo tragó. Una y otra vez su estómago protestaba por la invasión de alimento sólido, teniendo nauseas, bañando su garganta y boca con ácido que quemaba. Billy se negó a considerar su estómago. Él mantenía sus pensamientos en lo que Dios dijo al respecto, no a cómo él se sentía; y él continuó tragando aquel mismo bocado de frijoles hasta que finalmente aquello se aplacó.

Después de la cena, Billy se encerró en su cuarto. Su estómago le dolía tan gravemente que ello producía lágrimas en sus ojos. Periódicamente él eructaba y agua ácida salía a gotas de su boca. Débilmente él cantaba un corito sencillo que había aprendido en la iglesia, “Yo puedo, lo haré, sí creo; Yo puedo, lo haré, sí creo; Yo puedo, lo haré, sí creo, que Jesús me sana ahora.” Él se desplomó en su cama. Con una voz apenas más alta de un murmullo dijo, “Señor, te estoy tomando en Tu Palabra.”

Su madre tocó la puerta, “¿Cómo te sientes, Billy?”

“Me siento bien.”

“Llamé al doctor. Él dijo que te vas a morir.”

Billy se tragó el ácido estomacal en su boca, “No me voy a morir, mamá. Me siento espléndidamente”— no refiriéndose a los sentidos de su cuerpo, pero cómo se sentía él en cuanto a la promesa de Dios.

A la mañana siguiente aquella olla de frijoles todavía estaba en la

parte de arriba de la estufa. *Ella* se dio la media vuelta cuando vio que su hijo entró a la cocina. “¿Qué quieres de desayuno, Billy?”

“Quiero más frijoles y pan de maíz.”

Los días pasaron, y él seguía sufriendo. Cada alimento era una lucha física— su estómago le daba vueltas con amarga protesta; su cabeza le daba vueltas con mareos. Pero en los terrenos de la fe él no se forcejeaba o flaqueaba. Él se mantenía repitiendo para sus adentros las palabras de Jesús, “*Si puedes creer, al que cree todo le es posible.*”³ Esa era su ancla, y a pesar de todos sus síntomas en contra, él se mantenía testificando que Jesucristo lo había sanado.

Él también leyó la amonestación del apóstol Pablo, “*No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros.*”⁴ Ante estas palabras una angustia de culpa remordió su corazón. En el momento presente él debía \$ 2,000 dólares en recibos médicos relacionados con su operación. Después de orar a este respecto, él entendió que Dios no les estaba prohibiendo a los Cristianos contraer deudas; más bien, Dios les estaba diciendo a los Cristianos que pagaran lo que pudieran de sus deudas y no las dejaran que se alargaran innecesariamente. Billy le debía \$ 300 dólares al farmacéutico, el Sr. Mason, un hombre compasivo que nunca le había negado la medicina a Billy pese a que él sabía cuán pobre era la familia Branham.

Dirigiéndose hacia la farmacia, Bill dijo, “Sr. Mason, yo le debo a Ud. y voy a pagarle. Todavía estoy muy débil de la operación, pero estoy intentando trabajar. Tengo un trabajo aquí en el Servicio Público de Indiana ganando 20 centavos de dólar la hora. De eso procuraré pagarle algo en cada cheque de pago. Soy un Cristiano ahora, así que mi primer deber es para con Dios. Yo le debo a Él primero mis diezmos. Después de eso, mi deber que sigue es saldar mis deudas. El dinero está muy escaso para mí— mi padre está enfermo y estoy ayudando a sostener a mi madre, siete hermanos y una hermana. Pero procuraré pagarle al menos 25 centavos cada día de paga. Y si ni siquiera puedo pagar esos 25 centavos, yo pasaré y le diré a Ud. sobre eso.”

Los días lentamente se volvieron semanas y Billy seguía sufriendo. Pero poco a poco dentro de unos cuantos meses su condición mejoró

³ Marcos 9:23

⁴ Romanos 13:8

al grado que eventualmente él podía comer cualquier cosa que él deseaba comer sin una pizca de molestia. Su astigmatismo también mejoró al grado que ya no necesitó más sus lentes. Cuando finalmente se examinaron sus ojos, ellos graduaron 20/20 —visión perfecta. Él prácticamente rebosaba de felicidad; y su confianza en las promesas de Dios se elevaba.



La Srita. Amelia Hope Brumbach



Billy Branham

Capítulo 11

Ordenado Para un Evangelio Sobrenatural

1932

WILLIAM BRANHAM y el Dr. Davis compartían un respeto mutuo— Billy fue inspirado por el ejemplo de fe del anciano y el Dr. Davis estaba igualmente impresionado con el celo del joven. No pasó mucho tiempo antes que el pastor hiciera una sugerencia— tal vez Bill debería considerar el entrar al ministerio. El Dr. Davis estaba facultado por su organización nacional a conceder “permisos de obrero” a personas prometedoras lo cual efectivamente los hacía ministros reconocidos en la Iglesia Misionera Bautista sin importar ningún entrenamiento formal. Billy no se había olvidado de su promesa solemne— cuando la muerte había venido a reclamarlo el año anterior, él le había prometido al Señor que, si únicamente él podía tener otra oportunidad en la vida, él predicaría el Evangelio desde las esquinas y a los cuatro vientos. Él ahora se sentía jubiloso de tener esa oportunidad.

Así que, próximo a la Navidad del año de 1932, el Dr. Roy Davis ordenó a William Marrison Branham como un ministro del Evangelio de Jesucristo, de acuerdo a las leyes y ordenanzas de la Iglesia Misionera Bautista. Billy tenía 23 años de edad.

Unos cuantos días después de esta ordenación, Bill estaba trabajando en New Albany en su trabajo menos favorito— cortando los servicios de aquellas personas que no podían pagar sus recibos de agua, gas, o electricidad. Él tocó en una puerta para informarles a los ocupantes que él tenía que apagar sus luces. La mujer que contestó la puerta comenzó a maldecirlo despiadadamente.

En su primera oportunidad, Bill dijo, “Mujer, Ud. no debería de maldecir de esa manera. ¿No tiene Ud. temor de Dios?”

“Tú pequeño idiota cabeza rizada,” regañó ella, “si yo quisiera que

alguien me hablara de Dios, no me conseguiría un imbécil como tú. Tu madre deber ser...” y aquí ella lanzó una descripción brutal y vil de la madre de él y su ascendencia.

Billy siempre había dicho que, “Un hombre que golpear a una mujer no era lo suficientemente hombre para golpear a un hombre,” pero con aquella mujer descargando semejante basura podrida sobre la buena reputación de su madre, él podría haber quebrantado ese precepto si eso hubiera sucedido el año anterior. Como mínimo, él hubiera bufado de cólera y le hubiera respondido a gritos. Pero ahora los insultos de ella ni siquiera le molestaban. Como agua repelida de botas de hule con sebo de mapache, las injurias de ella no podían penetrar la paz de mente cubriendo el alma de Billy. Cortésmente él dijo, “Oraré por Ud., señora,” y se alejó. Billy supo en ese instante que el cambio dentro de él era tanto genuino como permanente.

Su siguiente orden de trabajo de cortar servicios lo llevó a una casa donde las personas se habían mudado. Siendo que la construcción se encontraba vacía y la puerta entreabierta, Bill se introdujo a orar y a darle gracias a Dios. Poniéndose de rodillas en el suelo raso él cruzó sus manos, pero todavía no había cerrado los ojos cuando de pronto la habitación cambió. Las paredes ya no estaban cubiertas con tiras llamativas de papel de empapelar; ahora estaban completamente blancas. Y la habitación ya no estaba vacía. Bill estaba mirando fijamente a un hombre de color anciano, con cabello canoso y bigote canoso, acostado en lo que parecía ser una cama de hospital. El hombre parecía como que había estado en un accidente grave— sus brazos, piernas, y el pecho estaban vendados fuertemente. Al lado de la cama más cerca a Billy estaba una señora anciana de color. (Tal vez era la esposa del hombre, ya que ella parecía tener la misma edad que él tenía.)

Bill captó algún movimiento con el rabillo del ojo. Dándose la vuelta, él vio a un hombre blanco joven y a una mujer entrar al cuarto y pararse en el lado distante de la cama. Los rostros de ellos estaban abatidos; pero más allá de esta tristeza, Billy no podía acertar qué relación podía haber entre ellos y el hombre envuelto en vendajes. Luego dos personas más entraron en el cuarto— ambos hombres jóvenes. Ellos se pararon mirando hacia la cama así que Bill no podía ver sus rostros. Estos dos hombres le parecían notablemente familiares, como si Bill los reconociese aún de espaldas. Sí, sí, él reconoció a uno de ellos. Era su amigo, George

DeArk, a quién él apenas había guiado al Señor unas cuantas semanas atrás. Y ¿el otro? Él se estiró para reconocer al otro. ¿Quién se imaginaba él que era aquel que lucía una cabeza llena de cabello ondulado? En ese instante el hombre se dio la media vuelta para hablar con la mujer anciana en su costado. Bill se sacudió con sorpresa. ¡Él se estaba mirando a sí mismo!

Bill se veía a sí mismo inclinarse sobre la cama y orar por el paciente de color. Instantáneamente el hombre se sentó en la cama y comenzó a quitarse las vendas. Entonces el panorama de Bill se ocultó por un grupo de enfermeras y doctores corriendo hacia el cuarto. El espectáculo se desvaneció y Bill se encontró a sí mismo en un sitio diferente. Ahora él estaba parado en la calle enfrente del hospital. Mientras él observaba, la puerta principal se abrió y aquel mismo hombre anciano salió, bajando los escalones como si él nunca hubiera estado dañado en lo absoluto. Ya no tenía los vendajes y él ahora traía puesto un saco café y un sombrero de copa alta. La escena terminó bruscamente y Bill se encontró a sí mismo otra vez de rodillas sobre un piso raso en una casa vacía, la cual tenía las paredes cubiertas con tiras de papel de empapelar.

¿Qué había sucedido? ¿Dónde había estado él? Él no se había movido ni una pulgada de donde se había arrodillado; y sin embargo de alguna manera él había estado en un hospital y había observado desarrollarse un drama increíble. ¿Cómo? Eso no podría haber sido un sueño. Él estaba completamente despierto. Y la acción alrededor de él en el hospital se había mirado tan real como sus propias manos se miraban cruzadas en oración enfrente de su corazón.

Aunque él no entendía lo que eso significaba, Billy estaba no obstante ansioso de compartir esta visión con el primer par de oídos dispuestos que él encontrara. Ese resultó ser John Potts, un hombre Cristiano que estaba sentado en el escritorio principal de la compañía de servicio público. Fue justo antes de la hora de irse. El Sr. Potts no decía mucho mientras Billy hablaba— tan sólo un ocasional, “Ajá...¿en serio?...qué cosa, eso es interesante.”

A la mañana siguiente, tan pronto como Bill entró por la puerta, el Sr. Potts lo llamó aparte. “Oye, Billy, tocante al sueño que tuviste ayer por la tarde—”

“Sr. Potts, no fue un sueño. Yo estaba completamente despierto como lo estoy ahora. No sé exactamente lo que eso fue— tal vez alguna clase de éxtasis, me supongo.”

“De acuerdo, si así lo dices. De cualquier modo, yo podría tener una pista tocante a lo que eso significa. Anoche yo estaba visitando a un amigo mío en el Hospital Católico de New Albany. Uno de los pacientes allí corresponde a la descripción del hombre en tu— ah— éxtasis. Se llama William Merrill. Él es un hombre de color como de 65 años de edad, y él está en una condición muy grave. Yo platiqué con él un poco anoche. Parece que él es dueño de una carreta con dos caballos y se gana la vida recogiendo basura en los callejones de New Albany. Hace dos días un joven y una jovencita estaban yendo a toda velocidad en un automóvil cuando perdieron el control en una esquina, golpeando estrepitosamente contra su carreta, fracturándole sus brazos, piernas, y espalda. Yo le conté respecto a ti y tu éxtasis. Él se puso muy emocionado y me rogó que te pidiera que fueras a orar por él.”

“Me pregunto ¿si ese es el hombre que vi?”

Todo el día Billy se preguntaba qué sucedería si en verdad él oraba por un hombre que estaba en tan mal condición como el Sr. Merrill aparentemente lo estaba. El pensamiento puso a Bill nervioso. ¿Realmente el hombre se incorporaría enseguida y comenzaría a quitarse los vendajes? Entonces Billy pensó en los sermones que él había oído predicar al Dr. Davis, exhortando a los Cristianos a creer en el poder sobrenatural de Dios para efectuar milagros. Para la hora que Billy se marchaba de trabajar, él se sentía listo. Él localizó a su amigo, George DeArk, y desahogó en él la toda la fantástica historia.

George dijo, “Claro, Billy, iré contigo a orar por el hombre.”

Mientras los dos hombres subían los escalones del hospital, Bill explicó, “Hermano George, estas cosas misteriosas que me suceden, yo no las entiendo; pero sí sé que no puedo orar por el anciano hasta que esas dos personas blancas estén en el cuarto y de pie en el otro costado de la cama, porque tengo que hacer todo exactamente en la manera que me fue mostrado. Así que yo no sé si eso sucederá esta noche. Pero tú espera y ve— este hombre va a ser sanado.”

Una vez adentro, Billy preguntó por el Sr. Merrill y fue dirigido a su cuarto. Una mirada al hombre en la cama y Billy supo que él estaba en el sitio correcto. Este era el hombre que él había visto ayer. “Buenas noches, señor. Me llamo Billy Branham. Había un hombre aquí anoche quien le habló de mí.”

El anciano se movió con ansia. “Oh, Ud. es el joven que va a orar por mí para que sea sanado.”

Su esposa, quien estaba de pie a un lado de la cama, frunció el ceño y comenzó a sermonear, “Joven, no creo que Ud. se dé cuenta en qué grave condición está mi esposo. No solamente tiene una fiebre de 104 grados [Fahrenheit] [42.48 grados centígrados], las radiografías muestran que algunas de sus costillas rotas están apuntando directamente contra sus pulmones. Si él se mueve mal tanto como una pulgada [2.54 centímetros], esas aristas afiladas podrían perforar un pulmón— o todavía peor, cortar una arteria y él podría tener una hemorragia que le causaría la muerte. No creo realmente que Ud. debería de entrar aquí y emocionarlo a él.”

Pero el Sr. Merrill lo veía distintamente. “Al menos oigamos lo que el joven tiene que decir.”

Billy volvió a narrar su experiencia del día anterior. Justo cuando él terminaba, un hombre joven y una mujer entraron al cuarto. El Sr. Merrill los presentó como las dos personas que habían estado en el automóvil que había chocado contra su carreta. A ambos les pesaba el accidente y parecían genuinamente preocupados por el bienestar del anciano. Con rostros tristes y serios se dieron la vuelta al lado de la cama cerca de la pared.

Esa era la señal de Bill. El se inclinó y apenas había comenzado a orar cuando el Sr. Merrill exclamó, “¡Estoy sano!” y saltó derecho en la cama. Su esposa gritó, “¡William, no!” mientras intentaba empujarlo hacia atrás al colchón. Un interno entró precipitadamente al cuarto. Él también intentó sujetar al Sr. Merrill, pero el caballero anciano se las arreglaba para menearse fuera de cama de todas formas, gritando todo el tiempo, “¡Estoy sano! ¡Estoy sano!”

Las enfermeras y los doctores vinieron corriendo. Una de las hermanas Católicas se apresuró al cuarto y les dijeron a Bill y a George, “Uds. dos tendrán que salir de aquí ahora. No podemos permitir que Uds. tengan a este hombre tan excitado. Él está muy enfermo.”

Mientras Billy y George se iban, William Merrill estaba forcejeando para ponerse la ropa, mientras varios doctores estaban intentado persuadirlo que regresara a la cama. Una vez afuera, Bill se detuvo en el fondo de los escalones del hospital y le dijo a George. “Vamos a esperar aquí. Tú pon cuidado— él va a traer puesto un saco café y un sombrero de copa alta y él bajará directamente por estos escalones en sólo un momentito.”

Pasaron varios minutos... y aquí venía él con su esposa, bajando

los escalones tan vivo como si él hubiera sido un visitante del hospital en vez de un paciente. Él traía puesto un saco café y un sombrero de copa alta tal como Billy había predicho.

George le preguntó al anciano, “¿Cómo se escapó Uds. de todos esos doctores?”

El Sr. Merrill expresó con una sonrisa detrás de su bigote canoso. “Ellos me tomaron la temperatura y yo no tenía ninguna temperatura, así que me dieron de alta.”

A LA MAÑANA SIGUIENTE Billy se levantó al despuntar el día. Mientras él buscaba a tientas su ropa en el amanecer, repentinamente la habitación fue bañada en pleno día, como si alguien la hubiera encendido por medio de un interruptor. Bill se dio cuenta instantáneamente que ya no estaba en su propia casa. La habitación en la cual se encontraba ahora era más amplia que su recámara; se veía algo parecido a una sala de estar —con un sofá, una silla de brazos acolchada, un diván, mesitas esquineras, y lámparas— excepto que en una esquina estaba situada una cama alta. En esta cama estaba acostada una mujer de mediana edad, horriblemente lisiada. Billy observaba con asombro mientras las extremidades de esta mujer se enderezaban y llegaban a estar normales. La mujer bajó de la cama y se dirigió directamente a él, lo cual le permitió a Billy mirarle bien el rostro. Entonces él estaba de vuelta en el amanecer de su propia habitación.

Billy se sentó en el borde de la cama por un largo tiempo, rompiéndose la cabeza con eso. Obviamente el Señor Jesús iba a liberar a alguien más. Pero ¿a quién? Y ¿cuándo? Él pensó, “Bueno, probablemente descubriré hoy dónde está ella.”

Aquel día su asignación de trabajo lo llevó a la Calle Oak East # 2223 en New Albany. Una familia se había mudado de una acera de una casa de doble vecindad y Bill necesitaba cortar el agua a aquel lado únicamente, pero en la caja no estaba claro cuál medidor iba a cuál lado. Él le dio vueltas a la válvula para cerrarla en un medidor, entonces le dio vuelta al lado ocupado del dúplex para revisar.

Una adolescente atractiva, mal vestida, respondió a su llamada. “¿Qué desea?”

“Trabajo para la compañía de servicio público. ¿Probaría Ud. el agua para ver si está interrumpida?”

“Con mucho gusto,” La jovencita le dio la vuelta a una esquina hacia la cocina.

De pie en la puerta, Billy podía ver a una mujer acostada en una cama parecida a la de un hospital en la sala. Su cuerpo estaba sumamente deformado, haciéndola que se mirara como una araña encogida. La cama elevaba su cabeza y la ponía de frente hacia la puerta para que así Billy pudiera ver su rostro claramente. El corazón de él daba vuelcos de emoción. Esta era la mujer lisiada que él había visto esa mañana en la visión. Ella estaba leyendo un libro de forro negro. Un periódico estaba tirado disperso en el piso junto a la cama.

“¿Cómo le va, señora? Mi nombre es Billy Branham.”

“Hola. El mío es Mary Der Ohanion. Mi hija allá es Dorothy.”

Dorothy regresó al cuarto y dijo, “No, el agua sigue saliendo.”

“Me supongo entonces que cerré el medidor correcto. Gracias por revisarlo.” Pero él no se iba. De algún modo él debía entablar una conversación con esta mujer lisiada. “¿Qué es eso que está Ud. leyendo?”

“Una Biblia Armenia,” contestó ella.

Él la retó. “¿Cree Ud.?”

La Sra. Der Ohanion dejó el libro en su regazo. “Dorothy tiene 17 años de edad. Desde el tiempo que ella nació yo he estado lisiada en cama. Pero esta mañana leí en el periódico tocante a un hombre que fue sanado allá en el Hospital Católico y dije, ‘Existe esperanza para mí.’ Oiga, ¿Ud. dijo que su nombre era Branham?” Ella se quitó los lentes de lectura para fijar la mirada en el joven parado en la puerta de su sala. La expresión de ella cambió mientras ella relacionaba a este joven dedicado a revisar medidores con el Branham sin rostro en el artículo del periódico. “¿Es Ud. el varón de Dios que sanó anoche al hombre de color?”

“No, señora. Yo no soy un sanador. A mí se me fue mostrado por medio de algo que yo debería de orar por ese hombre. El Señor Jesús es el Sanador, no yo.”

La mujer asintió con la cabeza. “Desde que leí tocante a ese milagro, yo le he estado pidiendo a Dios por uno en mi propia vida. ¿Podría Ud. orar por mí?”

Billy miró a esta mujer cuyas extremidades retorcidas habían sufrido durante 17 años de atrofia, y él dijo cautelosamente, “Me iré y oraré tocante a eso y luego regresaré.”

Él encontró un sitio para estar a solas con Dios y oró hasta que su valor correspondía a la visión. Entonces él se dirigió en el automóvil hacia la casa de George DeArk. “Hermano George, encontré a la mujer de la que te estaba yo hablando esta mañana. Yo sé que es la misma. Ven conmigo.”

Los dos hombres entraron a la casa dúplex y se pararon junto a la cama de la Sra. Ohanion. Mientras la mujer abrazaba su Biblia Armenia hacia su corazón, Dorothy y su hermano de ocho años de edad se ocultaron detrás del árbol de Navidad en el otro extremo de la sala, riéndose disimuladamente y haciendo burla de toda la idea— el pensar que su madre se levantaría de la cama después de estar postrada allí por 17 años— qué broma.

Billy ignoró a los hijos. “Sra. Ohanion, el Señor Jesús va a sanarla a Ud.” Billy y George se pusieron de rodillas y comenzaron a orar. Los párpados, aún cuando estaban cerrados, todavía permitían que la luz tocara las pupilas de él; y a través de sus párpados Billy vio que una luz se encendía sobre la Sra. Ohanion. Él abrió sus ojos esperando ver un foco. En vez de eso él vio un aro de fuego ámbar dando vuelta por encima de la cabeza de ella. El temor se apoderó de él— un miedo intenso mezclado con curiosidad de indagación. Esta debía ser la misma luz que había formado una cruz en el aire cuando él estaba orando en el cobertizo detrás de su casa. Inspirado, Bill alargó la mano, cogió la mano de la mujer lisiada, y dijo, “Sra. Ohanion, el Señor Jesús me dijo esta mañana que Ud. iba a ser curada. Levántese sobre sus pies y camine en el Nombre del Señor Jesús.”

Echando a un lado sus cobertores, ella se meneó hacia el borde de la cama usando sus brazos y piernas debilitados para hacerse avanzar un poco como una oruga. Bill tuvo un destello de duda, pensando que si él la dejaba caer de esa cama tan alta, ella podría fracturarse el cuello cuando alcanzara el piso. Entonces él pensó en la visión de William Merrill —cuán perfecta había sido; cuán acertada— y recobró su confianza.

Tan pronto como la Sra. Ohanion comenzó a deslizarse sobre el borde de la cama, ambas piernas se le enderezaron directamente en presencia de los ojos de todos. Dorothy lanzó un grito estridente y loco y, jalándose el cabello, salió precipitadamente por la puerta principal, todavía gritando a todo lo que daba su voz. Los vecinos vinieron corriendo de todas direcciones, apretujando la puerta,

mirando embobados en incredulidad, observando a su vecina, Mary Der Ohanion, quien, por primera vez en 17 años, estaba andando en derredor de su sala manteniendo sus dos buenos brazos arriba de su cabeza mientras alababa al Señor Jesucristo en su nativa lengua Armenia.

Bill se fue a casa emocionado y contento respecto a estas maravillosas visiones que habían antecedido a semejantes milagros. Pero pronto su emoción se desalentaría; pronto su gozo se convertiría en temor. Su siguiente visión sería sorprendentemente diferente. Y cuando él le describiera esta visión a su pastor, Bill estaría confundido por la respuesta de su pastor. Eso comenzaría para él años de incertidumbre que eventualmente lo conducirían a descubrir el secreto detrás de su vida peculiar— un secreto que emprendería entonces el ministerio de sanidad por fe más grande que el mundo jamás ha visto.



Ella y Charles Branham, con sus hijos Fay Delores y Donny.



Explicación del Autor

PARA AQUELLOS LECTORES que tienen curiosidad tocante a la exactitud de este texto, estos comentarios personales serían útiles.

Yo dramaticé el capítulo uno del Libro Uno a propósito, para que aquellos que nunca habían oído de William Branham fueran instantáneamente atraídos dentro de la historia. Las conversaciones en el capítulo uno son especulación mía. Sin embargo, todos los elementos básicos de la historia son fieles— los antecedentes de *Ella* Harvey Branham y Charles Branham, inclusive hasta semejantes detalles insignificantes tales como la descripción del exterior y el interior de la cabaña, la vela, el hecho de que la abuelita Branham nunca había usado un par de zapatos en su vida, y que Charles había ido a Burkesville a comprar un par de pantalones de pechera nuevos en honor de la ocasión— semejantes detalles fueron descritos por William Branham cuando él relataba estas historias a las audiencias por todo Norteamérica.

Después del Capítulo Uno, la mayoría de las conversaciones en esta biografía procedieron directamente de los testimonios de William Branham mismo. Por los más de 19 años en los cuales sus sermones fueron grabados en cinta, él relataba algunas historias muchas diferentes ocasiones. Así como cualquiera que relataba una historia repetidamente, él añadía detalles y omitía otros detalles durante cada narración. Yo he intentado combinar tantos detalles pude dentro de una sola relación más completa. Para aquellos que están interesados en leer estas historias en las propias palabras de William Branham, la vía más fácil es conseguir sus sermones completos en disco para computadora. (La Bibliografía tiene un listado de los sitios donde los sermones de William Branham están disponibles en forma de libro, en audiocassette, audio CD, Internet, y disco para computadora.)

Si Ud. se pregunta respecto a algún punto que no puede ser localizado en las palabras de William Branham, recuerde que sus

sermones grabados en cinta no fueron mis únicas fuentes como el material en esta biografía. Yo también usé artículos de periódico y revistas, los libros enumerados en la biografía, así como testimonios personales por personas que conocieron a William Branham. Por ejemplo, en incidente en el capítulo uno donde la paloma se posó sobre el antepecho de la ventana de la cabaña— esto procedió de Henry Branham, el primo de William Branham, cuya madre fue una de las parteras en el nacimiento de William Branham. El incidente está registrado en la revista *Sólo Creed*, edición [en inglés] de Agosto de 1988 (Volumen 1, Número 2, página 18).

Cualquier biografía es solamente una representación de una vida. Siendo que cada biógrafo escribe a través de sus propios ojos, su libro reflejará su propia visión de su tema. Esa es la razón que existen más de 900 biografías escritas acerca de Abraham Lincoln. Inclusive las autobiografías son subjetivas. Aunque Benjamín Franklin escribió una de las autobiografías más populares en la historia Norteamericana, muchos biógrafos han escrito desde entonces acerca él. Habría mucho más que se diría— y desde perspectivas diferentes.

Esta biografía naturalmente refleja mi propia visión de William Branham— un entendimiento basado en mis años de investigación y oración. He procurado permanecer fiel a los hechos y al Espíritu de Dios el cual inspiró la vida de este hombre extraordinario. Pero existe mucho más por saber respecto a sus experiencias y sus enseñanzas. Una vez que Ud. haya terminado esta biografía, tal vez el mejor lugar para aprender más es de William Branham mismo, ya sea al escuchar a sus sermones grabados en cinta, o al leer esos sermones en forma de libro o de los discos para computadora CD-ROM. Bien valdrá la pena su tiempo y esfuerzo.

Bibliografía

Acts of the Prophet, [Los Hechos del Profeta], por Pearry Green, 1969. Abarca los aspectos sobresalientes de la vida de William Branham, junto con las experiencias personales de Pearry Green con William Branham. 207 páginas. Disponible de Tucson Tabernacle, 2555 North Stone Avenue, Tucson, Arizona 85705, U.S.A.

All Things Are Possible: The Healing and Charismatic Revivals in Modern America, [Todo es Posible: Los Avivamientos de Sanidad y Carismáticos en la Norteamérica Moderna] por David Harrell, Jr., 1975. Indiana University Press. Muestra cómo el ministerio de William Branham dio comienzo al auge de otros ministerios sanidad/avivamiento en los años 1950's. 304 páginas.

Christ the Healer, [Cristo el Sanador], por F.F. Bosworth, 1973. Fleming H. Revell Co., Old Tappan, New Jersey. Una colección de los sermones de Fred Bosworth predicados en los años 1920's y 1930's, probando por medio de las Escrituras que Jesucristo sigue siendo un sanador en el mundo de hoy en día.

Footprints on the Sands of Time, [Huellas en las Arenas del Tiempo], editado por el personal de Spoken Word Publications. Una compilación de historias relatadas por William Branham concernientes a su vida rara, transcritos de sus sermones grabados, y presentados en un formato autobiográfico. 700 páginas.

I was Not Disobedient to the Heavenly Vision [No fui Rebelde a la Visión Celestial], por el Rev. William Branham, 1947. Describe la

sanidad de Betty Daugherty de 17 años de edad y da un diario día con día de la subsiguiente campaña de sanidad de William Branham en St. Louis, Missouri. 27 páginas.

Jesus Christ The Same Yesterday, Today And Forever, [Jesucristo El Mismo Ayer, Hoy y por los Siglos], por el Rev. William Branham, 1936. Describe su primer llamado al ministerio y sus primeras visiones y sanidades después de su conversión en 1932. 24 páginas [en su edición en inglés]. Disponible de Voice of God Recordings, Inc., P.O. Box 950, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A.

Only Believe Magazine [Revista Sólo Creed] [en su edición en inglés], Rebekah Smith Branham. Esta revista presenta artículos sobre la vida y el ministerio de William Branham. Disponible en el Internet en www.onlybelieve.com

Los sermones de William Branham están disponibles los siguientes:

Bible Believers, 18603-60th Avenue, Surrey, BC. V 3S-7P4, Canadá. Ud. Puede escuchar o imprimir los sermones vía Internet en www.bibleway.org

End Time Message Tabernacle, 9200 - 156 Street, Edmonton, Alberta T5R 1Z1, Canadá, tiene varios sermones impresos.

The Word Publications, P.O. Box 10008, Glendale, Arizona 85318, U.S.A., tiene varios sermones impresos.

Voice of God Recordings, Inc., P.O. Box 950, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A., tiene los sermones en audiocassettes y audio CD's, varios sermones impresos, un índice de sermones, y el Mensaje Programa del Mensaje Almacenado para Computadora el cual tiene todos los sermones en discos para computadora.

William Branham, A Man Sent From God [William Branham, Un Hombre Enviado De Dios], por Gordon Lindsay (en colaboración con William Branham), 1950. Abarca la vida de William Branham hasta 1950, con capítulos colaborados por Jack Moore, Gordon Lindsay, y Fred Bosworth. 216 páginas. Disponible de William Branham

Evangelistic Association, P.O. Box 325, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A.

William Branham, A Prophet Visits South Africa [William Branham, Un Profeta Visita Sudáfrica], por Julius Stadsklev. Informe detallado del viaje de William Branham a Sudáfrica en 1951. 195 páginas. Disponible de William Branham Evangelistic Association, P.O. Box 325, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A.

Índice

- Área del Tunnel Mill (50)
 - Bill descubre la localidad (44)
 - Branham, Bill (98)
 - vea William Branham
 - Branham, Charles, hijo
 - 1919 nació (33)
 - Branham, Charles, padre (97)
 - ascendencia (7)
 - huye de la ley (10)
 - se muda a Jeffersonville (14)
 - Branham, Edgar
 - 1914, nació (16)
 - Branham, Edward
 - 1929, murió (64)
 - 1910, nació (9)
 - Branham, *Ella* (Harvey)
 - ascendencia (7)
 - casí se congela con el bebé (9)
 - sueña a Bill predicando sobre una nube (80)
 - Branham, Fay Delores (97)
 - 1929, nació (67)
 - Branham, Henry
 - 1911, nació (9)
 - Branham, Hope (Brumbach)
 - conoce a Bill Branham (81)
 - Branham, Howard
 - 1923, nació (33)
 - Branham, James Donald (Donny)
 - 1927, nació (57)
 - Branham, Jesse
 - 1916, nació (33)
 - Branham, Melvin
 - 1912, nació (13)
 - Branham, William (Bill)
 - ascendencia (7)
 - bautizado en el Nombre de Jesús (84)
 - dedicado siendo un infante (8)
 - empieza a ir a la escuela (19)
 - enfermedad provocada por el gas (75)
 - escribe poema (37)
 - luz en el nacimiento (6)
 - nace (6)
 - operación del apéndice (75)
 - operación de la pierna (47, 48)
 - ordenado (89)
 - piernas perforadas por el disparo de la escopeta (47)
 - trabaja como guardabosques suplente (68)
 - trabaja con la compañía de servicio público (65)
 - sanado de malestar estomacal (85)
 - se vuelve un boxeador profesional (73)
 - se vuelve un vaquero (60, 66)
 - superado por el gas (75)
- Brumbach, Hope (87)
 - vea Branham, Hope
- Canto
 - “Junto a la cruz” (63, 64)
 - La Serenata de un Vaquero (62)
- Carta
 - Bill buscando a Dios (78)
- Cazando/Pescando (33, 46)
- Cueva en Tunnel Mill
 - Bill descubre (45)
- Davis, Dr. Roy
 - acepta el desafío del inconverso (82)
- ordena a Bill Branham (89)
 - pastor de la Iglesia Misionera Bautista (82)
- DeArk, George
 - testigo de la sanidad de Mary Der Ohanion (96)
 - testigo de la sanidad de William Merrill (92)
 - visto en una visión (91)
- Doctrina

- bautismo en el Nombre del Señor Jesucristo (84)
- deudas rezagadas (86)
- diezmar (86)
- sanidad (84)
- Experiencias Sobrenaturales
- adivina ve la luz siguiendo (56)
- cercano a la muerte, Dios habla (76)
- cruz de luz en la conversión (79)
- “nunca bebas, ni fumes o deshonres tu cuerpo en ninguna forma.” (23, 35, 55, 76)
- primera vez que escucha la voz (11)
- región de las almas perdidas y a la deriva (48)
- se le impide beber (34)
- se le impide fumar (55)
- voz habla desde un torbellino en un álamo (22)
- su aura vista por una astróloga (71)
- “yo te llamé, y tú no quisiste ir.” (76)
- Luz Sobrenatural
- después de la operación de su pierna (48)
- en su conversión (79)
- en su nacimiento (6)
- Poema
- Bill Branham escribe (37)
- El Salmo De Vida* del autor
- Longfellow (35)
- Profecía
- “Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.” (23, 35, 55, 76)
- “Tú vivirás cerca de una ciudad llamada New Albany.” (11)
- Prohibición (21)
- Sanidad
- de Mary Der Ohanion (96)
- de William Merrill (93)
- Torbellino de Dios (23, 76, 77)
- “juusssh” (11, 22, 23, 35, 55)
- Sueño
- Ella* Branham sueña a Bill predicando
- Sobre una nube blanca (80)
- Visión
- del puente sobre el río Ohio (24)
- de la cruz en el Oeste (48)
- de la sanidad de Mary Der Ohanion (94)
- de la sanidad de William Merrill (90)

Información del Libro

Libro Uno: El Niño y Su Privación (1909 – 1932)

Desde el momento que nació, William Branham fue apartado de lo ordinario. Atormentado por la pobreza y el rechazamiento, él se convirtió en un niño nervioso. Cosas raras se mantenían aconteciéndole, cosas llenas de misterio y espirituales. . . pero él no comenzó a pensar en Dios hasta que tenía 14 años, cuando casi perdió ambas piernas en un disparo de escopeta accidental. Mientras yacía moribundo en un charco de sangre, vio una visión terrorífica del infierno— se vio a sí mismo cayendo constantemente más profundo dentro de esa región de las almas perdidas y a la deriva. Él clamó a Dios por misericordia y milagrosamente le fue dada una segunda oportunidad— una oportunidad que él después casi falló en aprovechar.

Libro Dos: El Joven y Su Desesperación (1933 – 1946)

Como un pastor joven, William Branham batallaba para entender su vida peculiar. ¿Por qué es que él era el único ministro en la ciudad que veía visiones? Cuando Dios lo llamó por primera vez a un evangelismo en el ámbito nacional en 1936, él se negó, únicamente para pagar caro su error al perder a su esposa e hija de tuberculosis. Las visiones continuaban. Los ministros le decían que estas visiones procedían de Satanás. La desesperación lo condujo finalmente a buscar a Dios en la soledad, donde

él estuvo cara a cara con un ser sobrenatural. El ángel le dio una comisión de parte de Dios para que llevara un don de sanidad Divina a la gente del mundo. Cuando William Branham argumentó que la gente no creería un ángel realmente se había encontrado con él, el ángel le dijo que le serían dadas dos señales sobrenaturales para probar su llamamiento. Entonces ellos tendrían que creerle. *¡Y ellos le creyeron!*

Libro Tres: El Hombre y Su Comisión (1946 – 1950)

El ángel dijo, “Tú has de llevar un don de sanidad Divina a las gentes del mundo.” Cuando William Branham argumentó que nadie creería que un ángel realmente se había encontrado con él, el ángel le dijo que le serían dadas dos señales para probar su llamamiento.

Poco después de la visita del ángel, apareció la primera señal— una reacción física en su mano que ocurría únicamente cuando él tocaba la mano de alguien sufriendo a causa de una enfermedad causada por un microbio. En el lapso de dos meses de su comisión, el extraordinario don de William Branham había ganado atención nacional. La gente por millares se congregaba para sus reuniones, cuando él predicaba salvación y sanidad Divina en el Nombre de Jesucristo. Los milagros abundaban. El mundo no había visto nada parecido desde los días cuando Jesucristo anduvo por Galilea, echando fuera demonios y sanando a todos los que estaban enfermos y afligidos. Aún así, algunas personas todavía se preguntaban si realmente un ángel se había encontrado con este hombre sin educación. Entonces apareció la segunda señal... ¡y ellos tuvieron que creer!

Libro Cuatro: El Evangelista y Su Aclamación (1951 – 1954)

William Branham es una paradoja en la historia moderna. Comenzando en 1946 su ministerio dio un salto de la oscuridad para alcanzar la atención

nacional en menos de seis meses, y en el proceso encendió un avivamiento mundial de sanidad por fe. Él logró esta proeza con la ayuda de un solo don— una señal sobrenatural que sorprendió a la gente hasta en poner atención. Pronto Cristianos alrededor del mundo estaban dándose cuenta. Entre 1951 y 1954, William Branham condujo las más grandes reuniones Cristianas en la historia hasta ese entonces —alrededor de 300,000 personas en una reunión en Bombay, India. La demanda de sus servicios en Norteamérica y en el extranjero parecía insaciable. Pero William Branham no estaba satisfecho. Algo parecía andar mal. Durante un largo período de tiempo él no sabía lo que eso era, pero para finales de 1954 él lo supo. Su ministerio tenía que cambiar.

Libro Cinco: El Maestro y Su Rechazo (1955 – 1960)

El ministerio internacional de William Branham tuvo tres etapas principales. Primera, él discernía las enfermedades a través de una señal sobrenatural en su mano. Después, visiones le permitieron discernir las enfermedades y más. Entre 1946 y 1954, más de 500,000 personas aceptaron a Jesucristo como su Salvador a causa de su predicación—y no había modo de estimar cuántos millones recibieron sanidad a causa de las oraciones de él. Discerniendo que las personas no estaban aceptando las profundidades y alturas espirituales que la Palabra de Dios y el Espíritu les estaban ofreciendo, William Branham sentía que el Espíritu de Dios lo estaba llamando a hacer más. Él sabía que la gente venía a sus reuniones por muchas razones. Algunas personas venían porque creían que el Espíritu de Jesucristo estaba presente. Otras venían por la novedad y la emoción de ello, así como cuando la gente se congregaba para ver a Jesús sanando al enfermo y multiplicando el vino, el pan, y el pescado. Pero fueron las enseñanzas de Jesús las que cambiaron la historia del mundo. William Branham sentía que Dios lo estaba llamando a enseñar más durante sus campañas desanidad por fe. Él creía que su ministerio podía hacer una contribución más duradera y benéfica a la iglesia Cristiana. Iniciando en 1955, él no únicamente enseñó sanidad Divina, también enseñó otros aspectos de la Palabra de Dios. Dios le dio una visión de una

etapa nueva en su ministerio—un “tercer jalón” (para usar las palabras del ángel)—el cual superaría todo lo que Dios había hecho a través de él en el pasado. Inevitablemente, él ofendió a algunas personas.

Libro Seis: El Profeta y Su Revelación (1960 – 1965)

Libros disponibles en:

Tabernáculo *Luz Al Atardecer*
Apartado Postal # 512
Cuautitlán Izcalli, Edo. De México.
54700 MÉXICO
Correo electrónico: luzalatardecer@terra.com

Tucson Tabernacle
2555 North Stone Avenue
Tucson, Arizona, 85705
U.S.A.